

TODO LO QUE MATÉ

Hernán Firpo

TODO LO QUE MATÉ

milena caserola

HERNÁN FIRPO

Todo lo que maté - 1^a ed. milena caserola 2012

184 páginas; 14.5x21.5 cm.

ISBN: 978-987-1583-25-6

1. NNNA

Todos los izquierdos reservados.

Caso contrario, remitirse a la lista de libros censurados en las distintas dictaduras y democracias. Privar a alguien de *quemar* un libro a la luz de una fotocopiadora es promover la *desaparición* de lectores.

Páginas de libros independientes

www.elasunto.com.ar

www.la-periferica.com.ar

www.milenacaserola.blogspot.com

Esplendor editorial

Matías Reck

Diseño de colección y arte de tapa

Kitsch

www.kitmundo.blogspot.com

laranxawarhol@hotmail.com

Imagen de tapa

Laura Ojeda Bär

laura.ojeda.bar@gmail.com

laura-o.tumblr.com

Edición y corrección

Patricia González López

Sofía Balbu

Este libro contiene 33.550 palabras.

A ellos dos.

“las palabras nunca son lo mejor para estar desnudos”
Luis Alberto Spinetta

Nota

La historia es más o menos así. En algún momento de 2008, Hernán Firpo mandó la novela *Escupir* a nuestro blog *La lectora provisoria*. Hasta ese momento, habíamos publicado algún cuento pero nunca una novela. No sé si la leímos entera para decidirnos o con el primer capítulo fue suficiente, pero me acuerdo que una vez por semana cortábamos una parte y la subíamos a la web. Recuerdo también que los lectores comentaban el texto, pero no sé qué decían porque esa parte del archivo se perdió en una mudanza electrónica. Lo cual prueba que a las ediciones online se las llevan los electrones.

Tal vez por eso, o tal vez porque nadie cree en el fondo que una novela sea un libro si carece de volumen físico, Firpo no se conformaba con la versión virtual de *Escupir* y quería publicarla en serio. Conviene notar que la estrategia era original, porque prefirió piratearse a sí mismo y de antemano. Pero también publicó en *La lectora* un diario con sus peripecias como escritor inédito que recorre las editoriales en busca del *imprimatur*. Ese diario acompañó en tiempo real los encontronazos de Firpo con los editores y sus prácticas. Como resultado quedó alguna gente resentida que se expresó mediante comentarios, quites de saludo y otras represalias.

Releí ese diario hace unos minutos, para tratar de entender las razones por las cuales la gente quiere publicar libros. Pero supongo que así son los escritores: inquietos, ambiciosos, inconsistentes. Tal vez no me quería acordar del contenido porque alguna vez juré que no iba a permitir en mi blog palabras ofensivas hacia Juan Román Riquelme. Hoy, cuando el país se ha vuelto más intolerante, aprovecharía la tensión en el ambiente para censurarlas.

Finalmente, para no hacer tan larga la prehistoria del libro que el lector tiene en sus manos, digamos que cuando Firpo ya estaba pensando en financiar él mismo la publicación de *Escupir* apareció el duende Luis Chitarroni y lo aceptó en Sudamericana-Mondadori-Random House-siguen las firmas con el diario incluido. Si uno resume este pequeño cuento, *Escupir* es un libro que salió de la internet, se dio a conocer junto con el diario de su gestión editorial y llegó a ser impreso por una casa importante. Un cuento de hadas de la era digital.

Durante un par de años no supimos nada de Firpo. De hecho, ni siquiera nos mandó un ejemplar de regalo. Es más, nunca le vimos la cara. Pero al cabo de unos años reapareció imperturbable con la propuesta de otra novela online y por entregas, al más puro estilo del siglo XIX. Y otra vez, Firpo logró su objetivo de estar primero en la web y ganar luego la respetabilidad que confiere el papel.

Esta vez leí la novela a medida que llegaba y la encontré trepidante. La palabra es anticuada pero precisa. Desde una situación íntima, desde una trama mínima, Firpo consigue dos efectos esenciales en la lectura: la imprevisibilidad y la impronta del mundo sobre la primera persona. Vale la pena detenerse en la primera frase de *Todo lo que maté*: “Esto no es literatura, es un arrebato de entusiasmo”. La primera parte es falsa, la se-

gunda es verdadera. El entusiasmo de Firpo excede largamente sus afanes por publicar, su ambición, su ego y varios etcéteras: suena como una improvisación certera, inspirada, cuyo ritmo lo hace saltar de lo privado a lo cósmico, combinar la inventiva con la experiencia y demostrar que la vida y la escritura pueden ser veloces y misteriosas.

QUINTÍN

Esto no es literatura, es un arrebato de entusiasmo que empieza con lo del huevo, la gallina, las zapatillas All Star y el flequillo beatle. El pasado y el crimen, porque se puede matar sin ser precisamente un asesino, así como se puede vivir sin estar estrictamente vivo.

Lo del huevo y la gallina a mí me pasó con los pies y las zapatillas. No sé si mi amor por el calzado habla de los miembros inferiores o si el fetiche de los pies se desató –desató, muy bien— en espera de un raro hechizo, de un extraño artificio, defecto, enfermedad.

Lo del huevo y la gallina.

Pero ni zapatos ni ojotas. No hablo de botas ni de ese aterrador entrevero de cuero popularmente conocido como sandalia franciscana.

Zapatillas. Y soy un experto. Y fui un adelantado jamás reconocido en el uso de muchísimas marcas. Quizás porque nunca supe, quizás porque no me atreví a escoltar mis conocimientos de los tobillos hacia arriba. Quizás sólo por eso hoy soy nada más que esto.

Pero sé cómo debe ser la punta, el taco, la suela, el cuero, la goma y hasta la caída lateral de los cordones.

Si el aprendizaje empieza por el rechazo, quiero decir que odio las botas texanas y todos sus derivados picudos que con el uso se quiebran hacia adelante. Con propiedad, sería hablar de la proa de la zapatilla.

Odio las texanas porque me permiten adivinar hasta donde no llega el dedo gordo de un ser humano promedio. Por la misma razón siento antipatía por las botitas New Balance blancas y/o negras con velcro amatambrando los pies. Tengo que decir la marca otra vez: odio las botitas New Balance que se deforman aladinamente.

Natalia se las compró porque se las debe haber comprado su compañera de pilates, pero a Natalia –no conozco a su compañera de Pilates– le quedan para el orto.

No se lo digo porque ella responde así:
“Se usan”.

Todos los años Natalia se compra lo que se usa.

Y lo que se usa tiene un problema: deja de usarse.

Natalia amontona zapatos, zapatillas y ojotas brasileñas de mil colores que se usaron, y ya no se usan. En cuestiones de calzado e indumentaria, lo viejo se acumula, se amontona, se guarda. En esto tiene razón Natalia.

Acumular, archivar, olvidar de cerca hasta que todo vuelve a usarse.

Finalmente, hay menos modas que notas musicales.

Una canción te suena parecida a otra y no es plagio. George Harrison seguro que no quiso plagiar al tipo ese que hizo la melodía de My Sweet Lord. ¿Se lo imaginan a George Harrison plagiario? George dejó de ser beatle a los 26 años, ¿sí? O sea,

cuando vos estás tratando de saber qué carajo hacer de tu vida, George ya era un ex beatle.

Paul McCartney estuvo tres meses para animarse a mostrar *Yesterday*. Por lo general, Los Beatles componían sus canciones en dos, tres semanas. Paul tardó tres meses en mostrar la única canción beatle donde McCartney y su ego se las ingenian para ser solistas.

Paul, antes de Sir Paul, se preguntaba: ¿Esta melodía es mía o es de un aviso de detergente concentrado? Papá –a su padre–, vos que sabés de jazz, dady, ¿te suena esto?

A su papá, a sus amigos, a un primo lejano.

Pero a ningún compañero beatle porque a ver si le pasaba lo de Ringo, pobre Ringo, que una día llega a los estudios Abbey Road y dice: ey, guys, tengo un tema.

George jugaba con su ukelele esa tarde, falo modesto por tratarse de un beatle; John cuchicheaba con Yoko; Paul daba órdenes u ordenaba, que no es lo mismo. Y Ringo, que era el mejor actor de los cuatro, empieza a tararear una canción. Afiraba Ringo.

El primero en sonreír es Paul, porque John seguía cuchi cuchi con Yoko y George jugaba con su modesto falo. Paul ordenaba o daba órdenes, pero también le alcanzaba para escuchar a su compañero con una propina de la oreja derecha.

Y Ringo tarareaba. Ey, Ringou, esa es de Clapton (ponele que dijo Clapton, Beach Boys, Pink Floyd). ¡Ey Ringou, hace cuatro semanas que ese tema está en todos los charts!

Era Paul, futuro Sir Paul, el Paul que recibía en su casa porque si eras Mick Jagger y querías ver a Paul, tenías que ir a su casa. Paul, anfitrión generoso que podía regalarle una canción

a Marianita Faithfull, novia de Jagger, modelo y cantante. Ese Paul.

A ver, Marianita, ¿en qué te puedo ayudar? Correte un ca-chito Mick, que en ese baúl tengo 245 canciones de reserva. Tomen asiento por favor... ¡Martha!, ¡Martha! veni para acá, ¡¡Martha!! dejale el Luis XV a los invitados... ¡Martha, cuchá!

Y Marianita se pasa una tarde con su novio Mick escuchado a Paul, futuro Sir Paul, hasta que ella dice:

Sorry Paul, ¿me das este tema?

¿Cuál?

Este.

Yesterday, Marianita tenía oído. Quería grabar su primer disco solista con Yesterday. Quería que Paul le regalara Yesterday y Paul que arquea las cejas mordisqueando su labio inferior y todo eso del lenguaje del cuerpo que se describe en las novelas y en las entrevistas donde el sol entra por la ventana encendiendo a los artistas.

Supongamos que lo dijo con él sentado en un sillón asilloneado mientras fumaban y tomaban té. ¿Y?, ¿qué le dijo? Toda esa descripción que podría redundar proustianamente. Ese pabellón descriptivo, harto retórico alrededor de cualquier cosa, la cara pensativa –imaginemos–, el sorbo de té largo o corto, la luz anaranjando su mejilla, algo de Mick, algo de Marianita, los nervios, algo de ella comiéndose las uñas por los nervios, las manos transpiradas, algo de todo lo que haga falta para generar un suspenso hasta que Paul dice no.

Simplemente “No”.

Empieza diciendo “no” y después explica que esa canción no, Marianita, porque esa canción es para Los Beatles, you know, disculpame, elegí otra. Ahora mirando a Jagger, ¿te suena esta melodía Mick? Ya que estamos, digo, ¿te suena esta melodía? Quiero llevarla para que la escuchen los muchachos, you know, pero no me gustaría que se rían en mi cara... ¿Ustedes saben lo que le pasó a Ringo el otro día?

Marianita atizando el flequillo sobre su frente: “Ah, qué lástima, me encantaba esa canción... ¿Cómo se llama?

Paul y su té: Creo que Yesterday, pero todavía no sé. Entre nosotros, estoy tratando de ver si la melodía es mía... mía del todo.

Marianita no entiende lo que le dice Paul y Paul no sabe, todavía, que esa canción será la más versionada del mundo. Por ahora, Paul es un muchacho famoso y preocupado por el fantasma de la copia en la reducida organización de las notas musicales.

¿El comienzo no lo escuchaste en alguna parte?, pregunta Paul. ¿No te suena, Mick? Mick bebe algo que hay en un vaso y dice que no, y ya va por la tercera escucha y Mick, que tiene oído traga una espuma mezclada con lo que haya en el vaso. Y disimula. Y sufre. Sufre porque eso que está escuchando es genial, lo sabe, lo sabe como sabe que es un Rolling Stone y que los Stones también van a tener que irse a la India.

Mick se va cantando Yesterday, esa es la verdad. Marianita se lleva una canción, otra, para su primer long play. Qué buena

está Marinita, piensa el futuro Sir Paul desde su sillón asillóna-
do.

Natalia nunca tuvo estilo, al menos no lo tuvo en cuestio-
nes de calzado, y yo sólo hablo de calzados informales. A esa
conclusión pude llegar cuando la sometí a la prueba inequívoca
de las Converse. Todos se compran Converse, antes All Star,
ahora, hoy mismo centenarias zapatillas de usos múltiples y fi-
losóficos.

Yo tuve las All Star color mostaza en mi juventud y fui in-
mensamente feliz.

Pero tardé en entenderlas.

Las usaba para ir a bailar.

Limpitas las All Star, siempre lavadas, guarda con que la
goma se ensucie en el camino.

¡Taxi! (no digan nada: en el bolsillo llevaba una franelita que
se escupía ante el primer paso en falso).

La zapatilla llegaba sana, salva, virtuosa, impecable. Llega-
ron las All Star y detrás venía yo, que era lo de menos.

El capitalismo y la moda a veces logran lo que no pudo el
comunismo: todos fuimos iguales. Es raro pensar que la ado-
lescencia puede estar tan viciada de materialismo dialéctico.
Todos con un ideal de All Star en el período más utópico de
nuestras vidas.

Dejé de ser adolescente cuando entendí que las All Star no
eran los zapatos de gamuza azul que nunca jamás había que
pisarle a Moris. Lo aprendí en el club y lo aprendí viendo una
película donde los chicos de afuera jugaban al basket o anda-
ban en skate con sus All Star gastadas, híper gastadas, sucias,
recontra sucias ¡hijos de puta!: mirá cómo tienen las All Star...

Están hechas mierda. ¿Y la franela? ¿Dónde está el pedacito de franela?

La lengüeta de las botitas y los cordones anudados dejando dos o tres pares de agujeritos libres.

Y el uso, claro. Usarlas. Gastarlas. Ver ese pedazo de tela larvada cobrando sinuoso protagonismo.

Los agujeritos libres, dos o tres pares de agujeritos libres de la botita y a caminar. Y a ver cómo se mueve la lengüeta. Más fácil que hacer un paty con queso. Tus All Star en actividad ya tienen el contenido de la boca de Mick Jagger.

De aquí para allá. De arriba abajo.

No como la camisa del colegio, ¿entendés Nico?

Nada que ver. La All Star se mueve como se movían los centímetros de tela sobrantes del cinturón marinero. ¡Uau! ¿No te acordás del cinturón marinero? Sí, clá, pero Natalia debe tener uno guardado en algún lado, o no sé si Natalia, porque el cinturón marinero creo que era patrimonio varonil.

La tela que sobraba y caía: la pelvis de Elvis.

¡La pelvis de Elvis! Año 83, ponele.

Nunca pude entender a las All Star porque crecí con Videla. Y con Carlitos Balá. Balá nos arengaba con eso de que el movimiento se demostraba andando. ¡Pero qué boludos! Nunca entendimos que nos estaba mandando mensajes cifrados.

Balá también tenía miedo. El miedo es tan biológico... y él era tan docente de infancias y adolescencias... Balá nos hablaba de las All Star y del cinturón marinero.

La rebeldía necesita ser aparente y Mister Converse conversaba de la evolución del flequillo de Lennon.

Era eso.

El flequillo beatle creciendo hasta el piso; el cuerpo suelto de la cabeza a los pies. Mucho antes de las All Star, supimos de Tanguito. Amor de Primavera, dos frases de La Balsa en el baño de la Perla del Once.

Tanguito quería tener el pelo lacio para dejárselo largo.

Largo y lacio. Si el pelo y las ideas, si los símbolos y las suplencias, brotan de la cabeza, la conexión es irreprochable.

Okey. Mechón beatle, con todo lo que le costaba a Tanguito y a Ringo, que originalmente era un teddy boy y tuvo que moderar su cresta.

Y el cinturón marinero de hebilla plateada.

Y las All Star.

La lengua lamiéndote los pies, ¿te acordás?

Y cómo bailaba Guillermo, el rubiecito que había vivido en Miami porque sus padres estuvieron exiliados. Guillermo, el wing que volvió con la primavera alfonsinista para cambiarnos la vida. A mi viejo le cambió la vida Julio Verne. A mí, Guillermo. Tenía las All Star sucias como en las películas. Las All Star pateaban la pelota en la plaza Las Heras. Guillermo jugaba al fútbol con las All Star y yo lo admiraba como puntero de All Star pegado a la raya, tirando centros de All Star.

“¿Adónde te vas a ir papá?”

Habían subestimado a Migue. Perdón, me presento, soy el Narrador omnisciente. Lo habían subestimado como se subestima a todo público. Así lo subestimaron a Migue, que estaba entre ellos dos y entre ellos dos había una discusión.

Pará, si vas a contar, contala bien: no lo subestimamos. Decí que hablábamos de la separación delante de él. Lo hacían, sí, pero usaban algunas frases por elevación o metían palabras en un inglés tipo ET-phone-home. Lo hablábamos como se hablan estas cosas. Lo hablaban durante la cena, lo hablaban tirados en un sillón, en el baño, en el living, en el balcón, en el bar, en un bar, en un restorán. Okei, debo decir que como casi nunca podían controlarlo, era el único tema. Y debo decir que la subestimación no era un acto consciente de subestimación. ¿Así está mejor?

Entonces no se sabe si era subestimación o si estábamos inmersos en una crisis que incluía a la subestimación. Porque una cosa es subestimar y otra es no ser conscientes. Bueno, sonaban demasiado explícitos, aún en ese spanglish se ponían, ¿cómo decirlo?, exageradamente sensoriales. ¿Sensoriales? Sensoriales, sí. O sordos, por no decir gritones.

Contala bien.

Sensoriales, sordos, gritones, dejando que el chico, pobre-cito el chico, empezara a ser esa clase de sujeto bilingüe tipo Junot Díaz.

La histeria de los acontecimientos:

“¿Adónde te vas a ir papá?”

Y un sábado a la tarde hizo otra pregunta. Los dos estaban discutiendo y el nene que los interrumpe.

“¿Qué quiere decir fakiu?” Y también: qué quiere decir “ñu aparmen”. Y que quería decir exactamente “la mudanza”, pese a que sabía lo que quería decir “la” y sabía lo que quería decir “mudanza”, porque cuando tenía que llevar los juguetes del living a la pieza, su papá aplaudía y en ese movimiento de palmas también se articulaban las sílabas “mu-dan-za”.

Mudanza se les había escapado de otra forma, por eso Migue quería saber si “mudanza” era lo mismo que “mu-dan-za”, que venía de traslado y de movimiento y de baile, de danza, y que sonaba musical, ordenado, lúdico.

“Mudanza”, dicho así, todo junto, debía significar otra cosa.

Y ellos no sabían cómo decirlo en inglés. Esa era la verdad.

Seguramente Germán tenga razón. No se pueda hablar simplemente de subestimación. Sería injusto de mi parte.

Subrayemos lo de “se les escapaba mudanza, como se les escapaba la crisis”.

“¿Pero adónde te vas a ir papá?” Natalia lo miró y me miró. Yo miré a Migue y miré a Natalia. Migue preguntaba lo de la “mudanza” jugando con sus autitos, tirado en el piso. El coche-cito de Batman y la ambulancia.

Natalia que lo mira a Germán, Germán que lo mira a Migue y Migue que debe estar esperando una respuesta mientras choca sus autitos. El de Batman choca contra la ambulancia. La

ambulancia aguanta. El de Batman choca contra la ambulancia. La ambulancia ahora retrocede. Para Migue, la ambulancia es el Guasón.

Hola, perdón, de nuevo el Narrador omnisciente. Lo de la ambulancia no es para esforzarse. La interpretación mata al intérprete.

Entonces Natalia que lo mira, Germán que mira a Migue y Migue que sigue chocando a Batman contra la ambulancia. Migue dice: “La ambulancia es mala”. El papá que dice: “Así vas a romper los autitos”. Y se acerca, se agacha y levanta la ambulancia. Nota que tiene la pintura saltada en la parte de adelante, cerca de un farito. “Mirá, se está rompiendo. ¿No te da pena que se rompa?” Migue sigue teniendo esa dimensión diferente en su mirada. Estas son palabras de su padre. Le dice “dimensión diferente”, aunque debe referirse a los nervios, la preocupación o la tristeza del nene. Lo de “dimensión diferente” seguro que viene de alguna batalla de provisión alegórica.

Tampoco hay aventura, o no tanta. Desde la oración que sigue hasta terminar el párrafo, puede ser exactamente al revés y tampoco sonará mal. Cosas que pasan cuando quedás reducido a la hoja de papel y a la inactividad, dicho esto sin la menor carga despectiva. La inactividad puede ser una cualidad de firmeza. De afirmar tal cosa habría que considerar al Bartleby de Melville, que prefirió no hacerlo. La movilidad es debilidad. O puede serlo. Las estatuas, otro buen ejemplo. Las estatuas, bustos, figuras, mármoles que sirven para revalidar y fijar testimonio. La inacción desarrolla una cierta materialidad. O puede desarrollarla. Caminar es estar en tránsito y pararse es un punto de llegada. O un punto de partida.

Muchachos, ya no quedan lugares para recorrer. Los peregrinos son una especie en extinción. Entonces, ¿hasta dónde la inmovilidad puede ser un acto de resistencia? Pascal, en Hombre sentado dijo que el hombre adquirió la posibilidad de marcha, una suerte de pulsión o instinto errante que lo lleva a desplazarse.

Buenas, vengo a contarles que estaban recorriendo un departamento de Villa Crespo. Uno de los tres que habían marcado en los clasificados.

Si te parece, aquel podría ser el cuarto de Migue, dijo ella.

Las opciones debían tener luz. Las que no decían nada sobre el asunto, las descartaban. Ella las descartaba porque esta parte cuenta la historia de un par de individuos que se están separando sin epopeyas ni traiciones. Acá hay un hombre que se está por ir de su casa y una mujer que trata de ayudar a su futuro ex a encontrar un lugar digno y, si se puede, barato. Y lindo. Y cerca.

Ella dice “lindo departamento”, “feo departamento”.

El común acuerdo no existe. Las separaciones se consensúan, pero no hay nada común en el acuerdo. Hay alguien que propone y alguien que termina aceptando.

Es cierto que nadie publica “departamento oscuro, pero en buen estado con expensas altísimas”. Y ella lo sabe de cuando se mudaron a un departamentito sobre Darregueyra. Todavía eran dos y les gustaban las cosas pares.

Ahora estaban en el tres ambientes de Villa Crespo viendo el piso de parqué, el lavadero, el baño, las puertas, los marcos de demolición; los detalles en bronce –ella confirmando el bronce, toda una experta en aleaciones metálicas–.

¿Sol de mañana, no es cierto?, seguía.

Piso octavo, vistas largas sobre un pedazo de ciudad vencida por los techos. Durante la búsqueda, él volvió a confirmar que ella había sido creada para esta clase de disciplina. Ese sábado, esa tarde de sábado, él era el de siempre: un hombre transportado de un lugar a otro escuchando a vendedores más o menos entusiastas que se ganaban unos pesos haciendo guardias. O escuchando a dueños directos y exigentes, poco dispuestos a negociar una rebaja en el precio final.

Esa tarde, sin embargo, él descubrió un aspecto desconocido de su futura ex mujer. Desconocido incluso para ella, que aun hoy cree que se trata de una broma.

Callate, basta, no digás boludeces.

¡Pero es verdad!

El pibe que hacía la guardia en el departamento estaba hablando de las bondades del sol pegando de frente por las mañanas y a ella se la notaba extrañamente feliz, paradita junto a la ventana del living.

¡Ah, sí! –exageraba el vendedor–, ¡una maravilla! Mire qué vista, señora...

Ella era toda curiosidad y escuchaba en movimiento. Iba de un lado a otro investigando techos y zócalos. La pintura está perfecta, dijo.

En la cocina del departamento se estacionó.

Él avanzó; ella, una dulzura, se quedó planeando la ubicación de la heladera mientras el vendedor iba detrás del futuro ex hasta una de las dos habitaciones. Cuando él quiso saber el valor de las expensas, uno de los motivos por los que descartaría la oferta, los dos oyeron un jadeo o un lamento que venía desde la cocina.

El muchacho sugirió algo acerca de los servicios centrales del edificio pero, en verdad, tampoco podía concentrarse demasiado bien en su libreto: el jadeo o el lamento derivó en unos grititos familiares. Familiares para él.

¿Estamos solos?, preguntó. El de la inmobiliaria dijo si con la cabeza y futuro ex apuró el paso a través del pasillo angosto que operaba como distribuidor de ambientes, casi un ambiente más, en la pretensión del empleado. Por ahí caminaba él, pensando en las paredes de durlock, en ese laminado berreta que se usa ahora para construir edificios. Y pensaba también en un leve presagio de fatalidad.

En ese trayecto, la mínima caminata, ocho, diez pasos, el razonamiento tuvo nuevos indicios: el jadeo o el lamento ya

eran suspiros y, en efecto, se originaban desde la cocina. Le dio un manotazo a la puerta y la vio. Allí estaba ella.

Creo que lo primero que hizo fue repasar sus ropas. Una estupidez: por supuesto que estaba vestida de pies a cabeza. Pero la recorrió de arriba abajo. Otra estupidez: estaba tan vestida como hacía cinco minutos, y se la veía parada como un conquistador en el medio del pequeño lavadero que prolongaba la cocina hacia el fondo, para terminar en una ventana corrediza de vidrios rugosos.

¿Qué te pasa? –le preguntó, sorprendido o espantado.

Ella respiraba agitada y ahora emitía unos aullidos de mandril, tratando de decir algo, algo que no se entendía porque la respiración y las palabras iban a un ritmo distinto, desarticulado. Como si las sílabas se alborotaran. Como si las letras salieran disparadas en cualquier dirección.

¿Vis-tee-el-lava-de-ee-ro?

Además, un brillo como de celofán se le había instalado en las mejillas.

La-va-de-ro-incorp-o-rado-co-mo-en-su-u-uite. Aquí-i-rí-a-el-lava-rro-pas, ¡aia! ahhh!, ¡ayyy!, ¡¡siii!!, siii, y hasta podrías, ay, ayy, ayyy, hasta podrías usar el te-nder-gi-gan-te que está en la bau-le-ra, ay, ayy...

Miró debajo de la pileta, revisó un placard de esos que sirven para guardar palas y escobillones. Nada. A su lado, el flaco, el

vendedor, probaba con una sonrisa tonta. Él volvió a preguntarle si se sentía bien y ella continuaba en su –¿cómo decirlo?, ¿cómo describirlo?– “éxtasis doméstico”.

Así lo calificó más tarde, con los días, con los meses, y así se lo diría más tarde, al día siguiente y al mes siguiente y ahora, si pudiera: “Éxtasis doméstico”.

Sin perder la euforia, palpaba los muebles de la cocina. ¡Son enormes!, ay, así, ay, entra todo, ahh, ¡¡ahh!!

La agarró del brazo.

La obligó a salir de ahí. Prácticamente tuvo que arrancarla de la cocina.

En el cuarto principal, su expresión se suavizó. Una costra de sudor sin embargo todavía le cubría la frente. Se ató el pelo con una gomita verde y preguntó si ellos, él y el vendedor, también tenían tanto calor.

Está bastante húmedo, sí.

Dijo el muchacho. Él no le contestó.

Al rato, volviendo a ser la mujer conocida, invalidó las medidas de ese ambiente. Demasiado chico, falló. Y como si nada hubiese pasado fue de un lugar a otro con ese andar entrenado y el cuestionario propio de quien sabe lo que quiere. El muchacho tuvo que disimular su sorpresa y volver al trabajo respondiendo cada una de las preguntas.

/ todo lo que maté

Al salir del departamento, ella hizo la salvedad del cuarto principal. Él, como siempre, le dio toda la razón del mundo.

JCD es un hombre que vive preocupado y el inconveniente es que materializa sus preocupaciones. O sea: las convierte en ocupaciones. Su dogma es freudiano sin darse cuenta. Cree que el hombre es suficiente y por eso sufre y se permite el ateísmo. Allá él. JCD ahora está preocupado y ocupado en encontrar un dibujante para su historieta sobre León Gieco.

Lo viene siguiendo, lo investiga, jura que lo investiga, que le hace guardias periodísticas y que toma nota. Que León vive en Le Parc, dice, y que lo vio salir en “limosina”. Que habla con alguien que podría ser Dromi.

¿Quién?

Dromi, Roberto Dromi, el Ministro del menemismo.

Alberna JCD. A veces le hace guardias a León, a veces a Ligniers, a veces a Rep.

JCD escribe pero no sabe dibujar. Escribe guiones. Y es poeta. Para ganar plata, se dedica a la poesía. Pero a él le gustaría ser un guionista reconocido.

“Ojalá pudiera vivir guionando”.

JCD se convenció de que no hay ningún dibujante que quiera hacer una historieta sobre León Gieco. Mejor dicho, en contra de León Gieco.

¿Y si le ponemos las aventuras de León Greco?
No, no, no —Rep, con gorrito, Rep sin gorrito.
¿Y si firmás con un seudónimo Rep?
No, no, no —Rep: hombre de una sola palabra.
¿Y si le pongo el Puma Greco?
No, no, no.
¿Otro felino? El que vos quieras Rep.

Casi todos los dibujantes son de izquierda, le dijeron a JCD. ¿Probaste con Nik? JCD anota Nik en su Moleskine, the legendary notebook of Hemingway. Pero ahora quiere a Liniers. Se le metió Liniers entre ceja y ceja. Eso, y su pedido de que vuelvan los juegos de mesa. Y si le preocupa, se ocupa y acaba de publicar un aviso en Segundamano. “Compro juegos de mesa de Yetem y Kipos”.

Dice que piensa destinar todo lo que ganó con la poesía a poner un local de juegos de mesa.

¿Vos conociste “La Casa de Tomás y Enrique”?
Clá... una cosa así.

Y también lo persigue a Liniers. Le hace guardias. Sabe que Liniers va a correr por los lagos de Palermo con su MP3. Una mañana, cuando Liniers ya terminó su rutina, lo ve sacar de su riñonera los lentes. Lo sigue. Liniers se mete en una óptica donde deben hacerle los anteojitos de dibujar.

En la vidriera hay una foto gigante de él. A su lado hay otra foto: Lucrecia Martel. La óptica se llama “Para verte mejor”. Como diría Baudrillard, y aunque eternamente existan unas formas espirituales que nos atraviesen, muy pronto los anteojos no van a ser una prótesis, sino el atributo de una especie en la cual habrá desaparecido la mirada.

JCD espera que Liniers salga y anota la hora en su Moleskine. 10.43. Espera unos minutos y se mete en el negocio.

Buen día. Ese era Liniers, ¿no es cierto?

La señora le hace un “ajá”.

Y, seré curioso, señora, ¿qué anteojos usa Liniers?

Perdón que me meta, pero soy el Narrador omnisciente y quiero decirles que esto se llama perspicacia. JCD Le dice a la señora que él también dibuja y que tiene problemas de miopía y quizás, you know –duda, duda en inglés y en castellano–, quizás... Acá viene la mejor parte: la señora de la óptica cree que si él usara los mismos anteojitos de Liniers...

¿No es cierto?

¿No es cierto qué, señora?

Que usted dibujaría igual. Qué tendría idéntico existencialismo y conejillos saltimbanquis henchidos de protagonismo en sus cuadraditos.

Algo así, señora, algo así –mueve la cabeza JCD, los labios juntos, la mueca de tortuga seductora que usa para hombres/mujeres de entre 50 y 75 años.

Urgente él quiere saber, you know, quiere saber si... La señora que vuelve a entender y otra vez sale a socorrerlo.

¿Usted quiere saber cuánto salen los Lentes Liniers?”

“Lentes Liniers”.

JCD anota: “Lentes Liniers”.

Espacio activo (NdeNo: Narrador omnisciente).

JCD espera a Liniers clonado a la altura de los ojos. Es otra mañana aeróbica en los lagos de Palermo. JCD sabe horarios y recorridos. Viste un jogging que hace juego con el marco de los “Lentes Liniers”.

Liniers abre la puerta y advierte su presencia o advierte la presencia de sus lentes en un otro. JCD pasa por la puerta de su

casa. Finge casualidad. Y de casualidad lleva un libro de Liniers, usa los mismos anteojos que Liniers y tiene ropa deportiva, como Liniers. Lo ve arrancar al trote. Trota y se le pone a la par.

“Sólo con el consentimiento de León”, dice Liniers.

“Diez cuadraditos”. JCD se fatiga en sílabas.

No puede seguir el tren de Liniers porque JCD tiene sus lentes y su libro más su moleskine y su guión, pero le falta estado físico. Y Liniers no para. No puede parar un minuto.

Liniers, perdoname, soy yo otra vez: un minuto te está pidiendo JCD. ¡No podés parar un minuto!?

“Que espere a que termine mi rutina”.

JCD lo espera en la puerta del Museo Sívori.

Liniers toma Powerade y ahora lo escucha. JCD se presenta: poeta profesional, guionista en apuros.

Diez cuadraditos para un suplemento de rock. La idea se podría llamar “Las aventuras de León Greco”.

“Ya me lo dijiste”, le dice Liniers.

Quedan pocos segundos.

“Primer cuadradito, ¿se dice cuadradito?”, quiere saber JCD.

Más Powerade. Liniers escucha recuperando los líquidos y sales minerales que su cuerpo necesita.

Primer cuadradito. JCD lee. Está nervioso. Se le caen unas hojas y el viento las empieza a llevar. Liniers estira su pie derecho y logra aplastar la carátula. Puntos suspensivos. ¿La carátula o la idea? (esto queda a la consideración metafórica del lector). JCD finalmente arranca.

León en el yacuzzi de su casa y Rosa, la mucama, que lo interrumpe.

“Del comedor Margarita Barrientos, señor León”.

“¿Pero no ves que me estoy bañando!”.

“Se lo dije, señor León”.

“¡No me digas señor León! ¡Decime solamente Señor...!

“Se lo dije señor”.

“No. Así no, Rosa”.

“Señor”.

“Te sale senior, Rosa, con “i”, y se escribe con “ñ”. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?”.

“Se-ñor”.

“Se-lo-di-je-se-ñor. ¡Todo junto Rosa!”.

“Se lo dije señor”.

“Buá”.

“Dicen que va la prensa”.

Silencio.

“Dicen que va la prensa, señor”.

“A ver: –el globito dice “a ver”, dos puntos. ¿Vas entendiendo Liniers?”

Hola Marga (León al teléfono). “Mmsé, mmsé... Ajá, ajá. Si, ¿y a qué hora? Cinco de la tarde en punto. Bueno Marga, sí, sí, sí quedate tranqui, ahí estaré... Obvio... Guitarra y armonica”.

León sale envuelto en su bata que tiene la letra “L”, cursiva y dorada, a la altura del corazón. Le pide a Rosa que vaya preparándole el uniforme de barrios carenciados y comedores.

Rosa se acerca con una percha.

“¡Rosa!, por favor... Barrios Carenciados y Comedores, te pedí. ¿Vos sabías leer? Fijate en el placar donde dice “Barrios Carenciados y Comedores”. Ese no, Rosa, ese... ¡¿pero vos no ves lo que dice el cartelito?! ¿No ves que dice “Asuntos del Conurbano”? Es otra cosa Asuntos del Conurbano... Y pasame un par de borcegos en uso, por favor”.

“¿Cualquiera de los que están sucios, señor?”

“Cualquiera, Rosa”.

Más tarde, León baja por el ascensor que hace una escala en el piso octavo. Sube Dromi.

“Qué hacés León”.

“Bien, ¿vos?”

“¿Vas a trabajar?”.

“Voy al comedor de Margarita Barrientos...”

Dromi lo mira.

“Una que tiene un comedor para pibes”.

León tiene las cocheras 12 y 14. En la 12, la camioneta; en la 14, el Taunus azul. León se dirige al Taunus. Dromi lo mira. Sonríe. Se miran, se sonríen.

Ah, la corrección política, todo lo que implica ser políticamente correcto. La tolerancia como virtud, la comprensión parcial y benemérita de la hipocresía. No soy tolerante y acá está Bernardo Stamateas diciéndome que debo intentarlo.

Bernardo (llega el café, “gracias”), disculpame: vos, tu secretaria y esta iglesia son un encanto, y disculpame porque sé que me dedicaste dos veces “Gente Tóxica” deseándome “la mejor suerte del mundo” y deseándome “la mejor suerte del mundo”. Pero no, Bernardo, la tolerancia es como un estado de afirmación de la hipocresía. La tolerancia es la hermanita políticamente correcta de la hipocresía, ¿me entendés?

La corrección política alimenta guetos. Bernardo, ¡no te rías, boludo!, ¡en serio te hablo! ¿No te acordás cuando se podía ser más simple y despiadado? ¿No te acordás cuando se podía ser más bruto? Cuando decías puto sin ser tildado de homofóbico. Ahora, fijate, vos mostrás la bandera de Paraguay en la tribuna y el INADI te mete una contravención. ¡No te hagás cargo, INADI! ¡Es la bandera de un país, no es la esvástica, INADI!

Bernardo te mira con cara de ay, ay, ay (no se acuerda tu nombre y en el ay, ay, ay, piensa, revisa, unos papeles, una libreta, ay, ay, ay... Germán. Y después llega el alivio del interlocutor identificado que es mucho peor: Germán tal cosa, Germán tal cosa y tal otra. Germán, tal cosa, tal otra y tal otra).

¿Un ejemplo? “Los emos”, Bernardo. Esos no se diferencian, son autoconscientes. Y eso es lo que particularmente nos irrita. ¿Quién puede esperar tal cosa del arte? Ese punto enoja como enoja que la orquestita de Barenboim sea mixta y lo sepamos. Que sea casi lo único que sepamos de Barenboim, que no sabemos si es con “m” o con “n”. Que tenga un cellista judío o un contrabajista nacido en Egipto. ¡Guau! ¡Qué importante, che! Sabemos más del cellista que del cello, que ahora dudamos si se escribe con doble ele o es chelo, como el Chelo Delgado. ¡Vamos, Bernardo, dejame de joder! Nadie espera eso de un artista. Es apenas una cuota. No lo redime ni lo condena. Y, a nuestro modesto juicio, hasta nos hace levantar sospechas. ¿A quién le importa la relación de Dalí con el franquismo? ¿Resiste alguna clase de análisis para su figura? Bernardo, ¿quién va a decir alguna vez, “Maradona era amigo de Menem”?

Leamos a Cassavettes. “Gena y yo somos unos freaks. Estamos absolutamente idiotizados con querer convencer a alguien de que, para nosotros, es muy difícil expresarnos en nuestras vidas. Descubrir el delicado equilibrio entre vivir y morir. Quiero decir, pienso que éste es el único tema que hay”.

Primero existe el potencial y luego el mercado. El consumo y la novedad hacen a la reverencia pública y populista. Como los libros de escritoras menores de 30. ¿Quién puede aceptar leer

y, peor, escribir –prestarse, participar, figurar– en un libro que supone una especie: mujeres de pelo largo y menos de un metro setenta que saben escribir o tipear. O mujeres de pelo largo y menos de un metro setenta que no cocinan. ¿Qué quiere decir esa búsqueda de singularidad? ¿Eso es lo que llamarán producción de sentido?

¿Y eso de exaltar la juventud? ¿A quién se le ocurre? ¿Esta vez a qué generación hay que matar? A Flavia Palmiero no me la toquen. Flavia trabaja para parecer joven, que es otra cosa, que es muy distinto a ser joven. Ella es más inteligente a sus cuarenta y pico que a sus veinte y no quiere fotos porque no tiene ganas de producirse, pero te dice: “Mirá mi cara —y se saca los anteojos negros y ovalados—. ¿Operaciones en esta cara? ¿Podrías operar esta cara? Si vos me ves con esta piel, con este espíritu, es porque llevé una vida sana durante muchos años. Tengo energía de sobra”.

Con Mireia Gubianas, la actriz de “Gorda”, estamos en un bar. Nos hicimos re-amigos y lo hablamos todo. Y con Ricky Pashkus, que en estos momentos anda como loco en la producción de *Hairspray* y busca *gorda-con-condiciones-de-cantar*. Seamos vocacionalmente gordos, vocacionalmente putos y vocacionalmente panelistas en los turnos de la tolerancia top.

Ricky, cómo va. Che, leí que para quedar seleccionado en el casting de tu obra hay que vomitar antes de presentarse. Que eso de vomitar da más seguridad.

“No concuerdo, dónde lo leíste”.

¿Y no pensás que la cultura del diferente es funcional al régimen? “El sistema necesita de su rebeldía y de su corrección po-

lítica. En esta obra, el personaje tiene que ser una gordita. Igual que en Broadway. Y también tiene que haber negros, porque si no, no hay obra. Igual, te digo una cosa: en las audiciones obvio que hubo gente que se disfrazó de gorda. “¿Esa se puso un almohadón, no?”.

¡¿Vos oíste Mireia, oíste lo que dijo Ricky?! Mireia mandibulea. ¿Se dice madibulear? “Yo quiero traeme una medialuna de manteca”. Ella prefiere llamar a las cosas por su nombre y en el escenario se muestra casi desnuda sin importarle que sus medidas remitan a la figura de Moby Dick.

Paréntesis: esto no es discriminación, es asociación libre. Uno en realidad desearía el éxito de Saint Exupéry y que lo esencial realmente fuera invisible a los ojos.

“Para mí es así. Yo soy muy de las utopías. Creo en lo que dice Saint Exupéry. Pero no habrá caso, los periodistas me dirán: muy lindo, Mireia, ¿pero te acuerdas de Gorda?” ¿Y qué respuesta se te ocurre? “Ninguna otra que no sea mandarlos bien a cagar”. O tal vez estés más flaca y... “Sí, sí, eso también lo pensé. Me van a venir con el rollo de que traicioné mis ideas y tal. No se acá, pero en España el ciego sigue siendo un no vidente”.

¿No hay nada de La Vela Puerca?

No.

Y de No Te Va Gustar.

...

El grupo: No Te Va Gustar. ¿Lo conocés?

No, no lo conozco.

Son rioplatenses.

Mmm... no.

¿La Renga?

No.

Yo soy amigo del batero.

A Cristina se le hacen unos pocitos en el culo. Se le nota cuando está en bombacha templando la parte de los ísquiones para llegar al tercer estante de discos. Cristina tiene unas arañitas en las piernas. Hasta dentro de cuatro o cinco años, una arañita nada más. Nada venenoso, nada llamativo.

¿Quién es el Cardenal Domínguez?

Un flaco que canta tangos.

Le gusta estar desnuda en la casa de otros. Pocitos no tiene ningún tipo de complejos, mientras que el anfitrión, un verdadero desastre de inseguridad, siempre juega de visitante. Rápido los slips, ahora los pantalones, el cinturón, la remera.

Ella revisa discos en bombacha y pocitos sabandijas.
Él piensa: puedo quedarme descalzo once minutos más.
Ella pone un disco de Cat Power.
Él se pone las medias.

Los discos están acomodados. Los libros siguen en unas cajas.

¿Cat Power no era medio hardcore?
No.

Es la primera vez que escucho a Cat Power en mi nueva casa de soltero. Me hace bien sentir que recupero algunas rutinas. Lo que hago de vuelta por primera vez queda anotado en un cuaderno.

Anoto:
Escuché a Cat Power.
Enchufé el microondas.
Tomé té de pasiflora y valeriana.
Compré Uvasal.
Acomodé los discos.
Cogí.
Me hice canelones de La Juvenil.
Compré dulce de leche diet.
Saqué la basura a horario.

Vi al Manchester y al Inter, pero el Inter no sé cómo salió porque, curiosamente, me quedé dormido en el segundo tiempo.

Cuando el narrador está angustiado ve mucho fútbol. Insiste en darle una posibilidad al cariñoso ánimo impersonal. Sabe que el todo debe ser más que cada una de sus partes. Gestalt.

Fútbol: único desnivel que le permite dejar de pensar en otras cuestiones. Antes creía que cogiendo podía experimentar la misma línea de fuga. Luego comprendió que no había nada como el fútbol. Como verlo. Como jugarlo. Probó con la natación. No sirve. Se aburre. Nada de nadar, brazada y brazada hasta el borde. Dice que nadar empalaga.

Nadar fastidia. Contar los cuadraditos celestes del fondo, formar figuras con las venecitas, intentar percibir la fluidez del deporte. ¡Dios! No se puede dejar de pensar. No sirve. La línea recta, de orilla a orilla. Ese es el verdadero laberinto. Para combatir la alienación vertical mucho mejor acostado y en la cama.

Y se niega al tenis ya de un modo epistemológico, pese a que vulgarmente suele definirlo de esta manera: “Es un deporte muy puto, que no es lo mismo que deporte de putos”.

Che, ¿y vos siempre fuiste rapidito para los mandados?

(Permisooo, sí, soy yo: Pocitos le está preguntando por sus eyaculaciones precoces).

“Rapidito para los mandados”. Él sonríe o responde con una sonrisa. Después va a guglear sexología + eyaculación precoz para llegar a los artículos del especialista Adrián Sapetti.

¿Querés que me vista? –Pocitos.

Por favor –él.

Y la acompaña hasta la puerta y sube y agarra la lista de lo que hace por primera vez y duda por escrito: ¿Cogí?

¿Sabés lo que pasa? Pasa que no podés disfrutar, no te lo permitís.

Quiero un hijo único, entendés, uno solo. ¿Madre hay una sola? Bueno, hijo también. Nuestro hijo tiene que ser un hecho excepcional, un acontecimiento. Una fundación. Es así: un hijo, un gran amor, un equipo de fútbol. Las cosas fundamentales de la vida son impares y cercanas a la muerte.

Norman Briski me lleva a un costado.

“Vení, nene”.

“Hace mucho calor, Norman”.

Norman no contesta ni transpira ni pregunta si quiero algo fresco. Nada. Te hace entrar más y más. El sol debe estar agujereando el tinglado. Se sienta y te deja parado. “Familia Sociedad Anónima, nene, la familia es la base fundamental de la propiedad privada”.

Tomo nota.

“Yo no me siento solo, estoy solo. Pero no sufro. Juego. La soledad es un bien infinito, como decía Marguerite Yourcenar. No soy un escritor metido entre cuatro paredes, porque ser actor te saca, te pone afuera. No me pierdo ningún juego. Hago política, que también es un juego, pero trato de que no sea perverso”.

Por derecha nos corren con la iglesia. Y por izquierda anda Lacan y su estadio del espejo. Socializar no es algo inherente a estos bichos que somos. Hay que educarse, obedecer y morir.

Estamos en su teatrito. Hace un calor espantoso. Este es el laboratorio de Norman.

Norman me dice: La premisa ética está antes que nada. Si vos venís lastimado, te doy una curita y después hablamos de todo esto.

Yo: Pensaba en la Copa Davis. No puedo dejar de pensar en la Copa Davis, Norman.

Me alumbra con sus faroles y me pide que me siente ahí, en el piso. Que me siente y no deje de mirarlo a los ojos.

Yo: Norman, estoy fatigado, el corazón me hace tan tan tan.

Norman: Es un solo de bajo, no te asustes.

Yo: Los tenistas no tienen espíritu de cuerpo, ¿vio?

Norman: M'hijo, el tenista no está acostumbrado a compartir. Yo soy anti todo, empezado por el anti-individualismo. Sería bueno que el tenis sea popular, pero el tamaño de una cancha y la cantidad de gente que lo practica son incompatibles, a menos que se ocupe todo el territorio nacional.

Yo: Entiendo.

Norman: El polo es precioso, exquisito juego el polo, ¿pero cómo conseguís todos esos caballos? Los juegos tendrían que ser para todos, pero no todos tienen posibilidades de jugar.

Yo: Norman, la última y me voy. ¿El amateurismo del rugby es sinónimo de élite?

Norman: Posiblemente. O tendría que aparecer un grone capaz de matar a siete blancos por día para demostrar lo que vale.

Yo: Quizás tengan miedo de que se les meta un Carlitos Tevez, ¿usted no cree?

Norman: Hay un lindo documental que es la historia de un rugbier medio antisemita que va a España y conoce la histo-

ria del Holocausto y dice: nah, los alemanes qué van a hacer esto, qué boludez. Pero lo convencen y el tipo queda perplejo. Vuelve a la Argentina y se lleva el rugby a la selva formoseña.

Yo: Pero planteemosló de una vez, Norman...

¿Norman? ¡¿Norman?! Norman, hace calor acá. Norman, ¿dónde está? ¡¿Norman?! ¡¿Normaaan?! (Así, primero hay que admirarse y después preguntar).

“¡¿Qué hacés acá?!”.

(Sigo en ese tiempo compartido de duda y enajenación).

¡¿Vos qué hacés acá?!

(Por una puerta acaba de entrar Daniel Aráoz, el cordobés Aráoz).

¿Y Norman?

(Me mira raro Aráoz, con la sonrisa y el colmillo de su mueca preferida).

Yo: ¿Y Norman Briski dónde se fue?

Aráoz: Preguntame a mí.

Yo: ¿A vos?

Él: A usted se dice. ¿Qué querés saber?

Yo: Daniel...

Él: Señor Aráoz...

Yo: Señor Aráoz...

Él: ¿Qué te sucede, hijo?

Yo: Quería planteárselo a Norman, pero...

Él: Planteámelo a mí te dije, pibe.

Yo: ¿Te lo planteo a vos?

Él: ¿Se lo planteo a usted?

Yo: Perdón, ¿se lo planteo a usted?

Él: Si, mi amor.

Yo: ¿Y usted después le transmite mi planteo a Norman?

Él: Exactamente. Yo después le trasmito tu planteo.
Yo: Es simple. Quería preguntarle si Patria o Tenis.

Desde bebés, desde Eurípides, desde la rapidez del pop y los afectos que fueron reprocesados. El discreto encanto de la democracia nos permite algunas victorias sin alardes. Qué fácil parece ahora que Facebook te hace el trabajo sucio de besar y saludar a gente que ni siquiera conocés. Qué fácil es abrazar desde Facebook. Ah, sí, ah tanta y tanta bulimia de cariño.

Facebook es la última esperanza de organización gregaria. No se nos está dado colaborar, participar, ser solidarios, diurnos y asociados. No viene por añadidura. Para pueblo, pueblada. Después están las carreras de Recursos Humanos y los expertos en Relaciones Públicas. Hay que aprender a convivir. Entenderse es cosa de domadores. Sin entrar en estructuras de dominación, es un aprendizaje: crecer y acatar. Reglas mnemotécnicas. El mono que habla nace con miedo pero no sabe nada sobre empatías y prójimos.

JCD va a contarme que León es León porque reina en alguna parte. Y esa parte, su reino, es un nicho de trovadores. Donde haya un cantautor habrá un guacho que le romperá la muñeca porque si acá hay alguien que tiene que decir algo, si acá hay algo para decir, carajo, esa es tarea de León, ¿ok? ¿Nunca lo oyeron diciendo “okey” a León?

La voz le sale hasta de las cutículas y sólo le pido a dios –juntamos la manos, dejamos caer la cabeza, uno mismo, nuestro dios– que no nos diga “okey” porque si nos dice “okey”, fuiste, macho. Okey como antesala del desastre.

Okey, y el resto se calla o se dedica al pop, ¿okey?

“¿Decís que León tiene el patrimonio de la solidaridad?” La pregunta se expande por el ambiente en un boca a boca flaccido y susurrado. Se lo acabábamos de preguntar a Patricia Sosa pero Patricia, que tiene años de andén y Zona Sur, que no es dócil ni teme, me dice: “¿Pero vos acaso no sabías que yo me interné en la selva chaqueña?”.

¿Y León qué te dijo?

¡¿De qué?!

De cómo se hace para ser más solidario y esas cosas...

¿Vos querés saber si me dio consejos?

Si.

No. Él no se acercó.

No se acercó pero tampoco se enojó.

¡¿Y por qué se iba a enojar?!

No sé, porque él tiene la franquicia del compromiso.

¿La qué?

La exclusiva del compromiso.

El compromiso es patrimonio de Gieco! —Patricia se me ríe en la cara—. No, no, nunca me dijo nada. Sí se me acercaron otros artistas... pero él no.

¿Y de cómo vestirte tampoco te dijo nada?

¿De qué?

¿De cómo vestirte te dijo algo?

No... ¿Un look?

El look solidario, sí.

Hay un trovador en la Avenida Olimpo de Lomas de Zamora, parte de la localidad de San Francisco Solano.

“Nadie es trovador”.

“Bueno, patrón, hay un hombre, un muchachito que canta lindo, ya sabe. Y que vive en el Conurbano”.

“En Solano, decí Solano pelotudo, ya sé donde es Solano”.

León pide los discos.

“No, todavía no tiene”.

Un demo quiere. Una dirección de Myspace, ¡algo!, ¡pruebas carajo!

Si llega a entender que se trata de una competencia lo va a decir sin pestañear: “Háganlo, ¿okey?”.

JCD estudió la trayectoria magnánima del rock. Spinetta ocupa el casillero poético, Charly es la extravagancia, Soda Stereo, la frivolidad y las burbujas del champán. León, el compromiso. La primera junta del rock no acepta innovaciones políticas. Más conservadores que el tango son. Sólo le da lugar a estéticas que tan pronto brotan, sucumben. Democracias efímeras. Los nombres propios son escuela, inercias y tradiciones. Los apellidos funcionan como pilares y mausoleos.

Javier Martínez, ex Manal, es la historia porque se necesitan catacumbas y Javier o Moris hoy viven para ser piedras angulares y posibles puntos de partida. Nombres con un aura (o un vaho) histórico que funcionan como para arrancar, como en el medioevo, diciendo: “Había una vez”. Nada del otro mundo. Es el método de perspectiva original de cualquier relato. Para que existan 45 años de rock, es preciso tener mártires y Martínez.

A Javier eso le rompe las pelotas majestuosamente. “Así me están matando”, dice. A Javier se le cayó un diente. No es necesario que lo diga porque no es un diente cualquiera: es el diente de Alfred Newman, pero yo lo miro como diciendo: “¿En serio, Javi?”. “¿Dónde, che?”. Yo meto los ojos en miopía y hago que reviso su boca y hago como si me hablara de un premolar de esos que se descubre recién cuando lanzás una carcajada de fondo, y hago como si hubiera interrumpido la charla para matar un mosquito y hago que no entiendo, que no importa y hago que disimulo y creo que finalmente digo que a todo el mundo le falta algo.

Javier posa con la boca cerrada y se te parte el alma. No importa cuánto oficio tenga Javier para obstruir la respiración y sellar la boca justo en el momento de la foto. Se te parte el alma porque querés que a esta clase de gente le vaya bien, muy bien. Querés que sean vulgarmente felices como la gente que es vulgarmente feliz en las investigaciones sobre la felicidad: aumenta la felicidad en todo el mundo.

Se te parte el alma porque vos creciste con Javier. Porque es como tu tío. Porque querés que vaya y venga en auto y tenga chofer. Porque sí. Porque te quiero. Porque te respeto. Porque te lo merecés.

Federico me habla de literatura del Ello. Fede hubiera sido el futuro si los currículums y la vieja organización del trabajo no tuvieran vigencia. Fede es un adulto en el cuerpo de un niño. Habría que cuidar a estos pibes y, sobre todo, a los chicos más chicos que Fede. Cuidarles la mente como cantaba el Flaco Spinetta.

Ahora Charly García me cita en el Hotel Alvear. La excusa es una entrevista rara, el anuncio de un disco que nunca va a salir. Nos vamos a dejar operar. Operar se dice en términos periodísticos.

Charly me cuenta que anda viviendo unos días acá (¡mirá vos!), que tiene obreros en su casa (ahh...) y que está grabando un disco de duetos (¡qué buena idea!).

Charly acaba de llegar al hotel y camina directo al restaurán donde almuerza Chiche Gelblung, que va a querer acercarse para saber cómo anda Charly. Pero lo miramos feo a Chiche, onda: ni se te ocurra, rajá de acá. Y rajá de acá por dos razones: esta es mi entrevista y, dos, yo no te perdoné. También está por

ahí Mauricio Macri. Más discreto, con no sé quién hablando de no sé qué. Charly entra y Chiche y Macri lo miran, todos lo miramos. Charly hoy se parece a uno de esos dandies que hay a montones en los relatos de Scott Fitzgerald.

Tiene saco, corbata, zapatos caros, perfume rico. Es un animal nuevo o adornado que se muestra como diciendo: quiero que conozcan a otra persona. Bebe y pide que le alcancen una bandeja con bombones de nougat. “El alma se regenera rápido”, dirá.

Después viene la parte donde se describen sus manos, “que sirven para entender lo que son las falanges”, y otros etcéteras fofos del manual de procedimientos.

Repetimos los modos porque la utopía de la copia es un mohín de vanguardia así como la simpleza, pero con actitud, siempre es cool. Bueno, en esta parte trabajamos para unificar las burlas a las que nos somete el Yo. Tratamos de reunir criterios siendo uno mismo, sin zen revisteril, pero uno mismo en el bar, con los amigos y las mujeres, con los vecinos y los papis, con la profe de inglés y el colega. Tratando de unir el Yo dan ganas de preguntarle a Charly de qué se trata todo esto, aunque estamos acá para ayudar y es mucho más lacio pensar que la vida resulta previsible y no ese rejunte de cosas que nos pasan mientras planeamos otras. Te sale un Lennon que queda re-lindo. Releés y sí: la glosa beatle resiste el paso del tiempo.

Mejor pensar que García recibe al periodismo en su castillo de 80 habitaciones y que uno de sus huéspedes es Mauricio Macri. Mejor pensar que Charly acaba de hacerse instalar una piscina climatizada igualita a la de su amigo Mick Jagger. Ojalá.

De corazón, hermano, ¿te imaginás viviendo como una estrella? “Soy una estrella”. Qué pelotudo, pensás, pero bueno, Charly no tiene por qué saberlo. No da decirle: quedate tranquilo, man, que yo te quiero. Tranqui Charly que cuando saques el porrito y/o la línea de merca te voy a decir no, gracias, paso, dejé de fumar en 2006.

Pero no se lo digo porque esas cosas yo no las digo. Y acá no hay beso, apenas estiramos la mano, repetimos el nombre y a soportar. “No sé si sabías, pero yo tuve un grupo que se llamó Sui Generis”. Qué hijo de puta. Y de vuelta: “Soy una estrella”. Fuerte ahora, a ver esas palmas, como para que titules con semejante retintín. “Siempre fui una estrella, un genio...”.

En el recital de la Vaca Profana hay unas cien personas que vinieron a ver a Javier Martínez. Uno le grita: “Javier, te extrañamos”, y él: “Sabés que yo también me extraño. Cada mañana cuando me levanto, me miro al espejo y digo: ¿y este tipo quién es?”.

En la computadora y en la lectura estaba la solución particular al fracaso colectivo. Había escrito:

“La democracia achata, no opone resistencia. Vivimos con nostalgia las conductas reactivas del pasado. Si no vienen con armas, no entendemos nada, no sabemos quiénes son los enemigos. Democratizar para que nos transformemos en un largo y ancho reinado de domesticación.”

“Hagamos un poco de protesta. Pongámosle signos de admiración a esta frase. A elevar pancartas.”

“La democracia, más que proveer, privó, inhibió, todos fofos y dispuestos a observar la falta de ideas y la legitimación del canon. Viva el canon, sin más voluntad gritémoslo de nuevo: ¡Que viva el canon!”

“Andar solo con un montón de gente alrededor. Siempre solo con la pantalla, el blog, bloc, lo que sea. Es una elección, no es arte. Es el fracaso de las comunicaciones interpersonales. Las teorías nacen de la imaginación y toman forma en la razón.

Emisor: persona que transmite algo. Canal, elemento físico que establece la conexión entre emisor y receptor. Receptor, persona que recibe el mensaje a través del canal y lo interpreta. Todos preferimos tener algo que decir y si todos hablamos al mismo tiempo no decimos nada.”

“Tenemos un cólico de imágenes y otro de mensajes. ¿Qué es más indigesto?”

Pero en verdad esto iba a otra cosa. No hay que perder de vista la línea de fuga. Irmos hacia donde nace el trazado. Por eso escribimos. Escribimos, que viene de escribir, de sistema de control, de lenguaje, de tarugo y remedio para la abstracción. Por eso leemos. Por eso vemos películas, porque no hay ningún lugar más seguro que la oscuridad de la matiné.

Escritor, decíamos. Onanista. Solipsista. Es inútil todo esto y lo improductivo nos encanta. En la inutilidad reivindicamos el espacio de resistencia. Es lo que nos dejó la memoria celular que garrapatea el programa de nuestras vidas. Lo que pudo la democracia: darnos el privilegio de ser inservibles. El inútil da pelea desde sus juegos laxos, lo suficientemente laxos como para abrir un libro, escribir un libro, escribir una obra de teatro, un poema, una canción. La Sociedad Shandy nos intimaba a sacarnos peso. Cuando te sacás peso de encima es más fácil elevarse, decían. Creo que se trataba de una ramificación del surrealismo. Hay que aprender a ser inútil. A descartarse, a desertar. ¿Cómo elegimos apartarnos? Esa es la cuestión. Como en el tango, primero hay que saber partir.

Las relaciones humanas son las relaciones posibles si es que no somos como mi abuela Fanny. Nadie nació para corresponderse. Somos individuos y eso viene de indiviso, indivisible, inseparables, tenista. No nacimos para correspondernos. De haber sido concebidos para entendernos y coexistir, nadie haría semejantes esfuerzos. Sospechemos, todos juntos sospechemos, de la tenacidad de los Recursos Humanos. Sospechemos de las Relaciones Públicas. Sospechemos de Facebook. Esto se llama miedo global. La influencia poblacional y cultural: apartarse, ausencia de contacto, barbijo. La idea de lo público, como todo lo común, perdió eficacia.

La abuela Fanny creía en el amor a los animalitos y había llegado a deformar su naturaleza al punto de sólo tener capacidad para interactuar con perros salchicha mini pelo duro, excelente pedigree. Mi abuela detestaba la condición humana en general, y en especial a los hombres altos, bajos, gordos, pelados, buenos, malos, gentiles, tímidos.

Pero cómo quería a los perros esa vieja. Era una mujer desafiante la abuela Fanny, una que reclutaba salchichas machos a

los que emputecía irremediablemente. Su misión en la tierra era una: quitarle los barritos a las viejas paquetas y emputecer perros.

Simone de Beauvoir pensaba que no nacías mujer, sino que te hacías. Creo que era así. La abuela Fanny era más turra y lo ponía en práctica gourmet al servicio de su comprensión canina. Lo hacía con sus cejas rubias, finas, las cejas de otra Simone, Simone Signoret. Debió haber estado buena mi abuela, que además fumaba a los 20, usaba minifalda, vivía en Caballito y te mandaba a la puta madre que te parió en tres idiomas.

Igual que Mickey Rourke: rodeado todo el día de chihuahuas y la otra vez, pobre Mickey, cuando estaba nominado al Oscar, justo en esos días de re-conocimiento, se le viene a morir una de sus mascotas y Mickey se deprime tanto que no sabe si caminar, o no, por la alfombra roja.

¿Con quién estás ahora, Mickey?

Con Tinker Bell.

¿Tinker Bell? O sea, estás en pareja.

No, no nada de mujeres. Tinker Bell es un chihuahua... Si tuviera que vivir en una isla desierta y tuviera que elegir entre una chica gorda y un perro, me quedo con un perro.

Ajá, ¿y si es una chica flaca? —pregunta la periodista.

Creo que me sigo quedando con el perro.

Mi abuela me armó el primer porro que probé y mientras lo encendía me dijo: “La gente es muy complicada”.

Maestro, disculpe, si yo quise a alguien de mi familia, esa persona fue mi abuela, y si el cielo existe, Maestro –si quiere con mayúsculas– hágame un lugar en su nube, ¿eso será posible?

No por nada mi abuela murió viendo Animal Planet. Ella le ponía nombres de astronautas y bailarines rusos a sus salchichas mini pelo duro, excelente pedigree. Yuri Gagarin nunca estuvo “en diligencia” (no le decía “celo” Fanny, le decía “diligencia”). Algunos machos apoyan su cabeza sobre el lomo de la hembra antes de intentar subirse para probar la aceptación de la perra. Con Yuri no había, no hubo manera.

Durante un servicio lo tentaron para lamer la vulva de una perrita y se fue con su hueso de cuero vacuno bajo la silla del amo. La abuela Fanny se murió y se llevó la receta a la tumba. Cuatro meses después la siguió Barishnikov, el único ser vivo que no se separó de ella ni un solo minuto de los 46 días que duró su agonía.

Y yo bajé la persiana: me compré anteojos de sol y un monoambiente. La inclinación natural es salir corriendo para buscar el final del pasillo. La línea de perspectiva del individuo. Uno. Unitario. Indivisible. Tenista.

Oh, Señor, ¿por qué nacemos individuos y debemos morir en el ateneo de los misericordiosos? ¿Por qué violentamos la naturaleza elaborando leyes de comportamiento civil donde apenas puede operar el new age?

Que el árbol tape el bosque y a la mierda. Que podamos ser uno de esos hongos con sombrerito y orejas de palo que aparecen en los troncos de los plátanos. A esconderse, carajo. A terminar con el “yo” ortopédico y toda esa biología enmascarada que es pura inconciencia consagrada al andamiaje de concertación...

Pará que esto sigue: Y si no se puede, entonces a cambiarse los nombres. De ahora en adelante, a llamarnos Carlos López. Carlos López y María López. Cuarenta millones de Carlos y Marías, no sólo cinco millones trescientos cuarenta y nueve mil mentes brillantes que lograron entenderlo. Que ni se te ocurra ponerle Teo: Teo, dios, dios a un hijo, ¡por dios!

La originalidad dejemoslá reservada para el know-how, ¿sí? Después, una oda constante al Carlos y al María López.

Era una fiesta enorme, cuenta Jennifer Bobart Gould, por entonces esposa de Elliot. Y yo no conocía a nadie, cuenta Jennifer. No bien hablé con Groucho, él se ofreció a presentarme gente. Era una de esas fiestas de Beverly Hills y Groucho me condujo ante una parejita: “Te presento a Mr. y Mrs. Smith”, me dijo. Luego nos acercamos a otra y repitió: “Te presento a Mr. y Mrs. Smith”. Con la tercera pareja insistió: “Quiero presentarte a Mr. y Mrs. Smith”. Y así con los demás. La altura marxista: para él, todos eran Smith.

Saneduardoclon se lo preguntaba por don Julio Cortázar. ¿Por qué te habrán puesto Julio, ese nombre virginiano, analítico, habiendo nacido un mes después, en agosto? Tal vez adelantado a tu tiempo, Julio. ¿Por qué hacerte un juego sincrónico de nombre y mes calendario para no encadenarte a palabras símiles a las que eras tan afecto?

Que te condenen al anonimato como demostración de amor. En esta casa se escucha a Los Smiths y a mi hijo no le pusimos Carlos pero le pusimos Juan. De común acuerdo, Juan. Nunca estuvimos tan de común acuerdo con mi mujer. ¿Juan qué? ¿Por qué Juan qué? Juan solo, señora, y que Juan se las arreglé, y si no puede, bué, le estamos haciendo un auxilio mecánico por anticipado. Queda muy bien un Juan, un Juancito solo y sentado en la oscuridad de la matiné.

¿Por qué contagiarnos toda clase de textos para ser felices? ¿Por qué aprender a ser felices con otros engendrados que tienen previsto rodearnos a lo largo de este camino? Topología de la reproducción: es útil que aprendamos a identificarnos con el otro. Aprendiendo a convivir con la atracción de opuestos empezamos a perder nuestra cuota de libertad. Cuidado con dudar para ser libre. ¿Por qué? ¿Qué pasa Pessoa? (Qué pasa Pessoa que buen nombre para un grupo). ¿Pasa que sin certezas somos menos ciertos? Bueno, al origen: busquemos la covacha de todos los desposeídos, de todos los que nos permitimos dudar y de los que queremos ser menos magníficos y menos soberanos.

¿Y vos qué libros te llevarías a una isla desierta? La cuestión juguetona que sojuzga el deseo, dándole una apariencia siempre maniática y perturbadora. ¿Nunca se va a eximir lúcidamente a este manicomio con problemas de fronteras? ¿Y esa alegoría perfecta sobre el útero de la raza humana?

Un hombre y una isla.

¿Quién escribió que con la República empezaban las sinfonías? Las sinfonías y los equívocos. Es lícito agruparse, dis-

gregar, separar tanto caudal. Conviene encasillar. Eso se llama aprender.

Entre la lealtad a los viejos amigos y los cinco tipos que uno quiere razonablemente, decidís bajar la persiana y dedicarte a rasguear cosas como éstas, sabiendo que no es ningún aporte a la literatura, que apenas estás uniendo las teclas con las palabras. Los relatos no existirían si hubiera palabras exactas para cada acontecimiento. John Berger dijo que la vida suele superar nuestro vocabulario. Lo escribimos para retenerlo. Entonces, nada, esto forma parte de la voluntad automática que te maneja la mano. No las ideas. La mano.

“¡La birome, Albornoz, no hagas caso, la birome y el cuaderno, Albornoz...!”, decía la otra voz.

La noche del hotel.

No tenía nada a mano para escribir, y la voz que sí, y la voz que no. Estaba a punto de renunciar, pero encontré una birome.

“¡Puf, qué pesado, Albornoz...!”.

La birome decía Hotel Reverdecer y empezaba a arrastrarme la mano. Necesitaba un pedazo de papel. Rápido. Papel. Algo. Cualquier cosa. Papel higiénico. Fui al baño.

“¡¡Albornoooz!!”.

Cuando empecé a volverme un tipo más o menos íntegro vivía con mi esposa, iba al supermercado, cenaba a las nueve en punto de la noche, levantaba la mesa, lavaba los platos, cambiaba los cueritos de las canillas, tenía banda ancha, aceptaba los domingos en casa de mis suegros, llevaba cuatro años de matrimonio con Paula y Paula había pasado del amor a un estado permanente de cariñoso desgano. Cuando empecé a volverme un tipo más o menos íntegro me inicié en lo que eufemística-

mente denominé “Causa Rentada”. Dos puntos, pagaba por sexo y volvía a casa.

Quise soltar la birome, pero no pude.

Estaba pegada a mi mano. Birome de mierda. Había que ver: era un sexto dedo que salía entre el índice y el mayor. Una prótesis tesa. Azul. Tiré y tiré hasta que por fin la pude despegar. La sangre y la carne viva. Me envolví la mano con el papel higiénico. Eso era el esfuerzo de una extirpación.

Pedro no era Pedro. O sea. Era Pedro, pero no sólo Pedro. Sus padres le pusieron Pedro, pero también Juan y Eduardo y Néstor y Carlos y Emiliano y Joaquín y Ricardo y Pablo y Sergio y hasta Heriberto. De apellido, Lattuada. En resumen. Pedro era Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada. Así se llamaba.

Hasta los seis años, Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada fue un nene rubio que vivió sin hacerse preguntas. Una mañana tomaba la leche, una tarde jugaba a Batman, una noche veía su película favorita, un día empezó la primaria y otro, no llegó.

Un lunes, el primer día que fue a la escuela, la maestra le pidió que dijera su nombre y él dijo Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada. Los chicos eran chicos pero no tan chicos como para advertir que algo sonaba raro. Ya se habían presentado Valentino, Valentino Coscia; Lucas, Lucas Duarte y Mariela, Mariela Vánesa Sosa.

Y la maestra, imagínense. Después de escuchar la ristra de nombres que acababa de recitar el nenito rubio dijo qué gracioso, y se sonrió y dos o tres nenes que seguramente tenían

hermanos mayores también entendieron que ése podía ser un chiste. Qué gracioso el nene ese, ¿ves? Y lo ven y se ven, y se ríen y se miran; y miran a la maestra que los mira y después mira a Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada y todos se miran.

Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada no entiende por qué los otros —los avisados, el resto y todos— estaban tan sorprendidos. Atónitos. Y si no lo entendía es porque algo no funcionaba. La sorpresa es asombro cuando empata las caras de fascinación.

La maestra guardó un rato la sonrisa y con la seriedad que a veces tienen las maestras le preguntó a Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada varias cosas. Primero quiso saber si era uruguayo porque en Uruguay permiten que un nene se pueda llamar Vamo Vamo La Celeste González, por ejemplo. Los más listos hicieron jeje y el resto —aunque no todos— se quedaron mirando.

El nene rubio dijo que no era uruguayo. Entonces la maestra le preguntó cómo le decían en su casa y entonces él dijo que le decían así: Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto. Sin el Lattuada, claro, porque en las casas, señorita, nadie llama al otro por el apellido.

La maestra decidió archivar definitivamente la sonrisa y ahora le preguntó al nene rubio si no tenía un sobrenombre. A él, al nene, se le dibujo la incomprendión en una mueca que iba de la ceja a la boca, tomándole toda la cara incluido el mentón, la perita redonda hacia adelante, todo. Sobrenombre, tuvo que explicar la maestra, tratando de correrse un poco de su asombro y mirando al resto —a los avisados y al resto—. Sobrenombre, dijo, quiere decir apodo, alias. Y puso cara de ¿entendés?

Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada le dijo que no, que no tenía ningún alias. ¿Ninguno? No señorita. Que en su casa le decían Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto, la mesa está servida. Ningún alias, dijo, y dijo alias porque alias le sonaba parecido a alas y alas tienen los pájaros. Y alas tenía Batman.

Que sí, que también cuando lo mandan a dormir lo llaman por su nombre y no dijo todo el nombre esta vez porque el concepto todo no abarcaba su nombre, pero se entendía que Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada quería decir Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto. Sin Lattuada, porque en las casas no se dicen los apellidos.

En segundo grado, cuando tenía siete años, Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada ya no tenía muy claro quién era. En tercero la situación se agravó y en cuarto fue cuando empezaron a darse los hechos más extraños. En vez de crecer, como el resto de sus compañeritos, Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada empezó a decrecer. Cada vez era más chiquito. Un tamaño inversamente proporcional a su larguísimo nombre.

Para cuando hizo quinto grado, algunos le decían Pedro, otros Juan, otros Juancho, otros Eduardo, otros Edu, otros Néstor, otros Carlos, otros le decían Charly, otros le decían Emiliano, otros Emi, otros Joaquín, otros Joaco, otros Ricky, otros escribían Ricky y otros Riqui, otros le decían cabezón y algunos le decían Lattuada. Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada tenía 10 años y estaba seguro de que no sabía quién era. No escuchaba

cuando lo llamaban, no sabía, no sabía si lo llamaban a él. Si lo invitaban a un cumpleaños o no. No se enteraba.

Cuando empezó sexto grado estaba más chiquito que en quinto. Cada año más y más, tanto que la maestra a veces pensaba que el nene rubio, el bajito, el flaquito, el de los mil nombres, había faltado. Tanto, que las miradas lo atravesaban. Tanto, que algunos, los más avisados y el resto, lo pisaban sin darse cuenta. Uy, perdón, Carlitos, porque también lo llamaban Carlitos. Y no lo hacían a propósito. Todo bien, nada personal con Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada. ¿Cómo tener algo personal con él si casi no estaba?

La maestra tomaba lista y le ponía ausente porque Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada, el nene que podría ocupar 11 pupitres, apenas si ocupaba el suyo. Tenía que saltar y gritar y su voz finita ey, yo, acá, ey, yo, acá, ey, yo acá... No se oía y la maestra decía ¿qué?, ¿qué es ese zumbido? Y el susurro de los chicos y de los chicos en clase, de los avisados y el resto, y la maestra mirando y mirando. No lo veían.

¿Estuviste enfermo Joaco? Cuando se acercaba, le tiraba del delantal y la maestra le decía bueno, Joaco, parece que viniste. Y él tenía que explicar, y no se oía, y tenía que explicar en voz alta que no había faltado. Nunca.

Un día, una mañana de sol primaveral ya en séptimo grado, Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada, que a esta altura también le decían Pulgui, de Pulga, de Pulguita, faltó a la escuela. Pero faltó de verdad. Había salido de su casa, cada vez más chiquito estaba, y en el trayecto, ahí nomás del colegio, en la puerta,

cuentan los últimos que lo vieron –los chicos que tenían mejor vista–, ahí casi en el umbral, se esfumó. Dejó de ser Pedro Juan Eduardo Néstor Carlos Emiliano Joaquín Ricardo Pablo Sergio Heriberto Lattuada. Ni vivo ni muerto. Evaporado.

Shhh, está leyendo y está por escribir. Shhh, en 45 minutos va a dejar de leer y va a escribir. Una hora para leer; otra para escribir. Marito dijo que hay que hacer dos cosas por día que te desagraden y otras dos que te compensen el sacrificio. El prefiere empezar por los rescates. El día es demasiado largo, dice.

Pero ahora está leyendo. Shhh.

Se hace llamar Ernesto sin hache. Silencio, por favor. Cuando lee, Ernesto sin hache se da cuenta de que sus palabras siempre suelen ser insuficientes y que nunca alcanzan para interpretar sus bienes simbólicos, como dice Bourdieu. Sufre en vez de leer, sufre cuando lee porque cree que sus limitaciones le impiden llegar a la emoción. Y sufre hasta que recuerda que narrar no tiene demasiado sentido. Pero rápidamente se olvida de ellos y se siente secretamente horrorizado porque mientras lee y lee, nota que vive como el resto de la gente: utilizando menos de 150 palabras, y así, dice, así no se puede escribir.

Dice y piensa: así no se puede escribir, no se pueden expresar las emociones. Quizás una lengua, nada más que eso. Te amo es un tarugo sintáctico. Como decir boludo. Está al alcance

de cualquiera, piensa. Pero, ¿cómo amar en palabras? Muchos actos de amor: escuchar, cuidar, esperar. A él le importan las palabras, no los hechos. La contemplación, la música de las palabras. Cómo transmitir el amor sin decir te amo. Eso es lo que lo tortura. Él quiere hablar de amor de un modo arborescente y lleno de sentido. Que se le puedan escapar frases como: “Es de esas chicas a las que quieres tanto que sabes que luego sólo quedará dolor”. Ese tipo de emoción que te toma por completo. Esas formas que te diferencian.

Te amo, no, eso es lenguaje. Y por eso nunca dice te amo aunque ame, y sé que ama, ama como un mortal, porque después de todo es un mortal y yo sé que escribió su nombre en las paredes y sé del secreto que revela otro ser. Pero él no lo va a decir, no se lo va a decir hasta que pueda prescindir genéricamente del concepto de amor.

Emoción es otra cosa. En silencio, ante todo, mientras da vuelta las páginas y mientras lee, busca la historia, la subtrama, lee lo que dicen, lee cómo lo dicen. Lee muchos libros en un solo libro. Piensa en que se podría hablar del cielo y el mar; del murmullo de las hojas, de los animales, los rostros, las máscaras, los cuchillos en cruz. Que hay lenguas que pactan de una manera no verbal. ¿Pero cómo desbordar la forma verbal? Ese es el gran tema. Los árboles, los animales, los cuchillos. ¿Cuántas cosas, cuántos objetos, cuánta gente habla sin lenguaje?

Ahora cierra el libro, todos los libros. Ensaya decir de corrido dos oraciones completas. Sujeto, verbo, predicado. Analiza sintácticamente una página entera. Abre de nuevo el libro todos los libros, y va hasta la página 248. Empieza señalando

una subordinada. Enseguida marca si el sujeto es simple o si es compuesto. Luego vienen los núcleos y los modificadores del sujeto. De pronto se da cuenta de que ya no sabe terminar una frase sin una exclamación. Ni siquiera puede pronunciar el “boludo” compactador. Carraspea, piensa que carraspear es una forma de comunicarse. Y carraspea. De ahora en adelante, se va a aclarar la garganta para respirar y que la boca sea el pico vertedor de la memoria. Ya ni del conocimiento ni de la razón. De la memoria. Primero memorizar, luego aclararse la garganta con una tosecita continua y entonces sí, el canal aliviador apto para el derrame de lo memorizado, punto seguido, sin puntos, sin significados, sin Saussure, sin gramática.

Mención y a llenar el renglón de cursivas como hacen los chicos, repetir hasta el cansancio. Como si memorizar fuera conocer. ¿Y por quién doblan las campanas? Ir al bar, ¿y por quién doblan las campanas? Leyó, ¿y por quién doblan las campanas? y lo repite, lo mete como un Rasty en cualquier parte del texto. Memoria. Carraspeo o memoria. ¿Y por quién doblan las campanas?

Se aflige por su incapacidad Ernesto sin hache. Para ser estrictos y consecuentes con todo esto, él dice que quería ser Cheever y decidido a todo, a memorizar y a todo, había empezado haciendo el esfuerzo de experimentar la libertad en las malformaciones parentales y sociales.

¿Para qué estar con alguien que no te cambia la vida?

Cuánto mejor encontrarse con una sociedad en términos más espontáneos. Cuánto mejor...

No nos veíamos nunca con mi hermano. Me hace acordar a El Asco, de Castellanos Moya. Nunca nos llamábamos porque no teníamos nada de que hablar. Habíamos podido hacer nuestras vidas sin siquiera precisar al otro. Ni odio, ni rencor. Ojalá. Al principio, algo parecido a la convención del desprecio hasta que finalmente, hábitos de los animales de costumbre, logramos orbitar en el descanso de la indiferencia. Y cada uno por su lado

Yo que elegí apartarme. No puedo soportar que mis reclamos, mis luchas sordas, mis imposturas y desacatos sean la desidia en el otro. Plácida indiferencia. Groucho no podía pertenecer a un club que lo aceptara como tal. Él sabía cómo decirlo sin caer en alegatos. La hendidura es la salida.

Estuve años pensando en el fichaje de la sangre. Y llegué a la conclusión de que la sangre es casualidad. Y estas relaciones ya no dañan ni deberían dañar. Tendríamos que aprenderlo, pero cuando aprendemos –porque nos enseñan–, estamos obligados a entender que la familia es la base de toda sociedad y es arduo: son demasiados años de cuidados judeo-cristianos; demasiados años de culpa y fervor.

Ahora yo tengo que escribir. Déjenme solo. Soy yo en primera persona y aprovechando la inercia. Estoy solo, absolutamente solo, disfrutando de mi intemperie. Soy el único asesino serial sin club de fans. Nadie me registra ni me imputa. Sobre mí no existen sospechas. Quizás todavía no hayamos llegado a una evolución primermundista de los asesinos seriales seriamente catalogados. Nada del Petiso Orejudo o Robledo Puch, simples calaveras armadas. Veinticinco años es poco tiempo

para desarrollar una matriz. Esta clase de desviaciones quizás sean posibles en las democracias avanzadas.

Ya sé que para escribir hay que leer y leer es aceptar la angustia de las influencias, pero bueno, me tienen que dejar un rato porque no puedo soportar esto de los empujones. Ey, las advertencias y fijate esto y fijate esto otro y que me anden sacudiendo desde cualquier lado.

Leer cualquier libro que pasa por mis manos. Y querer leer todo, todo lo que puedo, absolutamente todo, sin importar género, temática, historias, ensayos, biografías, divulgación, periodismo, autoayuda, plaquetas, poesía. Cualquier lectura teniendo un dominio sobre el deseo. La aritmética de la lectura, el fraseo como condición, el sujeto y el predicado, los adjetivos. Leer y escribir pasa a ser leer, igual a escribir. Rapto y confusión. Autoridad. Eso tuvo una fecha que decidí mientras tecleaba estas líneas: 23 de febrero de 2009.

Miro hacia arriba y digo: 23 de febrero de 2009. Nos, los representantes del club de Narradores omniscientes, tomamos nota. No sabemos para qué va usar esa fecha o si la va a usar. Según cierta metodología de apropiación, es posible que esto lo hayas leído en alguna parte. Es factible que sea así porque es imposible de otra forma.

Leer en la búsqueda de auxilio: el antiguo concurso del placer devenido condena. Hoy es leer para encontrar más palabras que lo ayuden a contar acerca de sus emociones.

¿Sabés que pasa? No puedo decir estoy emocionado ante cualquier cosa que me emociona. No es lo mismo la emoción de una película que la emoción, no sé, de una mujer teniendo un orgasmo y después llorando. ¿A vos qué te pasa cuando una mujer que está con vos acaba como una perra? Acaba como una loca, grita, llora... ¿Te pasó eso? ¿Y qué te pasa cuando llora y después te abraza fuerte fuerte? Okey, algo te pasa. No podés decir: me emociona. No podés: te amo. No podés decir: es la primera vez que me pasa. Cuando se usan, las palabras salen mal. Es horrible, improvisás tanto que al final siempre terminás diciendo lo mismo.

Germán cree eso cuando es Germán. Escribiendo, cree eso. Cree eso cuando es Ernesto sin Hache. Leyendo cree eso. Necesitan ayuda. Todos ellos leen para encontrar en las palabras algún metaformulismo. Anotá: metaformulismo. Te amo, te odio y los metaformulismos.

Buena parte de la literatura debe hacerse con el cuerpo. El deportista, in corpore sano, pide palabras prestadas, ajenas; el deportista quiere ideas porque las que tiene lo están dejando aislado. Él, como todos, está hecho de tiempo. Es tan real que se asusta. ¿Quién dijo que en la ficción somos todos vírgenes? Y lee como loco y se asusta y escribe; y no es para hablar de su vida lo que escribe –la vida, qué pretensión–, es para hablar desde los estados de ánimo. Como hizo Gombrowicz. Un estado de ánimo divisible, indesimulable y para nada universal.

Te amo, te odio y el metaformulismo.

Hoy Germán y Ernesto sin Hache creen eso cuando son Germán y Ernesto sin Hache. Ellos tienen la suerte común de

orientar sus lecturas. Saben que hay libros a su medida, hechos para ellos. Tienen la satisfacción de no necesitar saber qué se lee. Encontraron lo que les gusta leer y ya no temen por los pozos ciegos de su cultura. Los dos dicen que la literatura no debe ser un acto de abatimiento.

Germán está leyendo. Eso es lo que está haciendo, tirado en el sillón del living, buscando con su cara el solcito que aparece por la ventana. Cuando escriba pasará del sillón a la silla de escritor que se compró cuando escribía una novela. El sillón y la silla están a menos de un metro.

La computadora encendida hace ese zumbidito del ventilador de la CPU. La musiquita que adivina la suerte. Está leyendo y está a punto de escribir. Hoy va a escribir con Mario Levrero. Eligió a Levrero para que lo ayude.

Hace 16 años que marca libros. Empezó con uno de Paul Auster. Marcar es leer. Releer es leer. Si un día te mandaran a la bendita isla desierta y tuvieras que elegir diez libros, piensa él, habría que llevarse uno solo y leerlo de diez maneras diferentes. Se puede. Es un deber. Vale la pena estar siempre con el mismo libro y leerlo de infinitas maneras. Marcar erudición radiante, metonimia discursiva, epistemología, plética Carpentier, grandeza, estado de ánimo, concepto, imágenes. Marcar para protoplágios químéricos y para cleptoescrituras.

En cinco años, Germán seguramente vuelva sobre estos libros, sobre algunos de todos estos libros que tiene acá. Y releerá a Puig: hay autores que se releen antes de ser leídos. Este es el curioso caso de los lectores somáticos. Cómo olvidar semejante

retórica. Un libro solo y mil lecturas. Eso es posible y hasta es posible que el libro resista el paso del tiempo. A veces da pánico releer. Da pánico volver sobre una película que nos gustó. Pánico reencontrarse con amigos. Los amigos también soportan lecturas y relecturas. Pánico darte cuenta que todo pudo haber sido un error y que los errores humanos que más duelen tienen que ver con las elecciones de cada uno. Nadie debería discutir a sus padres. Mejor perder de golpe, hacer un duelo grande y que mamá y papá se mueran juntos, los dos a un nicho bien cremaditos. Que te separes de todo lo que haya que separarse de una sola vez. Es preferible, más higiénico; mejor la máquina de matar israelí que la voluntad del serial palestino.

Papá me tuvo, pero ¿yo lo tuve a él?
Mamá me tuvo, ¿pero yo la tuve a ella?

En dos años volverá a espiar a Proust. Releerá y tendrá que preguntarse por qué marcó determinada cosa. Se reirá de sus marcaciones y de sus anotaciones. Le molestará que el naufrago de García Márquez hable como García Márquez y no como el iletrado bruto que era. Y le molestará mucho más leer que el cielo sea de un color acero u ocre. Y más le molestará haber marcado esa frase para memorizarla en algún momento de su tartamudeo axial. Marcar como Román Alboroz e insistir con escribir.

“Otra vez vos, Alboroz, ¡por favor!... Ya lo intentaste –re-tumbaba en mi cabeza–. La literatura no hizo nada para merecer esto. ¡Dejala en paz, Alboroz!”, me rogaba esa especie de demonio.

Pero otra voz provocaba el terco deseo de escribir. Era una voluntad mecánica que manejaba mi mano.

No las ideas. La mano.

“Albornoz, ¡hay fútbol! Albornoz, poné Fox que hay fútbol, ¿cómo te lo tengo que decir?”.

“¡La birome, Albornoz, no hagas caso, la birome y el cuaderno, Albornoz...!”, decía la otra voz.

Fumaba marihuana en pipa porque no era hábil con el papel de armar. Aspiraba un poco del prensado paraguayo que le tercerizaba las ideas. Tres veces y a esperar. Ahora sí había que escribir. Fumado escribía; sobrio, censuraba. Algunos creen que es al revés: corregir fumado y cannabis para la etapa de terminación. El faso no le daba nuevas ideas sino que le sacaba capas yólicas a su relato y lo hacía sentir menos relacionado a otros procesos de sociabilización habitual. Deseoso y sin guirnaldas. Acá debemos caer en lugares comunes: Fuma y fluye. Hay que prestarle atención a la parte de “fluye”, de fluir, de destilar. Una chantada total.

“Dejá que fluya”. Una chantada. Si la paraguaya pega, él evaca. Así queda mejor. Suena a laxante. Uno quiere cagar. ¿Quién quiere fluir? El Gobierno garantizó que los fluidos cloacales en Chacra Xlll no dañarán Río Grande. ¿Qué es fluir? ¿Qué quiere decir eso de que las relaciones fluyan? ¿Qué quiere decir? Te lo dicen, y se lo dicen a él, como si fuéramos una totalidad en estado líquido. Pueden romperse el corazón y hacerte una laparoscopía vesicular, pero ni en esa sólida desintegración

existe el goteo. En esta historia, fluir sólo quiere decir fumar marihuana.

Cuando fluye es más resbaladizo. En términos de sustancia o sustanciales términos, pasa de lo sólido a lo gaseoso y es un buen período para escribir. Después, sólido de nuevo, temperatura ambiente o meteorológicamente desabrido y a leer, a pulir, a reírse de sí mismo, a mejorar una idea, a empeorarla, a talar, a conjugar correctamente los verbos, a poner comas.

Pero si te ponés a escribir y querés ganarte la vida de esa manera para poder cagar en el baño de tu casa, decidís ser tan sentimental en odiar a un sinnúmero de individuos a los que querés matar –delicadamente, claro, con tu teclado: siempre hablamos de esa noción criminógena– y entonces intervenís el medio ambiente, al menos ese medio ambiente próximo y vecinal. Escribir ficción, mínimo, es tener un problema con la realidad. Como el personaje de esa película que entra a una librería, agarra un libro que se llama *El camino a la realidad* y lo deja en la estantería. “No quiero ir allá”, dice. No todos somos como el Rhin, no todos fluimos, y el método simplemente consiste en eliminar unos cuantos aciertos del psicoanálisis. Con Fernet a veces también se puede. Escribiendo, por ejemplo, él ya no era Germán. O sí. Germán para el espejo. Para la portera, para el “buen día Germán”. Escribiendo era el verdadero Germán (acá, “verdadero” ambiciona un “contaminado” en términos de desperdicios cloacales). Escribiendo podía ser Román, Ernesto sin Hache, Diego. Y ser buen compañero de trabajo, empleado, vecino de la chica colombofóbica, leal, obsceno, permisivo. De buen humor, Ernesto sin Hache; de buen humor, Román. Germán no porque Germán era el seudónimo que lo había hecho

conocido desde hacía tantísimos años. Germán hubiera sido aceptado si los humanos nacieran leyendo, escribiendo, mejor pensando, mejor desconociendo lo que ya empezaba a ver desde que abría sus ojos y lloraba parpadeando la cara de su padre.

Germán no tenía familia. Tampoco era rigurosamente huérfano y cuando fluía se acordaba mucho y escribía más. Pie de página: la memoria es una herramienta interesante para escribir. ¿Qué es más grave: no tener familia o asimilarse a una cadena interminable de heterónimos?

Pero esta es la historia de Germán. Germán: el que se coge a su futura ex mujer en estado de conciencia alterada porque acepta biorritmos pero por favor no le hablen de personas.

Yo de nuevo. ¿En qué estábamos? Bueno, no importa. Es la primera vez que pone a Manal en su nueva casa de soltero. Le hace bien sentir que va recuperando algunas rutinas. Anota:

Escuché una Casa con diez pinos y Avellaneda Blues.

Volví a irme antes de que termine una película de Lucía Puenzo.

Fumé un Marlboro y no me dolió la cabeza.

Creo que estoy reviviendo a mi mamá.

Creo que quiero llamarla por teléfono.

Creo que la extraño.

Estamos de acuerdo en que lo cotidiano mata la sorpresa como las topografías de las ciudades matan a los árboles. Dejo pasar un mes y me encuentro con mis amigos. Vuelvo y escribo: “uvas secas”, y como estoy fumado me sale poner “funcionarios del desgano”. No sé que quiero decir. Y anoto: “Reconocidos y enhebrados a la edad en que poco sabemos de la vida”. Y sigo: “Pasó de todo o pasó el tiempo, que es poco y es mucho. Las minitas son esposas; el fútbol es otro rayo catódico y el rock, ¿qué era el rock?”. Todas las mujeres son iguales es un eslogan del que lleva diez años de casado. Esto lo pienso, no lo escribo.

Dicho así, en boca de quien está implícita y estratégicamente convencido de no hacer nada al respecto, es palabrería de derecha. Y el “respecto” no es sexo porque el sexo, se sabe, puede traer infecciones, herpes, irritaciones y algo muchísimo peor: vínculos.

Si vamos a escribir como escribimos en los blogs, más vale existir un poco para justificar tanta fraseología. Esto no es mirarse el ombligo y sacarse la pelusa. Germán habla de su mujer y dice: Yo, que soy fiel, ya no sé qué hacer con esta sequía.

Germán no coge. Algunos pasan esta etapa de adaptación con éxito; otros fracasan en el intento. Es cuestión de tiempo y relajación. Siempre es cuestión de tiempo. Con los amigos pasa lo mismo. Lealtad peronista o traición peronista.

La solidez de la amistad es un cheque en blanco que firmamos cuando somos jóvenes, decimos con Pablo. La amistad y sus marcas fundantes. Y después pasa que no quedan localidades para los nuevos. Tal vez mejor porque estás cansado y enemistado con todos estos años de gente y fraternidad inoculada. John Fante decía que la casa era grande porque nuestros proyectos también lo eran. Sin proyectos, vivo en un monoambiente. Todo súper bien con Fante. “El primero ya estaba allí, un bulto en el vientre de la futura madre, un bulto en movimiento sinuoso, deslizante y escurridizo, como un nido de serpientes. En las horas tranquilas que preceden a la media-

noche, pego la oreja al lugar y oigo un rumor como de arroyo:
gorgoteos, succiones, chapoteos”.

Ahora hay que explicarle a un chico de seis años cómo se separan sus padres. ¿Cómo explicarle a un chico de seis años que te separás de su mamá? A ver: se separaron Los Beatles, se separó Almendra. ¿Viste Almendra, el grupo ese que le gusta a papá? ¿Sabés lo que dijo Spinetta, el cantante de Almendra, el grupo que le gusta a papá? ¿Sabés lo que dijo Spinetta, el que hizo la canción Muchacha ojos de papel? Dijo que no se separaban sino que se multiplicaban. Multiplicar, reproducir. Ser más. Cuando se separó Almendra, sus integrantes, los señores que tocan en el grupo, el que toca la guitarra, el que toca la batería... armaron otros grupos. Uno se llamó Pescado Rabioso. En ese grupo tocaba Spinetta, el de Muchacha ojos de papel. En otro tocaba el de la batería...

O por ejemplo, escuchá: las galletitas Rumba se separan; las Opera, si querés comer la pastita blanca, se separan. Las Merengadas fueron especialmente fabricadas para separarse. Fijate que si separás en dos una Rumba, además de comerte la pastita blanca, parece que tuvieras dos galletitas, que tardás más en comerlas, ¿te diste cuenta? Spinetta armó un grupo, Edelmiro Molinari, el guitarrista, armó otro...

Cosas que no hice en mi nueva vida de soltero:
Llamar a mi hermano.
Cocinar fideos secos.
Hablar con el Ruso.
Hacer las compras del mes.
Pajearme delante de esta computadora.
Preparar sopa Quick.
Cambiar las sábanas.
Comer bife de costilla.
Comer bife de cuadril.
Comer bife de chorizo.

A mis 18 pensaba que Paul Mc Cartney había escrito Yesterday cuando tenía 23, 24 años. Yo creía que estaba a tiempo.

Tiempo: trama perpetua de conversación.

Lindo día,
está por llover,
falta una hora.

Tiempo: máquina de ansiedad.

Tiempo: propaganda de males endémicos como la preocupación.

Paul había encontrado el Sol, el Fa sostenido menor séptima y esa combinación lo llevó al Si y al Mi menor. A él le gustaba llamarla Scrambled eggs.

Tiempo: causa universal de todas las enfermedades.

Disyuntiva: ser o parecer.

A los 25 yo me decía que un año después George Harrison ya sería un ex Beatle. Todavía creía que había tiempo. No era mi culpa.

A los 42 soy nada más que lo que me hubiera gustado ser.

Mi mujer y yo vamos a hablar de separarnos. En esta relación tampoco faltaron platos rotos, cambios de cerraduras, bofetadas y la putaqueteparió conchuda de mierda andate a dormir al sillón. Es tarde y acabo de volver de tomar aire. Caminé desde Santa Fe y Scalabrini Ortiz hasta Callao, volví por Charcas hasta Coronel Díaz y ahí tomé un taxi.

Hasta casa.

Ella me espera sentada en el sillón grande que es mi sillón y el nuestro, aunque es más mío que de ella porque tiene mi forma. O sea, ocupa el lugar de mi culo y yo tengo mejor culo o más grande y la marca organiza un pequeño derrame de olas de tela hacia los bordes.

Ella tiene los ojos de haber llorado y está descalza, agarrada a una taza de café. Me propone lo siguiente: 1) irme de ahí, 2) vender el auto, 3) que su hijo –también mío– viva con ella, 4) que a mi hijo –también suyo– lo vea dos veces por semana, 5) que alquile un departamento, 6) que le pase 2.300 pesos por mes y, 7) que la señora siga trabajando aquí.

En su casa, dice.

8) me quedo con los muebles y el lavarropas. La compu te la podés llevar.

Le dice compu, con cariño, porque el aparato puede asegurarte los 2.300 pesos mensuales. Yo no. Yo le digo computadora, máquina, procesador. No le digo compu. Máquina le digo: la separo de todo lo que me produce afecto. No la abrazo. No hay diminutivo ni cariño. Lleva y trae textos, como el auto lleva y trae, o como el colectivo.

Y que se queda con los sillones: 9) Con los cuatro. ¿Con los cuatro? Me dice que no sea hijo de puta, que para qué voy a andar desarmándole el living. Y la biblioteca, bueno, fijate qué hacés con los libros y los discos. No te vas a llevar todos los discos ni los libros, ¿no?

Sí, sí, ya sé que los compraste vos, la mayoría, pero yo compré la comida y no te puedo pedir que la devuelvas.

Me da ese tipo de ejemplos.

Las parejas aparentan ser lisas en esa simetría que no encierra más que un problema: el intento de ser equivalentes. Natalia y yo. Empezamos a estar juntos, siendo dos, vos y yo, yo y vos, cuando ella trabajaba en una remisería.

Y vivimos juntos desde que se recibió. Después hizo el máster en España. Le dije: somos una pareja, qué linda pareja, uno más uno desde que le regalaba los libros de Simone de Beauvoir.

Le digo que no quiero ganar, pero tampoco quiero perder, y sugiero firmar un empate como en los partidos de Copa Libertadores cuando vas de visitante. Me dice “piojo resucitado”. Me dice que su papá es un hombre de verdad, que nunca hubiera dejado que su esposa (su mamá) fuera al taller mecánico. Que

el auto está a su nombre y es de ella y que va a hacer lo que se le cante porque yo nunca me ocupo del taller mecánico.

Me dice que en el taller no hay mujeres. Que el mecánico la mira extrañado, como diciendo qué-hace-una-mujer-acá.

La provoco. Le digo que difícilmente se lo pregunte con otra intención.

Me dice hijo de puta. Me grita: sos un hijo de puta y se pone a seis centímetros de mi cara. Me rasguña con sus uñas de manicura redondeadas, afiladas y sin ninguna cutícula. Cuando me insulta y me grita, la saliva se le acumula entre los dientes. Lo que le sobra va directo a mi cara. Enojada, salpica. Me dice que su hijo y el mío no podría vivir conmigo porque la extrañaría mucho.

Se acuerda del otro día cuando llegó tarde porque el auto se le quedó en la Panamericana.

La interrumpo: le digo jodete por hacer 200 kilómetros sin averiguar cómo se hace para ponerle aire a las ruedas. No me contesta. Sigue: el otro día cuando llegué tarde y ustedes estaban comiendo, ¿te acordás cuando llegué tarde y ustedes estaban comiendo? Él escuchó las llaves, supo que entraba, volvía mamá, y vino corriendo, ¿te acordás lo que me dijo cuando vino corriendo? “Te extrañé mamá”. ¿A vos alguna vez te lo dijo? ¿Alguna vez te lo dijo cuando llegaste tarde? El nene podría vivir sin vos.

Le dije hija de re mil putas y ella me tiró un manotazo. Su golpe pegó en mi hombro. Después me insultó y yo le dije idiota, estúpida de mierda, estúpida, idiota de mierda. Me levanté, subí la escalera y lo encontré a Migue.

Migue despeinado, en piyama y la cara que pone cuando cree que hizo algo malo.

“Migue, qué hacés acá, qué hacés levantado”.

“Jover trabaja en El Taller”.

“Pero ese es un bar. Otro taller dice mamá”.

Reflexionar acerca de los caminos de la humanidad. Si está paralizada o va hacia alguna parte nunca estuve entre mis prioridades. Como las construcciones de sentido. O el arte. Nunca me interesó esa clase de guerras. No tuve tiempo de problemas existenciales. Siempre hubo necesidades más urgentes, más banales y económicas; más sociales y políticas. Esto, sin contar el consumo que nos hizo esa clase de seres atraídos por la insatisfacción.

¿Cuánta insatisfacción hay que cuchichear para estar mejor? Te dicen eso: el plasma no ocupa lugar. Descolgás Desiderata y ponés la tele. ¿Quién ideó un televisor para ricos que no ocupe lugar? Se supone que un Phillips ultra chato de setenta y dos mil pesos debería verse desde todas partes. Alguien que puede comprar un plasma TVS seguramente no viva en este monoambiente, de modo que si ocupa más o menos lugar que el yacuzzi no puede ser algo tan alarmante.

Tuve mi primer televisor, 14 pulgadas, color, cuando se jugó el mundial 90. El aparatito, por otras razones ajenas a las cuestiones del diseño, tampoco ocupaba espacio. Di vuelta el ca-

jón de frutas pintado con onda y lo usé de mueble. Apoyé mi televisor y lo acerqué bastante a la cama para distinguir a los rivales. Mis amigos no querían ver los partidos en casa porque decían que ni con el replay se daban cuenta de quiénes habían hecho los goles. Nunca los pude convencer de que el 14 pulgadas no ocupaba lugar.

El Turco me invita a su casa para ver el codificado de River y Boca en su plasma que administra el living desde un clavito, junto al retrato de la nena tomando la comunión.

¿No parece que estamos en la Bombonera?

Sí.

¿Para qué mierda vas a ir a la cancha? ¿Para que te toquen en los controles? ¿Para que te manosee un cana?

Tenés razón.

Maté a mi viejo hace dos años. Siempre hay razones para matar a un hombre. A mi viejo, a mi hermano y a mi mamá. De una vez por todas soy huérfano. Huérfano y transparente. Reo o invisible. Incoloro y criminal. Dime cómo matas y te diré quién eres, en qué realidad vives y en qué mundo te mueves.

Podés ser un asesino o un protohomicida existencial, irredento, pasivo, constitucionalista, institucional y/o transgresor del crimen. Yo soy un asesino, pero uno que camina por la calle y va al Cordial y justo acá, en el Cordial, agarrando unos paninis calentitos y recién salidos del horno, no puede creer que otros asesinos no hayan elegido este recurso y en vez de estar acá, en el Cordial, a un paso de Fogwill en bermudas, hayan preferido terminar en la pociña de Devoto.

Pienso en tantos homicidios y no puedo creerlo. Asesinar en paz. Es posible matar y estar ahora, en un rato, digo, en media hora nomás, sentado en un bar de Palermo escribiendo esto. Disfrutar de las mozas de Palermo, del sol. Salir a la calle, ir de paseo, tener ahijada...

Matar es mucho más fácil que llevar un arma y jalar como dicen los chicos que crecen con Discovery Kids. Matar es mucho menos truculento que la sangre. Y sí, soy un parricida que nunca saldrá en los diarios. Matar como herramienta de conciencia.

Y borrarse para siempre.

Ser un parricida y que nadie te señale ni sospeche ni te mire raro.

Ni la moza ni la vecina.

Nadie se cuida de mí.

Crean que no hay razones para temerme.

Me prestan llaves de casas, tengo amigos que me confían a sus hijos para que los lleve al zoológico, soy el padrino de una nena que disfruta cuando la invito a pasear. Salí mejor compañero en el colegio.

A mi papá y a mi hermano los maté el mismo 2 de abril de 2006. Elegí ese porque la mayoría –los medios, al menos– estaban ocupados con el aniversario de Malvinas. A mi mamá la maté tres meses después, un día cualquiera y durante una charla telefónica. Me dijo algo que no me gustó y mi mamá ya no tenía posibilidades de decirme cosas que no me gustaran. ¿Cuántas veces se puede soportar el rechazo de una madre? Lo pregunto ahora que puedo disfrutar de la devolución.

¿La tercera es la vencida? ¿O no hay dos sin tres? Yo no lo inventé.

El asesino pide otro café. Un cortado, por favor. Hojea el diario. ¿A qué hora empieza la de los Coen?

Hay días en que me detesto. Que tengo el aplomo de un astronauta y siento que la soledad y el abandono son las dos caras de una moneda que anda a los tumbos.

Vos sos la mejor compañía que se me ocurre. Perdoname, pero me creaste una dependencia dolorosa. Vas y venís, como debe ser. Estás y no estás, como debe ser. Tenés el don de la transparencia que uno aspira de una madre y, de golpe, sos el énfasis de la palabra Hollywood en las alturas de Los Angeles: tu nombre en relieve, tus cosas, tu inestabilidad, la mía, tu secreto encanto de la decisión, mis dudas libertarias.

El control de calidad de las relaciones no es algo que me deba preocupar. Eso tampoco me preocupa. No a mí. Supongo que tu reclamo debe relevarme. Quise contártelo porque teuento cosas y no te lasuento para que te pongas el traje antiflama.

Somos todo lo que podemos y si llegamos a confundirnos, y si llegamos a creer que éramos sólo nosotros dos, quiere decir que nos la creímos.

Desde que me separé, soy como un turista en mi propia vida.

Tocarse, divertirse, tener un espacio de comunicación, saberemos buena gente, respetar nuestras sensaciones y querer convertirlas en sentimientos... Mirá vos dónde nos llevaron los escombros.

No hay nada menos correspondido que esto.

Lo que “fluye” no merece esfuerzo. Fluir, qué chantada.

Esta noche voy a verte entrar/
Y salir por los ojos de otro/
Voy a verte cicatrizar/
Fue dolor, fue ajeno (qué bueno)
Ni mirar/
Ni avistar/
Ni cambiar esta muerte por otra/
Ni cargar, ni fluir, ni tratar de ser o no ser/
No pienso en mí/
No pienso en vos/
No pienso en ninguno de los dos.

Hablo de los sentimientos SRL, de una inversión menos consciente que la de poner la guita para un edificio de pozo.

Lamentablemente los bienpensantes que sabemos veranear al menos una vez al año no sólo nos asustamos de las crisis financieras.

Para haber logrado que se fueran todos, primero tendríamos que habernos ido nosotros, todos, la gente, la gente de TN, la plebe sulfatada, todos. Vos, yo, tu vieja, la mía, todos a la mismísima mierda. O mejor seguir siendo prudentes y viviendo de paráolas y convenciéndonos de que es mucho más fácil acordar y ajustarse.

Frase del día: “Caparazón y pases cortos”.

Qué mejor que hacerse amigo del murmullo. Que el murmullo sea la fuente inagotable, la música de fondo. Mejor criticar, despotricar, debatir, elegir adversarios, fomentar antagonismos veloces, leer a los clásicos y decir: estoy leyendo a los rusos. Aceptar el balbuceo. Nada mejor que aceptar el canon del balbuceo.

Hola, buenas tardes, soy el Narrador omnisciente, ¿se acuerdan?

Lo acompaña a ver departamentos. Dos ambientes y medio o tres. No más de 1.200 pesos por mes. ¿Te podés estirar a 1.400?, le dice. Su futura ex mujer y él en el auto que será suyo y de ella, dejando al crío en lo de una abuela.

Ella no le da explicaciones. Su suegra saluda tibiamente. Sabe todo. Su suegro le dice hola detrás de la puerta. Un gesto universal, en este caso, universalmente insensible.

Sabe todo.

Saben.

Le compró el diario y le marcó tres departamentos posibles. Le habla de transición, sin dejar de calcular cuánto tiene que pasarle cada mes. Siempre es igual. Las mujeres que se separan son mujeres que saben más de geometría que de aritmética. Siempre igual, siempre obrando en proporciones.

El nene va a vivir conmigo y va a pasar algunos días con vos. Un fin de semana sí; otro no.

El martes cambia de planes: no puede dejar de verlo todo un fin de semana. Mejor, el sábado con vos, el domingo conmigo.

Alternamos, ¿sí?

Bueno.

Puede ser un sábado conmigo y un domingo con vos.

El auto lo necesito. Cuando pueda te pago tu parte.

Ella trabaja en Pilar. Y va en auto.

Celia puede ir a tu casa dos veces por semana. Una limpia y la otra te prepara algunas cosas para el freezer.

No tengo heladera.

No tenés casa, ya sé. Te estoy diciendo cómo podemos organizarnos. Es bastante burgués, no te podés quejar.

Ella le busca lugares agradables con luz, ambientes amplios, expensas baratas. “Esto te va a gustar”. Recorre los departamentos con detenimiento. Se fija en los detalles de terminación, le presta atención a los zócalos y a las alacenas. El va detrás y la escucha preguntar. Ella se lleva bien con los vendedores. Les hace bromas, ensaya contraofertas.

Cuando visita departamentos es diligente y se le adivina un humor fresco. El la mira y piensa: es muy tarde para andar descubriendo simpatías. Y sigue pensando que tendrían que haberse mudado más seguido.

Yo, Pornotube.

¿Pornotube?

www.pornotube.com

¿Y?

Nada.

¿Te gusta?

Creo que nadie mejor que uno para la paja.

¿Pero te gusta?

Más despacio.

¿Así?

Más despacio.

¿Así?

Más rápido.

¿Así?

Más despacito.

¿Así?

Más rápido.

¿Así?

Más.

¿Así?

/ todo lo que maté

Esperá.

¿Así?

Así. Así.

¿Así?

Así. Mirá, mirá... ¿ves?, ¿ves?, ¿ves?

Ay, qué puta que sos.

¿Sabés todos los que me quieren coger?

Cuántos.

Todos.

Los del laburo.

¡Todos!

¿Todos?

Todos, boludo, así que más vale que me cojas bien.

A Laura también le debés gustar.

¿Vos decís? Traela.

¿La traemos?

Traela.

Laura, chupale la concha.

¿Querías chuparme la concha, no? Chupá, soreta. Chupame toda... y vos correte de acá.

Chupá, Laurita, así. Ay, así putita, así se hace. Aprendé, boludo, aprendé cómo se chupa... No te vayas, vení, vení par acá: Vení, vení elegí dos dedos y ayudala... Aia. ¡ay, nene!

¿Así?

Ahora metemelá.

El primer día del resto de mi vida sin vesícula me levanté queriendo saber si con un órgano menos habría logrado bajar de peso.

Doctor, ¿son muchas piedritas?

Tres, cuatro, me respondió con una moderación que, debo decir, no toleré en alguien a punto de conocerme tan íntimamente.

Revisó una ecografía a contraluz y confirmó que sí, que los cálculos –las piedras–, el dolor, todo el montón tenía casi tres centímetros.

Hay que operar, me dijo.

Operar es una palabra con hueso.

Por alguna neurótica razón no quise saber del quirófano ni del tipo de anestesia ni de la cantidad de días de internación ni del reposo post traumático.

Sólo me importaba el peso del dolor.

Pensaba y pensaba cómo formular mi consulta, cuando me notificó que los “cálculos” flotaban en una sustancia amarillenta que llevamos adentro llamada bilis.

Ajá.

¿Qué quería yo? Quería saber si convirtiéndome en un ser humano incompleto, si restando órganos, era posible adelgazar de manera instantánea.

“Laparoscopía”, me anunció.

“¿Es laparoscopía o paroscopía?”

“Laparoscopía”, dijo escribiéndolo.

Una exploración de la cavidad abdominal. Fácil como fáciles pueden ser las intervenciones de este tipo.

Ajá.

Tres incisiones. Incisiones, cortes; cortes, cisuras; cisuras, tajos.

Ajá.

Dos horas. Un día de internación.

Ajá.

“Pensé que se decía paroscopía”.

Le avisé a mi familia y noté una despreocupación absoluta, que seguramente venía a cuenta de cierto saber enciclopédico sobre laparoscopías aplicadas a vesículas. Para papi era una “maniobra” que no implicaba riesgo alguno. Papi es muy didáctico y minimizó la intervención comparándola con la pediculosis.

Y el desinterés luego se trasladó al trabajo y al bar. Todo ese cúmulo de indiferencia me contagió al punto de llegar a descnecer completamente qué clase de pieza era la que estaba por abandonarme. No sabía dónde estaba ubicada la vesícula ni tampoco sabía para qué se usaba. Mi vida no estaba en juego, así que el único y escondido desvelo se limitaba a una cuestión –sí, no me importa decirlo– frívola, ligera, insignificante.

¿Si me sacaban la vesícula bajaría gramos o kilos? Medidas de peso, esa era la cuestión.

Ya pasó.

Un día después de la operación, el doctor entró a mi cuarto para avisarme que todo había salido bien, muy bien. Como chanchos: confianza de expropiador y de tarea cumplida.

Amagué darle las gracias y reflotar o asumir el asunto del compromiso con mi vesícula, pero de inmediato el doctor se despachó por escrito, birome y libreta en mano, y la dieta que debía cumplir. A rajatabla, eh.

Quise pedirle las piedras extraídas, no sé, doctor, no sé Hugo, a modo de recuerdo, qué se yo... Hubo que pulverizarlos, me dijo. Los cálculos se trituran, me informó, y así pueden salir por los tres orificios que ahora se alinean en tu panza como un ta-te-tí.

¿Y las cenizas?, pregunté.

En eso entró una enfermera y nos distrajo.

Dale un caldito, ordenó el doctor.

Y fuera de foco, ya saliendo del cuarto, alcanzó a decirme: Vos no te preocupes, flaco, lo único importante es que te sacaste un gran peso de encima.

Dijo un peso de encima. Telepatía. Comunicación.

¿Un gran peso de encima?

¿Hablabá concreta o metafóricamente?

¿Mi oculta preocupación era en realidad la de otros pacientes?

Claro, entendía todo: muchas modelos top deben extirparse sus vesículas para adelgazar. Seguro que es el “no va más” de las dietas.

Una semana más tarde, y acusando en la balanza idénticos 82 kilos, volví a la oficina.

Mis compañeros me recibieron con una cordialidad diferente. Las compañeras, para ser absolutamente franco, mostraban una naturalidad ¿inaudita?, ¿desquiciada?, ¿aturdida? La secretaria de Paladino, una flaquito de enormes tetas caídas para arriba, me sonreía. Pero me sonreía de otra forma, como si debajo de su inmortal cortesía aparente hubiera una lubricidad que yo debía adivinar.

Estela pasó por mi escritorio y se quedó mirándome como se lo puede mirar a Benicio del Toro, no a mí. Sus ojos me recorrían como bichos. Y me sonreía. Las aletas de su nariz se abrían y se cerraban y un sudor –o un rocío– rodeaban esos labios usualmente radiantes de corrección política. ¿Eso se llama deseo?

Monti, una compañera con quien nunca había cruzado más de dos buendía seguidos, ¿todo bien?, ¿qué tal el finde?, se mostraba interesadísima en mi operación de vesícula. Contame todo, me decía. ¿Todo qué? En realidad dije: ¡¿Todo qué?! “Quiero que me cuentes to-do, to-do, to-do”. Sopesando cada sílaba como si mi organito se lo hubieran trasplantado a Brad Pitt.

Iba en subte y una vieja apoyó su mano en la mía. Discúlpeme, señora, y solté la argolla que colgaba sobre mi cabeza. Me miró. Me miró sacándome la lengua. No era una vieja chota y maleducada: era una pitón con un agujero pintarrajeados en el medio de su cara. Creo que me asusté, bajé dos estaciones antes, la señora hizo lo mismo, me siguió, yo apuré el paso, un dos, un dos, ella un dos, un dos, empecé a correr, empezó, las dos bolsas de medias sucias que llevaba donde otras usan tetas le rebotaban entre el mentón y el ombligo. Corrí, corrimos por las escaleras, yo adelante, ella detrás. Un dos, un dos. Un dos, un dos. Ya en la calle se acercó.

Jadeaba la vieja. Se acercó como pudo y me tomó del hombro. No supe cómo reaccionar.

¿Cuánto cobrás?

¡¿Qué?!

¿Cuánto cobrás, papi? Y quiso manotearme la bragueta.

¡Ey!

Esta vez la empujé y volví a correr. Corrí hasta perderla de vista.

Intensa y rara fue la vida que le siguió a mi operación. Un antes y un después de la vesícula. Diego lo notó. Yo mismo comprendía la manera ridícula en que asociaba la vesícula con

ciertos episodios que ocurrían cada vez más seguido y a los que –cómo decirlo– ya empezaba a acostumbrarme.

Le acababa de contar que en la cancha una piba había aprovechado un gol para tirárseme encima y besarme y tocarme y pedirme que fuera al baño, al baño de damas que siempre está vacío. Yo no sabía si quería sexo o exorcismo. Le pregunté a Diego si no le dolía la panza, si no le pasaba de sentir puntadas en la boca del estómago.

Mirta me contó que la intuición, el sexto sentido femenino, no es mito y que va más allá del descubrimiento de infidelidades o esas cosas que aparecen en las revistas de minas. Que les permite aumentar la sensibilidad, la creatividad, la inspiración, enriquecer la comprensión e interpretar señales. “Mujeres de elite”, resumió Mirta, “algo así como el punto G de la psiquis”. Que si los perros olfatean la adrenalina, las mujeres, sobre todo las de cierta naturaleza desinhibida, pueden chiflarse con los hombres sin vesícula. Eso me dijo, y me dijo lo siguiente: “Por supuesto ellas ni siquiera saben identificar qué es lo que tanto las atrae, traduciendo su agrado con rizomas de índole más social”.

Diego pagó su cerveza, miró la hora y se fue. Me quedé solo en la barra. Al rato pasó una tal Silvana, la moza, y me estiró un papelito. Un papelito que decía: “Llamame a la noche” y abajo, su celu. Lo guardé en un acto automático y como tenía una cita con la acomodadora de un cine, no pensé en llamarla. No esa noche.

Volví a ver a Mirta para que empezara explicándome dónde estaba la vesícula y siguiera dándome pistas sobre la genial cualidad de los hombres sin determinado órgano ubicado debajo del hígado. Me contó que el cuerpo humano no es perfecto, entre otras cosas porque esa suerte de “globo en forma de pera y lleno de un líquido seroso” comprimía indirectamente nuestro aparato genital.

Indirectamente, dijo. Que sin vesícula, el hígado se dilataba, los riñones lograban expandirse y toda esa especie de recomposición orgánica permitía que el hombre pudiera segregar más testosterona de la habitual, mejorando el desarrollo de las glándulas sexuales.

“Bueno –continuó Mirta–, la hormona segregá mejor y el resultado es realmente excitante. Muchas mujeres pueden percibirlo, sin saber cómo expresarlo. Es más, creo que si la especie humana siguiera evolucionando, el hombre ya no debería nacer con vesícula”.

Okey, año, año y medio de mujeres y relaciones pasajeras. Año, año y medio sin vesícula. Aunque ya no se lo pueda contar en términos somáticos, a Diego le hablé de mi novia actual, a quien también conocí bajo los impensados efectos de existir sin determinado orgánulo irritable. Estábamos en un boliche, palabra va, canción viene, nos encontramos ropa a ropa y en un momento ella que me estruja contra su cuerpo. Y lo dijo exactamente así: No sé qué perfume usás, pero estoy convencida de que ahí abajo falta algo.

En otro momento de mi vida, imaginate... en otro momento hubiera sido el peor de los agravios, la peor de las heridas narcisistas. Imaginate: estoy convencida de que ahí abajo falta algo.

Trabajo con recursos medidos por no decir mediocres. El discurso está en un orden sistemático y legal. La experiencia no me arrastra porque hemos aprendido que la norma es como un umbral. Aunque sea, la viña de la experiencia en términos surrealistas. Nada del otro mundo, che. Preferiría hablar de la aceptación material de una clase de búsqueda. Voy entendiendo mientras escribo. Necesito una relación, un enlace que me permita seguir adelante.

A Dieguillo la emoción se le sube a las mejillas y a las palabras. Y puede escribirlo así, mejorando la agitación con oraciones cortas, con la respiración de Saer. Él hace ficción porque, mínimo, deber tener un problema con la realidad. Pero no todos tenemos su capacidad ficcional; no es fácil lograr que las palabras alcancen y cuando las palabras son una falta tendrías que llamarte Cacho Fontana para que un vocabulario de 150 signos logre convertirte en ícono popular.

Buscamos el teléfono de Cacho Fontana y quedamos en veranos.

¿Cómo hizo usted?

“Yo soy un hecho excepcional, pibe”.

Todo bien, ¿pero cómo hizo un hombre que llegó hasta sexto grado para convertirse en un referente?

“Es que hay gente que habla de la universidad de la calle y lo único que hizo fue caminar por una cortada. Yo empecé a enriquecerme porque le di lugar a mi intuición (otra vez la intuición). La enseñanza tiene un rival enorme: la intuición. De nada vale la cultura si uno no tiene ese don. Hugo del Carril no manejaba la cámara como Chabrol. Leonardo Favio, menos”.

Esto es pulsar como dejar una huella de caracteres. Hasta acá, 120.370. Estoy harto. Podrido. Voy a escribir con Levrero y lo estoy leyendo a través de mi estado de ánimo. Con Levrero voy a entender todo lo que me pasa. Que él me lo cuente a mí y yo, a ustedes. Soy Levrero por un rato porque me siento cortito, frágil, chiquito. No me da ni para salir de este departamento. Soy una persona con computadora.

“Otra vez vos, Albornoz, ¡por favor, che! ¡no seas tan fronte-
rizo Albornoz! Ya probaste –tronaba en mi cabeza–. La literatu-
ra no hizo nada para merecer esto. ¡Dejala en paz, Albornoz!”,
me rogaba esa especie de demonio.

Pero otra voz provocaba el terco deseo de escribir. Era una voluntad mecánica que manejaba mi mano.

No las ideas. La mano, ¿se entiende?

Como Albornoz, sólo soy alguien delante de la PC. He aquí un tipito con dedos flexionados tratando de escapar de su re-
presentación dolorosa. Lo que Germán y Ernesto sin Hache

le cuentan a la homeópata que les receta Rescue Remedy para momentos de duelo. Un frasco de Rescue Remedy y un Román Albornoz siempre a mano.

Lo lamento, te lo juro, lo siento de verdad: me gustaría estar haciendo otra cosa. Si pudiera caminar unas cuadras y sentarme en el bar donde siempre hay alguien con quien repartir la soledad...

Si pudiera sentarme a leer, a mirar por la ventana, a contar los balcones del edificio de enfrente. Si quisiera fumar o tomar o drogarme o masturbarme o llamar a un montón de gente por teléfono...

La disciplina es para escritores profesionales. La ficción es una cuestión de fe. Entonces, ¡vamo' lo' pibe' a recorrer los campos de concentración de la literatura! Desobediencia civil, acciones extraparlamentarias, justicia ideal. ¡Arriba esas palmas che!, preferimos el camino de la lectura y a marcar a Levrero con un color verde esperanza. ¡Arriba esas palmas Haroldito Bloom! ¡Arriba esas palmas vos, boló, y a la mierda con la angustia de las influencias! Eeesssssa... ¡arriba las palmas, puto, y que los enclenques hablen de literatura y hagan equilibrio de sinónimos!

Esto que sigue es cleptoescritura automática.

>>>

Me pareció un tipo muy raro, no especialmente malo o desagradable, sino raro. Mi hija está con su embarazo casi a término. Mi quinto nieto. Raro. No descanso bien, hace muchísimo tiempo que no descanso bien. El relax tampoco me funciona;

no puedo controlar la mente. La mente, escribe. Mientras escribo esto me río porque ustedes dirán: ¿quién mierda es este? ¿Einstein? ¿Oíste lo que escribió? ¡No puedo controlar la mente! No sé de dónde puedo sacar una madre, a mis años, pero al menos podría intentarlo; alguien que vigile mi descanso y me provea de alimentos durante unos días es exactamente lo que necesito para ese “retorno a mí mismo” que estoy intentando. Pero no sé cómo convocar las emociones. ¿Me estaré volviendo frívolo? ¿Me he salvado de la frivolidad todos estos años sólo por ser pobre?

Necesito ocio. Todavía no conseguí mucho. Jamás decidí dejarme la barba, simplemente fui suprimiendo la afeitada. Me enternezco. Cuando se deprime la percibo muy frágil, y de algún modo me hace bien que me llame aunque sea para comunicarme su silencio, que necesite compartir conmigo sus abismos. Yo recordé la muerte de mi padre, que fue más o menos cuando yo tenía la edad que Pablo tiene ahora, y recuerdo que fue mucho mayor el espanto que la tristeza.

Amigo lector: no se te ocurra entretejer tu vida con tu literatura. O mejor sí, padecerás lo tuyo, pero darás algo de ti mismo, que es en definitiva lo único que importa. No me interesan los autores que crean laboriosamente sus novelones de cuatrocientas páginas, en base a fichas y a una imaginación disciplinada; sólo transmiten una información vacía, triste y deprimente. Y mentirosa, bajo ese disfraz de naturalismo. Como el famoso Flaubert. Puaj. Cuando uno es joven e inexperiente, busca en los libros argumentos llamativos, lo mismo que en las películas. Con el paso del tiempo, uno va descubriendo que el argumento no tiene mayor importancia; el estilo, la forma de narrar, es todo. Me quedé leyendo hasta el final la última, o lo que creo

que es la última novela protagonizada por el doctor Hannibal Lecter. Me resulta curioso que semejante personaje sea para mí una especie de héroe. Debe de ser porque se come a la gente que es muy mala, que uno va odiando durante todo el transcurso de la novela. Cuando aparecen esos individuos, por lo general burocratas soberbios, corruptos y canallas, pienso: "Ojalá a éste se lo coma el doctor Lecter", y nunca me falla. Porque la inspiración que necesito para esta novela no es cualquier inspiración, sino una inspiración determinada, ligada a sucedidos que yacen en mi memoria y que debo revivir, forzosamente, para que esta continuación de la novela sea una verdadera continuación y no un simulacro. Escribo lo que recuerdo, lo que pienso que recuerdo, pero es pura información almacenada en la parte de la memoria que almacena información. No había inspiración. Por lo tanto no había (hay) estilo. La voluntad necesita obstáculos para ejercitarse su fuerza. Si uno camina continuamente en un llano, los músculos necesarios para trepar una montaña habrán de atrofiarse. Estas son reflexiones trilladas pero son exactas. La cita es de un libro de Maugham. Maugham es un gran observador, pero no sabe inventar. La búsqueda de ocio se transforma en un trabajo, o sea en un negocio, o sea en la negación del ocio. Hace muchos años, un amigo me explicó que la palabra "negocio" venía de ahí, de neg-ocio, no-ocio. La adoré religiosamente. Creo que todavía la adoro, pero no me doy cuenta; he bloqueado por completo la negación de los sentimientos. Hoy se aflojó un poquito el bloqueo y pude percibir que ahí en el pecho hay algo muy fuerte. Debe de estar mal adorar a un ser humano como a un dios. Los dioses se enojan. Con esos horarios de sueño cambiados, cada vez me era más difícil buscar apartamento; mi ex esposa me ayudaba, y a veces me ayudaba Chl. Todo lo que alcanzaba a ver era terrible, unos apartamen-

tos indecentes. En verano, la mente se me desorganiza y me paso todo el tiempo huyendo de mi cuerpo. No tenía casi existencia oficial. No pagaba alquiler, no tenía nada a mi nombre; no tenía, en rigor, responsabilidades.

Siempre supe que sufro una neurosis de abandono.

Siempre supe que sufro una neurosis de abandono.

Siempre supe que sufro una neurosis de abandono.

Las imágenes en sí mismas, las imágenes de un acto sexual normal –y por normal entiendo distintas posiciones e incluso lo que llaman sexo oral–. La visión del esperma, especialmente cuando se utiliza en forma agresiva hacia la mujer, como por ejemplo salpicándole la cara. Empezó, si mal no recuerdo, con temores de un posible embarazo, que hasta ese momento había controlado perfectamente por medio de cálculos de fechas en relación a su ciclo menstrual, y a exigir el uso de preservativo, artilugio que yo detesto. Es cierto que aprieto los dientes, especialmente cuando duermo. Nunca recuerdo las palabras exactas, pero suelo recordar con bastante exactitud los conceptos. “Dicen que para fortalecer la voluntad hay que hacer diariamente al menos dos cosas que nos desagraden. Yo cumple rigurosamente con esta regla: me acuesto y me levanto todos los días”. Mi jerarquización de los libros a leer la voy haciendo por el tamaño de la letra. Dejo para el final los de la letra pequeña. No recuerdo quién dijo que los hombres debían hacer todos los días, por el bien de su alma, dos cosas que le desagraden. Mediocridad deliberada. Hoy tuve la voluntad de no encender la computadora. Desperdí el tiempo. También esa contractura de la espalda genera contracturas en la nuca y en el maxilar, y de ahí la sordera del oído derecho y los dientes estropeados del

lado derecho. La nuca me cruje siempre que giro la cabeza. No sabía que estaba perdido. Recién ahora puedo darme cuenta de la magnitud del desastre. Estaba haciendo un pozo cada vez más profundo. Si el espíritu sigue muerto, paciencia; escribiré con lo que soy ahora. Vale la pena llegar al aburrimiento, tocar fondo en el aburrimiento, porque de ahí nacen los impulsos correctos. Y habla suavemente, y la dificultad para narrar una historia de manera lineal ayuda a que la mente de uno comience a divagar. Pienso que esta incapacidad del Estado para defender a los ciudadanos es un poco mejor que la agresión a los ciudadanos desde el Estado, como en los tiempos de la dictadura.

>>>

Pensé que podíamos ser amantes. Lo pensé exactamente cuando me contó con lujo de detalles lo del chocolatín Jack. O sea, antes de tomar un café y antes de tomar otro.

A la semana, la llamé. Nos encontramos. Qué linda tarde, ¿caminamos? Y caminamos por Palermo. Nos burlamos de Natalia Oreiro, tan gauchita ella y viviendo en una fortaleza con soldados y unos panópticos que ni Foucault, viste. Caminando llegamos a casa. Subimos y empezamos a besarnos. La primera vez siempre es la peor, así que no nos dijimos nada y al rato transmitamos la segunda sólo para olvidar la anterior. El caso es que no llegué a tiempo. No me empalé como Ercole Lisardi (que se empala demasiadas veces por ser uruguayo).

Me tengo que ir.

¿Nos vemos otro día?

Hablamos.

El pasado da perspectiva, intervenimos como al pasar. Javier Martínez se fastidia porque el arte, como todo lo demás, necesita de sus catacumbas y él lo sabe. Para que haya historia –en este caso, casi cinco décadas de rock nacional– tiene que haber traza y horizonte. Este hombre, que parece cualquier cosa menos un rockero, es baterista, cantante y punto de partida. Él dice sí, pero no. Onda te entiendo, pero me jode creerlo como a vos te jode entender que, por las dudas, debés tener un hijo de repuesto.

Todo este asunto es muy triste, me dice.

El presente no sirve. Estamos demasiado vigentes como para saber a qué cosa se refiere esta condición espacio-temporal. No existe a ciencia cierta o debería reducirse a la nimiedad de la marchita cotidiana: ir al almacén, me quedé sin luz, no hay clases en la escuela de mi hijo, llueve. El futuro es esa clase de devenir que nos vuelve ilusionistas o charlatanes. El futuro es mucho o poco. Lo único que sirve es el pasado. Ahí nace el verbo necesitar y otros verbos como padecer, aislar, mitificar.

Yo reviso el pasado para averiguar qué ocurrió con esas batallas donde fui vencido sin causa aparente. Por eso vuelvo también a las mujeres del pasado. Esa es mi clase de nostalgia selectiva. Quizás sea cierto, aun cuando se me ocurre que no sea más que un procedimiento digno de la razón. De la razón posible, digo.

Volver, para hacerme cargo de las cosas que no supe aprovechar, quizás debido a que todo se dio de golpe, sin elección, selección ni oportunidades. Y en este punto no sólo hablo de mujeres. Ojalá se tratara de materia animal y/o satisfacción espiritual.

El pasado vuelve como relectura. Revivir podría ser como vivir en abundancia. No quiero continuar sin releer todo esto, pero lo pienso y me da fiaca ir para atrás. Que incoherencia. Me siento como un disléxico que estudia cada línea y siente el esfuerzo de la página. Un libro bien leído. Eso quiero. Uno bien subrayado, marcado de distintas maneras, prolíjamente remachado, leído de atrás para adelante, marcado con distintos colores. Por ejemplo, colores fuertes para las emociones; colores sobrios para el estilo.

Cualquier pelotudo puede tener una discoteca en su ipod. Agarro Double Platinum de Kiss, el vinilo que guardo con los vinilos que me hacen acordar todos los años que tengo, y apoyo mi mano derecha sobre el relieve del arte de tapa: Juro por Gene Simmons y Kiss Army que nunca más voy a bajarme ni una sola canción. Juro que nunca más voy a hablar bien del Partido Pirata sueco, por más que hayan conseguido una banca en el parlamento. Juro sobre Gene Simmons que no volverán a señalarme en la cuadra del copyleft y que jamás de los jamases descargaré un disco. Lo juro Gene.

Y esta crisis me ocurre justo cuando empezaba a creer que acumular y conocer eran sinónimos. Juré sobre Simmons, sobre Peter Criss, sobre Paul Stanley y sobre Ace Frehley. Y seguí jurando un rato largo encima de Artaud y encima de Treinta Minutos de vida, del amigo Moris. Juré sobre mi identidad de clase media que alguna vez, antes de que el dinero fuera casi todo, se enorgullecía de sus bienes educativos, nuestro orgullo de clase.

Rasputin para millones. La sociedad del entretenimiento como piedra basal de una resistencia que no admite leyes de mercado sino sustracción.

El vinilo fue lo mío hasta que Luis Alberto Spinetta me obligó a ir detrás de la tecnología. En 1995 editó Fuego Gris, solo en cedé, y yo tenía mi bandeja Talent más un reproductor de casetes. Fui a Libertad, conseguí una compactera chiquita, el discman, caminé hasta Corrientes y compré Fuego gris. Siempre llegué último al progreso. Me cuesta mucho la idea de avanzar. Avanzar es tener expectativas, algo que me pone al borde de la frustración. Mejor no proyectar, me digo, y nunca aprendo nada. Soy punk, señora, ellos se inventaron el not future porque les pasaba lo mismo que a mí: eran unos cagones de mierda.

Sobrevolemos este relato con el altísimo.

Gracias, si, soy el Narrador omnisciente y esta vez vengo para contarles que ahora faltan 18 días.

Menos de un mes para que él empiece a tener una ex mujer.

Por el momento es así. Cuando ella habla con el mecánico dice “explíqueselo a mi marido”. Y le pasa el teléfono.

Para el resto de las cosas no es más su marido. Pero tampoco su ex.

Al menos, no se le oye llamarlo de esa manera. En cambio sí un grandísimo hijo de puta o un infeliz o un egoísta de mierda o directamente un grandísimo hijo de puta infeliz y egoísta de mierda. Uno al que le regaló los mejores años de su vida.

Bastante seguido le dice “piojo resucitado”. Se lo dice antes de advertirle cómo va a arrepentirse de lo que le hizo. Y también le dice que ella no es ninguna punk y que tiene el futuro asegurado y que sus padres están en esta tierra para socorrer a la cría.

Y voy a vivir de rentas, le grita, no con maldad, sino con esa clase de astucia que las mujeres se permiten antes de la pérdida de conocimiento.

Después de años de besos seguidos de abrazos varoniles, mi suegro me alarga su mano derecha. Está parado saludándome como a un gendarme y si llama por teléfono y contesto no me pregunta nada. Nunca más qué me pareció la Selección o qué libro le puedo recomendar. Tampoco menciona la posibilidad de hacer un asadito. Nada de nada. Si está su hija y chau, hasta luego. Después de años de tratarme como a un hijo más, mi suegra dejó de decirme Germi. Ahora me dice Germán.

Hola Germán, cómo te va, ¿está Nati?

Migue no sabe nada. A Migue hay que cuidarlo y para eso vamos a ir a ver a un especialista en matrimonios que se separan.

“Counceler se llama, te lo dije mil quinientas veces”.

Es como un psicólogo que nos va a contar de qué manera hay que explicarle a un chico que sus padres se van a separar.

Natalia habló con un abogado al que se le dice abogado. Los abogados le gustan mucho: si yo digo algo inconveniente que pueda alterar sus planes, es posible que me convide un discurso reglamentario y lleno de incisos.

Me dice: Migue va a vivir conmigo.

Y no quiere volver a escuchar más que le hable de tenencia compartida.

Migue es lo más importante. Lo dice mi futura ex mujer, mi suegra y mi suegro. Mis futuros ex. Mi suegra no quiere ni que se me ocurra hablar de alquilar la casa: Migue tiene que seguir viviendo donde vive.

Natalia me lo tira como al pasar. “Mis viejos dicen”. “Mi papá dice”. Su papá, mi futuro ex suegro, siente adoración por Migue, su nieto primogénito. Adoración no es una palabra mía. Es una palabra que usa Natalia cada vez que quiere expresar lo que su papá siente por mi hijo.

En estos días, la adoración por Migue es algo que se repite bastante seguido y la frase me suena fea, intimidatoria. Como si Natalia quisiera decirme que Migue tiene un padre y, por las dudas, tiene otro.

Silvia no me quería medicar. Yo no sabía cómo explicarle que a mí nunca se me pasa.

Yo acumulo, Silvia, almaceno.

Que yo somatizo. A los ocho aprendí lo que quería decir somatizar. Era el único niño del planeta que podía decir de corrido la palabra somatización.

¿A ver?

Somatización.

Qué bien, decía mi mamá. Qué bien, decía mi papá. Venía mi tía. ¡Mirá lo que dice!

Yo: "somatización".

¡Qué bien!

Y papi asentía apuntando con el mentón. A los ocho yo tenía una respiración cortita y cuando estaba nervioso, más cortita; y cuando estaba renervioso de prueba de matemáticas, la respiración se resumía más, se me iba, se me hacía silábica.

Gracias al asma aprendí a deletrear. Esa es la verdad. Yo decía somatización y sé que fui el primer niño del planeta que supo separar en sílabas la palabra somatización.

Después, aprendí a separar en sílabas la palabra hipocondríaco. La hipocondría fue mi primera creación artística.

Asma, me dijeron.

Dos sílabas.

¡Muy bien!

A los 12, teniendo asma y ventolín, arranqué con estreñimiento, también conocido como constipación.

Aplaudía cons-ti-pa-ción.

Cuatro sílabas.

¡Muy bien!

Y me constipaba cuando estaba nervioso. Después tuve asma cuando había humedad y mis padres escucharon la recomendación de llevarme a vivir a las sierras. A mamá no le desagrada ba la idea. Yo los sentía hablar en la sobremesa. Mami insistía en que papi pidiera un traslado a la sucursal de Córdoba. En el fondo, a mami no le desagrada ba tanto tener un hijo con asma: ella siempre se preocupó en la justa medida. Cuando me despertaba de noche, agitado, pálido, ella corría al baño y me preparaba baños de vapor. Cuando no, pensaba que su hijo, de alguna manera, ya andaba tras los pasos del Che Guevara.

Mami decía que el doctor había dicho, y papi decía que tam poco era para tanto.

Papi: “Un poco de jadeo no hace mal”.

A veces contestaba otra cosa: “Algo hay que tener”.

Mami mencionó como al pasar el caso del Che Guevara, porque el Che tenía asma y sus papás priorizaron la salud del chico. Un chico estimulado, aunque asmático, es un chico apto para la revolución.

Cuando no tenía asma por la humedad, me constipaba o me salía una erupción en la piel. Ahora, Silvia, por alguna razón, no duermo.

Me sigo constipando, trajino con el ventolín, y evito el arroz chino; me sale la erupción aunque uso una crema de almendras carísima y homeopática.

Silvia me pregunta por mis sueños y yo no sé bien si lo que le cuento lo soñé o lo pensé. “El estado de vigilia es fronterizo”, me dijo mi ex, y si salía de la boca de mi ex, psicóloga matriculada, consultorio en el bulevar Charcas, suscrita al mensuario de Alternativas Cognitivas y profesional full time, se trataba de un Lacan en estado de máxima pureza.

Ella sabía todo sobre tu metalenguaje. Le gustaba decir mucho “enunciación” o “manifestación”. Si se te había caído el vaso de agua, nunca era torpeza sino “síndrome de torpeza”, un mal enraizado en la genética familiar. Fijate tu papá, decía, él siempre anda con las camisas y los pantalones manchados de café, leche, caldo, mayonesa, tinta, algo. Ella era capaz de leer posturas y actitudes. Muy curioso viniendo de alguien casi completamente impedido de leer un par de páginas de cualquier libro sin bostezar.

Pero hemos cambiado nuestros hábitos de lectura, me dijo. Ya no leemos como antes. Estamos hartos de la sopa de letras. Ahora descubrimos otro abecedario.

¿Cuál?

El lenguaje del cuerpo. Vos estás atrasado en todo, pero si te gustara realmente leer deberías aprender algo sobre el len-

guaje del cuerpo. “Cómo digo lo que digo”. Ese tipo de libros tenés que leer si te interesaría la literatura. La verdad está escrita en nuestros ojos, en nuestras posturas, cuando cruzamos los brazos. ¿No oíste hablar de semántica gestual vos? ¿Viste que cuando discutimos cruzás los brazos? Bueno, esa es una coraza. Cuando hablamos sólo una pequeña parte de la información que obtenemos procede de las palabras. Se cree que entre un 60 y un 70 % de lo que comunicamos lo hacemos a través del lenguaje no verbal. Gestos, miradas, posturas. Lo que te decía de cuando cruzás los brazos.

Ella piensa como Juanse, el de los Ratones, que me lo contó una tarde en su pent-house de Belgrano: “Las letras no importan. Qué letras si nacimos escuchando a los Stones y a Los Beatles antes del despelote de las academias de inglés... Qué letras, man”, te dice.

¿Querés letras? Sus letras, sus canciones, son otra clase de letras. Como las del lenguaje del cuerpo. Juanse no me da el secreto de su poesía. “No te voy a explicar mi método, no te voy a decir de dónde vienen las ideas”. La creación a imagen y semejanza de Juanse.

En fin, yo revisaba que la puerta de casa estuviera cerrada entonces era un “maniático obsesivo compulsivo”. Pero lo peor de lo peor era mi “autismo severo”. Aunque peor todavía eran mis intentos de socializar.

¿Qué es eso de llamar a la gente para pelear? ¿Te crees que así estás más vivo?

Y...

No, sos insoportable.

Ella no entendía, no entiende que hay que saber manejar el arte de la pelea. Ir de a poco. Impedir, si la charla es telefónica, que el adversario cuelgue, y si la charla es presencial, que pida la cuenta y se quiera ir. Hay que ser un generalista y maniobrar con ambigüedades hasta llegar a la particularidad. El contrario no debe comprender muy bien adónde apuntás hasta que ya sea tarde y tenga que defenderse.

Y era un “autista severo”, el mismo que tenía ganas de coger de madrugada. Yo era “un retorcido en grado de perversión primaria”.

Como Silvia no me recetaba nada para dormir, ella se las ingenió y me consiguió unas pastillitas.

Somit.

¿Y esto?

Media, antes de dormir.

Ella creía que yo no dormía porque tenía “un biotipo de conciencia obscena”.

Más terrenal, que yo la “frustraba” con su deseo de ser madre.

Y yo: sos madre.

Y ella, la reputa madre que te parió, madre de nuevo.

Eso quería decir: madre, recontra madre.

Ella: el hermano que todos necesitamos para sentir que estamos vivos.

¿Por qué no pensar que un padre de la vida posmoderna, un ser integrado socialmente, empleado en plenas facultades de su condición, con 15 días de vacaciones al año, no merece –merecer: eso– tener tan sólo un hijo?

¿Por qué atomizar la condición de padre entre dos, tres o más niños que a las diez de la noche tienen que irse a dormir, cuentito pin pan pun? ¿Cómo se hace para educar al salvaje con verdadera conciencia de padre si tenés que levantar a los chicos en plural, buen dííía, darles la leche, llevarlos al cole y chau, un beso, hasta la noche?

¿Y en el medio? En el medio hay un montón de gente haciendo un trabajo a desgano y tu influencia entonces es tan ridícula, tan accesoria y dependiente que un día vienen tus nenes y los escuchás decir que Michael Jackson no quería ser un negro de mierda y que por eso cambió su color de piel.

Vos los mirás como saqueado. Éste no fui yo. Yo lo crié para que fuera dedicado y cortés y que, en todo caso, pudieras confundirlo con un retrasado mental. Sabés muy bien que no fuiste vos, que no tenés nada que ver con esa interpretación pigmentaria. Mirás a tu mujer, nos miramos, ella arquea las cejas. Decidís, decidimos, que el año que viene hay que cambiarlo de colegio. Michael Jackson no quiso ser “un negro de mierda”. Ni siquiera un negro, que puede discutirse, que es posible en el caso Maicol, pero “un negro de mierda”... Mierda es un adjetivo calificativo, pero que entiendan los adjetivos calificativos así...

Insisto en que la paternidad debería ser un hecho excepcional. No le cuento que maté a mis padres. Prefiero expresarlo de otra manera.

No sé, le digo, no sé cómo se llama esta enfermedad; debe ser una clara patología, ¿verdad? –verdad se me pegó desde que escucho a Calamaro–.

Marido, padre, empleado, repositor de lamparitas quemadas, nunca una boleta de gas impaga, nunca jamás yendo a pedir que se abra una moratoria. Todos los mandatos sociales reunidos en un solo hombre que, sin hacer ostentación, debe soportar más y más.

A continuación hace un esfuerzo, y habla:

Estás enfermo Germán.

Por eso, digo. Debe ser una patología.

Tu vida es tu vida; y la de tus padres es la de tus padres.

Pero vos no me entendés...

No.

No tengo muy jerarquizado ese lugar que me toca...

Estás enfermo.

Puede ser.

Natalia no desconfía de un asesino. También está enferma. Es más, le dice que quiere tener un hijo. No dice: quiero tener un hijo con vos aunque seas un criminal. No siente miedo. Mirá que soy muy Barreda, pienso decirle para que ella me responda... ¡a ver todos! ¿Qué me va a responder? ¡¡Estás enfermo!! Muy bien. Little pop.

Nadie me cree. Nadie se da cuenta.

Ya me voy, ya casi con las valijas hechas en el pasillo. Un plano abierto y en perspectiva.

Por favor, me lo pide. Vos mataste nuestro matrimonio.

Las cosas son cincuenta y cincuenta.

Faltan unos meses para que me lo anuncie: esto no va más.

Te traje esto, me dice estirándome una cajita de clonazepam dos miligramos.

Dormir te va a hacer bien. Dormís mejor, pensás mejor, estás más despejado.

Dormir te va a hacer bien. Descansar para pensar mejor es igual a otro hijo. La aritmética productiva se basa en creer que mi negación es fruto de las pocas horas de sueño.

El clonazepam me hacía bien en otro sentido. Un organismo virgen que apenas toleraba la bayaspirina de pronto empieza a recibir dosis parejas de ansiolíticos. Gracias a mis primeros

miligramos sostenidos pude echarme los últimos polvos de la relación. Esto es fábula, poético: en el cosmos tan unificado del matrimonio me era imposible exiliarme, y los 2 mm. me permitían olvidarme que Nati, esa Nati, era la misma Nati de hace un rato. A mi sexualidad en estado de conciencia alterada, también le puso un nombre. Lo tuyo es un acto patente de exhibicionismo. ¿Exhibicionismo? Sos un exhibicionista coercitivo. ¿Me explicás? Cuando tomás la pastillita... ¿estás tomando una pastillita o media pastillita? Depende. ¿Depende de qué? Depende: si tengo ganas de coger... ¡Qué polotudo que sos! Si tomo una fijate que no prendo la tele ni nada y te encaro directo: me hace efecto al toque. ¿Te excitás pelotudo? No sé bien, es un estado raro, raro de agradable. Hay momentos del día que pienso: por suerte a la noche me tomo la pastillita. Y cojo. Cogés y decís boludeces. Jé, sí, puede ser.... Ayer me preguntabas qué hacía toda esa gente en nuestro cuarto. ¿Qué gente? Si no lo sabés vos... Y saltabas en la cama para pegarle a un tipo que estaba en el techo. ¿En el techo? “¿Qué hace ese tipo en el techo?”, decías. Y saltabas y en un momento te caíste encima mío. ¿Te lastimé?

Natalia se mordió el labio inferior. De su repertorio gestual de irritación cotidiana, lo peor que se podía esperar. Si se mordía el labio inferior y se le hinchaban las fosas nasales, vos eras una auténtica mierda en estado de descomposición. Si se le hinchaban las fosas nasales, yo le decía “estás haciendo fosas” y se reía, entonces la rabia desaparecía y le quedaba un labio inferior escurridizo. Ahí le pedía: “Haceme fosas”.

Pero no podía repetirlo y jugábamos un rato a tratar de hacer “fosas” hasta que se aburría y me mandaba a la mierda.

El labio masticado podía anticipar la furia. Y la furia llegaba a los gritos. Los gritos le acumulaban la espuma entre los dientes –separados como los de Madonna– y burbujeaban extra brut. Se volvían espumantes, el grumo parejo que terminaba desbordando su boca e irremediablemente salpicaba mi cara.

A esa hora nada es gracioso, yo me levanto a las seis y vos me querés coger. Ves a los tipos en el techo, querés coger, ¿qué te pasa? Eso se llama exhibicionismo. Parece que te gusta que nos miren, ¡¿ahora te gusta que nos miren, boludo?!

Confuso, extravagante, nuevo, algo incauto también, gracioso muy a su pesar. Todo eso provocó un repliegue en su gestualidad del arrebato.

Había que verla ubicada en su grado de furia lenta.

Diría que tenés serios trastornos de personalidad. Diría que sufrís desviaciones sexuales, paranoias de comparación y, si pensás en el clonazepam, hasta te diría que tenés una perdida importante de contacto con la realidad.

Lo del exhibicionista que tiene serios trastornos de personalidad no se lo pude contar a Silvia porque últimamente estábamos concentrados en que los crímenes parecieran un accidente. “Imperceptibles”, como los de Guillermo Martínez.

¿Ellos te echaron de tu casa?

...

Ninguno quiso vivir con vos. Uno se fue, otro se quedó, pero ninguno quiso vivir con vos.

Algo así.

¿Pero te mudaron a un departamento?

No entiendo el “pero”.

Que te propusieron una forma burguesa de orfandad.

Orfandad, repetí orfandad.

Gran revelación. Hasta entonces, lo de burgués sólo me molestaba cuando provenía de los lectores de Galeano.

Iuju, soy yo otra vez y esta vez vengo a explicarles que la primera persona está en crisis y no puede valerse por sí misma. Les cuento que Silvia daba en el clavo. En rigor, adivinaba la combinación que uno de estos narradores usaba para entrar en su correo electrónico. La palabra, shhh, lo que no puede decir él y se los digo, la palabra clave es desamparo, puntualmente orfandad. O sea, entre la psicología y el hacker, Silvia se ubicaba en un lugar exclusivo de la observación del paciente. Freud se equivocó en muchas cosas, pero en esto no.

¿Hace cuánto que no ves a tu padre?

Está muerto hace dos años.

Muerte civil.

¿Y a tu mamá?

Más o menos lo mismo.

Muerte civil.

Linda ficción jurídica.

A Silvia también la mató a pedido y mientras escuchaban el primer tema de Amor, esa realidad bifronte. ¿La interpretación avanza o retrocede ante la realidad?

Con Silvia tuvo su debut como sicario.

Y, por favor, le ordenó: guardate esa plata para otras cosas.

Como cualquier asesino por encargo, o escritor por encargo, el resultado, el trabajo y/o la responsabilidad, tuvo nulo compromiso emocional.

Cruzado por el ruido del mar y el cuchicheo de los árboles, detectaba rostros, gestos y ademanes. Lo planeó en una tarde uruguaya. El mate, las facturas y el oleaje. Acerquémonos.

Vos no tendrías que llamar nunca más a Silvia. Te hace mal. En una personalidad como la tuya, no es una terapia constructiva.

El mate está frío.

Si querés andá y calentá más agua.

Los termos de Mate Listo Taragüí son una mierda, ¿viste?
Acá dice que te mantienen la temperatura del agua 30 minutos.
¿Vos cuántos mates tomaste?

Uno.

Yo, cinco, seis. Ya está frío. ¿Cuánto se tarda, promedio, en tomar un mate?

No sé, ¿de qué estás hablando?

Vos tardás con el mate. Te colgás, pero ¿cuánto se tardaría normalmente en tomar un mate?

No sé, te dije.

Hablo de un tomador compulsivo.

¿Vos te tomás uno detrás de otro, nunca convidas y decís que yo me cuelgo...?

¿Máximo, un minuto?

Andá y calentá el agua, ¿querés?

Me da fiaca.

Tenés que dejar a Silvia.

Mirá... ¿esa no es Maitena?

¿Eh?

¿La rubia esa no es Maitena?

¿La de pelito cortito blanco?

Es Maitena. Seguro. Esperá. ¡Maitena!... ¡¡Ey, Maitena!!

¿Viste que era Maitena?

Vos sos un boludo...

Ya que estamos en Uruguay ¿por qué no compramos un termo como la gente? No te digo que vayamos con el termo bajo el brazo, pero esta mierda...

Comprá.

¿Un termo y un mate? Estos cacharritos acá no van. ¿No sentís que nos miran raro?

No, la verdad que no.

¿Viste cómo nos miraba Maitena?

No.

Hasta Maitena se escandalizó. Creo que cuando la saludé enseguida miró el cacharrito. Miraba como si yo tuviera una malformación congénita.

Te miraba porque sos un desubicado... ¡Maitena!, ¡Maitena!, a los gritos, ¡Maitena!... Pobre mina.

A ver: ¿Maitena es argentina o es rioplatense?

No empieces.

Para vos Drexler es rioplatense, para mí es uruguayo, contra uruguayo. El Pelado de la Bersuit, por ejemplo, va a todos lados con su termo. ¿Eso le da carta de ciudadanía?

No empieces con eso.

Los uruguayos pierden, ¿no? De este lado del charco, pónelle, Cordera, que vive en La Paloma, también podría ser considerado rioplatense.

Basta.

...

...

¿Pero no es que te tienen que dar el alta?

Nunca te dan el alta.

Entonces me va a decir que siga yendo.

Y vos le decís que tenés que hacerte un tratamiento de conducto y que no te alcanza la guita. Punto.

Migue me dice papá y cada vez que lo dice –papá o papi– sé que debo hacer cosas productivas.

Me dice: papi quiero dormir en casa.

Esta también es tu casa, Migue. Tenés “casa” y “casita”.

Quiero ir a casa.

Hoy dormís en casita.

¿No me puedo ir a casa?

Quiero que duermas conmigo. Acá, en casita.

Quiero ir a mi cama.

Acá también tenés una cama.

A Migue le decoré la pieza rápido. Los libros siguieron en el piso, los cedés, la ropa amontonada en las valijas. A él le hice el cuarto en una tarde. Fui a Easy y compré cama, estantes para armar, pizarrón de pared, tres planchas de corcho, escritorio y clavos para colgarle el Mafalda que me regaló Quino cuando yo tenía su edad.

La habitación de Migue es la más grande de las dos. A la mañana, de tanta luz, queda una huella de claridad que dura todo el día y enciende cada una de las cosas. El pizarrón, el móvil de

papel de arroz, el póster de Vélez campeón, el de 100 % Lucha. Un Chaplin. Todo parece encendido.

También le compré un baúl verde para guardar sus cosas y esa noche, la primera noche que durmió en “casita”, le dije que lo abriera. Pero despacito abrilo.

Más despacio.

¿Así?

Más despacio.

¿Así?

Más.

¿Así?

Esperá. Es como el cajón de los cuentos de Sherezade. ¿Te acordás de la chica que para salvar su vida le contaba un montón de historias a un sultán? Bueno, este cofre tenés que abrirlo despacito porque hay una sorpresa. Muy despacito, hijo.

¿Así?

Mmm más despacio.

¡Una pelota!

¡Una pelota pro-fe-sio-nal!

¡Como la de los jugadores de verdad!

Me voy a su cama y soy arquero. Él tiene que cabecearla, si la pelota toca la pared, es gol. Yo saco una pelota, él cabecea, yo vuelo, la pelota me pasa, gol. Lo abrazo.

¡No, pa! Vos sos del otro equipo, no me podés abrazar.

Pero como somos uno contra uno es como si te felicitara.

Se queda pensando. Cuando piensa, las pupilas de Migue son dos bolitas negras que se van a buscar explicaciones en los techos.

¿Nambandián también hace eso?

No. Los tenistas festejan solos.

Una semana antes de que se separaran, estaban sentados en la mesa: “¿Hoy también van a discutir?”, dijo Migue.

Fue la última vez que ella sonrió en familia.

—¿Qué día es hoy? —preguntó él.

—Martes.

—¿Martes? Mañana no nos toca pero el jueves sí —y la miró y miró al nene que miraba—. El jueves nos toca, ¿no es cierto?

—Sí —dijo ella.

La culpa, una vez más, es de mis padres. Me mandaron a un colegio del Estado porque hay que saber relacionarse con gente diferente. Germán: las sociedades se disponen –no entendía “disponen”– se arreglan –“arreglar” era lo que ocurría cuando algo se rompía–, “se arman”... “¿arman lo entendés?” considerando la existencia de un otro.

Luego he oído hablar mucho del “otro”. Otro de otredad, de marcianos y de macartismos. Otro, por los conflictos con el diferente. Un día supe de monsieur Le Pen por su ex esposa desnuda en Playboy. Y mi papá colecciónaba Playboy por los reportajes. Yo no leía porque leer era tratar de terminar “Mi planta de naranja lima”, pero coincidía con mi padre: los dos nos hojeábamos Playboy. Playboy me hizo descubrir los usos y costumbres de la derecha.

¿Cuánto dura el encantamiento? ¿Cuánto dura la decepción del deseo?

Mi crisis empezó hace rato. Bajé las persianas, no quise que entrara nadie más y empecé con las expulsiones periódicas y sistemáticas. Acá, en este punto, se cerró el negocio. Esto debería

decirlo el Narrador omnisciente. Hola, ey, sabelotodo ¿dónde mierda estás? Debería ser él, leyendo con una inflexión fabril y totalitaria. “Bajó las persianas, no quiso que entrara nadie más”.

Las personas somos un error de dios. Creo que era de Ciorán. Entre comillas tendría que ser: “Las personas somos un error de dios”.

Sí, es de Ciorán. Es que yo no quiero pertenecer a este círculo, muchachos, disculpen, pero una vez por mes es suficiente.

Lo pensaba, no lo decía. Perdón Fred Perry, no te enojes.

Ni hacía falta explicar porque otros debían pensarlo y tampoco lo dicen. Y entre unos y otros terminamos lográndolo. Funciona.

La mesa de los galanes es el acontecimiento de salón más patético que puede ofrecer la segunda edad. El chorizo y las mollejas, la ensalada de radicheta y pasame el vinito, la copa helada y ¿no tenés tiramisú? Una vez por mes y, dentro de poco, encuentros bimestrales con boletín de descalificaciones maritales y a seguir pasándole revista a todos los tópicos del macho. Después, cuando se pueda, mi mujer no sé qué, mi hijo se enfermó y a veces hay más de un hijo que se enferma y hay reuniones de trabajo y jefes hijos de puta y no hay quórum y si no hay mayoría se corre el riesgo de que seamos dos y si somos dos, ya se sabe, somos mucho menos que dos.

A mis padres los maté porque en terapia me dijeron que a los padres no se los elige. Matar a tus padres es menos doloroso que matar a un amigo, y mucho menos que matar a tu mujer. Igual vas a escuchar a los del consorcio judeo cristiano que te dicen: “es tu viejo, che” y ahí te agarra un ataque de nervios y

decís qué hacen estos tipos en mi casa y decís fuera de mi casa
hijos de re mil puta, ¡fuera!

A tus amigos los elegís cuando no sabés. María Elena Walsh lo explica de una manera mucho más amable, pero la verdad es que los amigos son el resultado de la falta de experiencia. Toda mi vida me relacioné con personas diferentes porque ese había sido el mandato de mis padres. Un error del progresismo ilustrado que sólo deberíamos aceptar en las tribunas de fútbol.

El departamento es precioso: contrafrente silencioso y luz de mañana.

Se ve que el dueño debe ser arquitecto porque hizo una ventanota grande por donde entran baldazos de claridad. Potus está agradecido.

Tengo una planta que llevo a todas partes. Soy como el personaje de *El perfecto asesino*. Casi igual: amo la planta y la amo en singular. Este es mi potus compañero al que le dejo que me robe un poco de oxígeno.

A Potus lo cuido hace siete años, tres meses y doce días. Mi hijo le dice Potus y yo le pido que le diga “mi hermanito”. Le enseñé a cambiarle la tierra cada seis meses, a regarlo, a quitarle las hojitas secas y a llevarlo al sol por las mañanas. Cuando mi hijo duerme conmigo tiene que ir y decirle “buenos días Potus”. Y le enseñé que debe alzarlo para que desayune con nosotros. Mate, leche y agua. Somos tres.

En mi ex casa, Potus estaba al lado de un ekeko rodeado de pequeños libritos de la sabiduría. Los libritos son del tamaño

del meñique de Migue. Si abrís este, por ejemplo, en la primera página, dice: “Toda la gente, en cualquier momento del éxito o del fracaso necesita recibir amor y aplauso para ser feliz”. Lo firma un tal Jane Lindstrom.

Siempre fue mi Potus. Siempre preguntaba “¿regaste mi Potus?” Mi potus no tiene nombre. Migue a veces se encariña y le dice “mi hermanito”, como yo le enseñé. Y le acaricia las hojas porque, como yo le enseñé, a las plantas hay que mimarlas. Las plantas también necesitan amor como toda la gente que describe Lindstrom. Y si le ponés música, vas a ver que crecen un poco más.

¿Qué discos le gustan a Potus?

Cualquiera.

¿Le gusta cualquier cosa?

Le gusta la música que hay en casita.

¿Le gusta Marilyn Manson?

Eso no está en casita.

¿Pero si le pongo Marilyn Manson, qué pasa?

Se muere.

La primera vez fue mi mamá. La segunda vez que me dijeron “egoísta” fue una novia. “Sos un egoísta, Germán”.

Me acuerdo dónde y cuándo.

Me lo dice en Santa Fe y Pueyrredón porque yo no quiero acompañarla a comprar zapatos, y porque no quiero soy un egoísta. Andá con tu mamá, le digo, a mí no me vas a torturar una tarde entrando y saliendo de negocios. No compro zapatos para mí, y te voy a acompañar a comprar zapatos a vos. Se da media vuelta y camina hacia Coronel Díaz.

La sigo y entra al shopping.

Va al negocio de tal y al de tal, sube la escalera mecánica, yo detrás a una distancia que estimaba prudente, otro negocio y otro más, se toma un café en un mostrador, la veo, y sigue la recorrida. Entra a una casa de deportes. ¿Qué hace en una casa de deportes? Va hasta un muro lleno de zapatillas. Todas zapatillas, ningún zapato.

Desde la vidriera la veo hablar con un vendedor, el vendedor que abre una puerta, desaparece, y ella que sigue revisando la pared de zapatillas. El vendedor que vuelve con una caja y dentro de la caja, unas All Star celestes. Ella que dice sí con la cabeza. La veo, veo al vendedor que pone la tapa en la caja de

cartón, lo veo llevar el paquete a la caja y yo que me corro un poco para esconder la silueta mientras ella, la veo, que paga con su tarjeta. Y que le dice gracias, buenas tardes al vendedor y que sale y yo sigo detrás de una columna tapado por un puesto donde venden bijouterie.

De pronto ella que viene en mi dirección, yo que especulo con los lados de la columna. Ella que viene en mi dirección, ella que se ríe y en dos, tres, cuatro segundos pasa delante mío. ¿De qué se ríe? Asoma la cabeza... ¡Ho-la! “Dame un abrazo”.

Me estoy probando mis zapatillas celestes. Me gustan, me las quedo, paso las usadas a la bolsa, mis All Star van a debutar en una escalera mecánica. Ningún estreno más apropiado para mis zapatillas semióticas y centenarias. Volvemos caminando. Pasamos por un vivero.

Esperá –le digo, soltándole la mano.

¿Podemos ver una planta?

¿Una planta?

¿Te molesta que vea plantas?

No.

Elijo un potus y ella me enseña a cuidarlo, a regarlo, a cambiarle la tierra, a ponerle música. Dos meses después se irá con otro. Los abandonados somos independientes, pero independientes como los escritores independientes, los músicos independientes y los cineastas independientes. Realmente nadie quiere esa clase de oportunidad.

Me quedé con Potus. Un hijo. Una mujer. Un amigo. Un polvo. Un trabajo. Un Potus. La coherencia es en singular. Era

cuidar un ser vivo que no me diera nada a cambio. A Potus no iba a dejarlo morir. Potus me servía para autoconvencerme del interés por el prójimo.

Cambié natación y recuento de venecitas por el dentista. Es un intento o simplemente ocurrió. Vengo a lo de Sandra una vez por semana. Al principio fue una urgencia: conducto. Después, Sandra descubrió algunas caries, nada serio, pero hay caries acá y acá. Cinco turnos, pedite. Cinco que terminan siendo diez o doce porque arreglar dientes es algo que se hace de a poco, con mucha paciencia, y entre el conducto y las caries resulta que estoy en esta sala de espera. La doctora está atrasada.

Me da vergüenza decirlo porque algunos pueden pensar que mi boca está hecha mierda. Antes me daba vergüenza decir que iba a terapia y ahora es al revés: digo que voy a terapia pero en realidad vengo al dentista. Hoy es preferible estar loco que confesar alguna enfermedad periodontal. Un día de fines de junio, una mañana, Sandra me pasó un espejito de mano y me hizo ir hasta el fondo de la cuestión.

¿Ves? ¿Esa es la muela que te impide el crecimiento de la de juicio? Bueno, esto ya se está pareciendo más a una boca.

Ella era muy maternal, muy del diminutivo. Germi. “Así que podemos ir terminando”, me informó, yo todavía boca arriba, el cuerpo culebreando el sillón.

No le expliqué a Sandra que para mí las temporadas terminan en diciembre. Tampoco, Sandra, quise decirte que había decidido reemplazar la pileta por el dentista porque, obvio, ibas a decirme: ¿qué tiene que ver la pileta con el dentista?

Y sí, Sandra, tiene mucho que ver. Muchísimo. Iba a tener que decirte: pensalo Sandra, pensalo bien. La pileta es deporte y el deporte es salud. ¿Y la risa qué es? ¿Qué crees que hago acá y en Farmacity comprando cepillos de cerda suaves con terminación curva? ¿Por qué te crees que sé todo sobre cepillos de dientes? ¿Por qué te crees que sé que el primer cepillo de dientes lo creó un emperador chino en 1498?

A ver, Sandra, ¿en qué siglo llegaron los cepillos de dientes a Occidente? Vengo por la risa. Osho dice algo así como que la vida es una broma cósmica que hay que comprender a través de la risa. Sandra, nada de “podemos ir terminando”. Se comprobó que los enfermos de cáncer tienen una mayor resistencia si se ríen, si están mejor de ánimo.

Quiero preparar mi sonrisa para volver a ser un chico de 36 horas de vida, un recién nacido que le sonríe a sus papis. Quiero fabricar endorfinas con una mueca de película. Quiero reír de frente y de perfil, con molares y con dientes trituradores. Una sonrisa mercadotécnica, todoterreno, poderosa.

Terapia y dentista para una redecoración de interiores. Y Coffea, florcitas de Bach, Sandra. ¿Viste Sandra que cuando nos reímos el cerebro segregá endorfinas? Bueno, quiero segregar y aquí estoy con la Sandra que todos necesitamos para aliviar el dolor. Este es el sillón, este es mi sillón, el sillón que anduve buscando tanto tiempo.

A veces iba y hablábamos de implantes dentales. Hay un tratamiento de reemplazo de piezas que imita la naturaleza –me dijo a cuenta de futuras renovaciones.

¿Estamos hablando de odontología implantológica?

Exacto. Es un tratamiento muy avanzado. Fijate que los implantes dentales –y me muestra fotos de un “antes” y un “después” – tienen un aspecto original.

¿Pero se ven las fijaciones metálicas de las prótesis?

Para cuando vos las necesites, la ortodoncia ya habrá desarrollado un sistema más que revolucionario. La odontología avanza más rápido que la medicina cardiovascular.

En septiembre y octubre, Sandra me recibía con café sin azúcar. Yo había abandonado el azúcar por completo. Té sin azúcar, mate sin azúcar, y si tomaba gaseosa, light, por favor. Tampoco aguas saborizadas porque es más de lo mismo, me decía Sandra, y yo lo respetaba a rajatabla y le transmitía las enseñanzas a mi hijo.

Sandra me daba clases de cómo cepillarme diente por diente. Me hablaba de la importancia de los Oral B, el hilo dental y los buches con Plax. El Plax tiene flúor. ¿De qué gusto aconsejás? Es lo mismo, lo importante son los dos buches diarios, a la mañana y a la noche. Un minuto cada buche.

En noviembre hablamos sobre la pérdida del hueso oral. En un pizarrón dibujó la cavidad y me explicó que puede ser el resultado de diferentes tipos de traumatismos o, más frecuentemente, de la pérdida de los dientes naturales. Un diagnóstico de pérdida del hueso oral indica que alguien ya no tiene hueso donde se ha provisto que haya. Ajá. Marisa, la ayudante, se sentaba al lado mío y escuchaba. A fines de noviembre llamé, como todas las semanas, y Marisa me dijo que Sandra tenía la agenda completa y en diciembre se toma vacaciones. Así que nos vemos el año que viene, me saludó Marisa. Feliz Año. Felicidades. Felicidades para vos y mandale un beso grande a Sandra.

Hoy soy esto: un hombre amable, humilde y agradecido, que tiene una sonrisa saludable y cordial. O saludable. O cordial. O sincera. U ocasional. Ya no sonrío más con los labios apretados y cada tanto me dejo llevar por la carcajada.

Hola, al portero, al vecino en el ascensor. “Hola” o “buen día”, “buenas tardes”. La boca se estira levemente hacia los laterales, en una simetría de nariz estanca. Mueca de rutina laboral, de compañeros de oxígeno en oficinas y afines. También reconocida como mímica Buster Keaton: labio inferior domina a labio superior. Presión leve.

Risa 3: Con amigos de toda la vida. De lejos abrir los ojos hasta lograr un expresionismo que empare El Grito de Munch, pero en una representación de felicidad atormentada, si se me permite el oxímoron. Los ojos redondos, decretando las cejas para arriba. Control, Alt, F3. Calculando los riegos de hipermetropía del interlocutor, abrir los brazos en V. En V de Vic-

toria, de alegría y de “nos ve”. A menos de un metro, apuntar a la mejilla entrecerrando los ojos, entregándome mansamente al flujo del cariño mutuo.

Risa 4. A mi hijo. La cara se ensancha, la boca se abre, los brazos se abren en V. Primero, proyectándose hacia el cielo y luego hacia adelante en un movimiento estético sobre el eje, las piernas que se acuclillan, los brazos atenazantes.

Risa 5: la más corporal de todas. No respeta estados de ánimo y siempre debe ser igual, terminando con un beso. Los niños son como los perros. Los hábitos intachables hacen la felicidad.

Con mi hijo también puede aparecer una sonrisa inclasificable que nace de un conglomerado gestual menos estudiado. Es entonces cuando pienso que dos potencias se saludan: él, su “ello”, sus cinco años y un registro antisocial, higiénico, preservado y sanitario. Yo: asombro de lo establecido, moral y tradición en efímera retirada.

Caminé hasta el final del pasillo. La puerta que estaba enfrente.

Cuarto “D” de dedo.

Dos, tres cerraduras y una alarma.

¿Siii? –una voz finita.

Ah, señora, soy el vecino nuevo... –una voz gruesa, la boca que se estira levemente hacia los laterales en un equilibrio de nariz estanca.

¿Siii?

Ah, señora, soy el vecino nuevo... –otra vez la voz gruesa, preparada, la boca que se estira levemente hacia los laterales en un equilibrio de nariz estanca.

¿Cómo se vería por la mirilla?

¿Siii?

Ah, señora, soy el vecino nuevo... –otra vez la voz gruesa, preparada, la boca que se estira levemente hacia los laterales en un equilibrio de nariz estanca.

Sentí que por fin destrababa la puerta. Los metales pesados cayendo de a uno, las llaves que giran casi al unísono como si la mujer tuviera más de dos manos. Entonces sí, una señora rubia, con el pelo más alto que largo que me dispensa su som-

bra. Marge Simpson envejecida había cambiado su color de tintura. Una cadena firme separaba el marco de la puerta. Yo tenía veinte centímetros para meter las palabras y una sola oreja para escuchar.

Señora, mucho gusto, soy el nuevo vecino.

Sí.

La molestaba porque quería saber sobre el funcionamiento del edificio. Me mudé ayer (creo que dije “funcionamiento” o dije “actividad” del edificio).

¿Cómo dice?

Me mudé ayer y quería saber sobre el funcionamiento del edificio.

¿Qué quiere decir m`hijo?

Sobre la casa, los horarios para sacar la basura...

¿Joven, usté es del “E”?

Sí, “E” de Ernesto, el nuevo vecino. Me mudé ayer a la tarde.

Empecé a monologar con una oreja. Con un lado. Con un ojo que pestañeaba mucho. Con una boca tapada por la madera de la puerta. Con un cabello más alto que largo, más blanco que rubio.

¿Usté es el del departamento “E”?

Dije “ayer”, dije “flete”, dije que me había mudado a la hora de la siesta, dije perdón por haberme mudado a la hora de la siesta.

Mire, ahora estoy un poco ocupada. Después, mañana o pasado, le explico lo de la basura. Usté me dijo que quiere saber el horario en que se saca la basura, ¿verdad?

Sí, cuando pueda, me cuenta. No se preocupe. Cuando pueda me toca el timbre para lo que necesite. Yo soy el nuevo, el del departamento “E” de Ernesto.

Mucho gusto Ernesto.

Mucho gusto...

Los amigos son una segunda existencia. ¿Por qué decís eso? No sé, habría que preguntárselo a Vila Matas. Igual me gusta más lo que dice Millas: después de los 40, sólo tenés voluntad para relacionarte con vecinos.

Tras la convención queda el sacrificio y el lastre; las ideas de tradición y los conceptos inaugurales sobre la lealtad.

Bueno, este muchacho Raffo también tiene algo que decir al respecto y lo explica bastante bien cuando se refiere a los amigos residuales que sólo se soportan. Pero Vila Matas pone a la amistad y a la presencia de un círculo de seres queridos, por encima del deseo que provoca un buen libro. El dice “cualquier libro”, y yo no sé, no sé en qué estará pensando mi querido Vila Matas, pero supongo que nos va a correr por derecha con la nostalgia de los 36 billares y dejo de leerlo.

Oí: Jover es mi amigo y es uno que empezó a leer de grande cuando se dio cuenta de que ya era tarde para hacer nuevos amigos y que sus elecciones habían sido las incorrectas. El refugio, entonces, fueron las letras, después las palabras, después las oraciones y después las hojas. Al principio, él decía hojas.

Leí dos hojas, leí veinte hojas. Después la colección de letras, oraciones y páginas. Por fin había llegado el libro a su vida.

Empezó de grande Jover. Me lo dijo una vez: “Sé que me estoy perdiendo algo”. Así. En la mano tenía una recopilación de cuentos de Osvaldo Soriano. En una personalidad obsesiva y compulsiva como la de mi amigo Jover, la lectura es una línea de fuga. Debe estar podrido de algo que no sabe qué es pero que seguramente nos incluye; o sea, incluye a los amigos. Yo, cuando él quiere, lo acompañó al cine. Vamos, le digo sin más. A veces vamos al cine “a ver algo”, como las viejas chotas que iban al Village, y a veces vamos a ver una película.

Un sociólogo dice que las salas tienen entre un diez y un quince por ciento de público cautivo. Jover y yo somos parte de eso. ¿Qué dan en el Cinemark?

Jover me dijo que la oscuridad de un cine es uno de los lugares más seguros del mundo. “Invisibilidad y ficción, el mejor remedio”. Mirá cómo habla ahora. A Cool le molesta que Jover diga estas cosas. Le molesta que tire sus dictámenes que suenan a fijas burreras. Y le molesta que ahora lea filosofía y puede ahorrarse diez “boludo” diarios.

La oscuridad y la ficción ahora son papas fritas a caballo. Hace rato que lo esencial dejó de ser invisible a los ojos. Fue una linda fantasía que nos ayudó a crecer, todo muy lindo, pero Tamara Di Tella hizo mierda a Saint-Exupéry.

Ese 26 de junio se hizo la fiesta en una vieja casona de Bajo Belgrano. Era un gran salón con patio y era una noche helada. Las mesas estaban en el patio. Estuvieron los amigos y las supuestas víctimas. Yo intenté reconocer a cada uno de los personajes y, sin demasiada astucia, supuse que la mujer de la silla de ruedas debía ser la centenaria tía de la que él me había hablado.

Por clemencia o lo que fuere, durante el vermut me encargué —sin que el Turco se diera cuenta— de encontrarle un lugar al reparo de lo que pudiera ser. “Venga por acá, señora. Ahí hay mucho viento”. El Turco ocupaba un lugar en la cabecera de la mesa larga. Se mostraba amable y ante cualquier excusa chocaba copas. Un brindis, decía. También hizo chinchín con Tía Centenaria. En su carnadura de anfitrión simulaba felicidad de conversador. Repartiendo besos, recibiendo saludos.

Yo no la estaba pasando bien. Intuía que en cualquier momento vendría el disparo y con dificultad trataba de adivinar las pistas que lograran darme indicios de cómo actuaría el Turco. Una extraña sensación de incertidumbre me apretaba el cuello, cosa que —ya no de un modo metafórico— impedía que pudiera comer. Gracias les decía a las de carne y gracias a las de humita.

Sentía que debajo de esa amabilidad aparente, el Turco escondía un plan lúgubre que materializaría en el momento menos pensado. Algunos comentaban que la noche no era la más indicada para disfrutar del aire libre. Por supuesto que tenían razón. Pero la cosa no pasaba de ahí. La mayoría compensaba con camperas, gorros, bufandas y alcohol.

En un momento, el Turco se separó de un grupo y fue hasta la cocina. Caminó solo, pero yo lo seguí a la distancia. Prime-
ro con los ojos, después lo seguí de verdad. Permiso señora,
disculpe, uy, permiso. El Turco saludó a la gente del catering y
pude notar que inspeccionaba las achuras que había sobre una
bandeja.

Tomó el tenedor y el cuchillo, cortó una molleja y con la au-
toridad de un jefe de personal señaló que esas porciones, “éas”,
apuntó con su índice, fueran directamente a la mesa ocho. Lo
dijo así: “Exclusivamente para la mesa ocho”.

En la mesa ocho estaba Tía Centenaria. Tras las instruccio-
nes severas y precisas, el Turco se dio vuelta y volvió al patio. Yo
me oculté disimuladamente detrás de una puerta.

Cuando la chica se disponía a cumplir con la orden para la
mesa ocho, entré a la cocina sin perder de vista la bandeja y
cambié los planes. Me presenté como el hermano del señor que
acababa de irse. Una mentira a medias: al fin y al cabo, el Turco
solía decir que me quería como a un hermano.

“Por favor, cambie estas porciones por otras más cocidas,
¿sí?”, arriesgué sin saber de qué se trataba lo que se apilaba en el
plato. La chica me miró. “¿Más cocidas todavía?” Como di en
la tecla, el acierto se tradujo en una monería de perito avanza-
do. Ajá, imité el movimiento de mi amigo, revisé las porciones
y repetí: “Más cocidas por favor”.

No me moví de allí hasta ver cómo cambiaban los trozos
de carne por otros y los ordenaban de un modo gracioso, al
estilo nouvelle cuisine. Las piecitas de carne en los bordes. Una

ensalada de hojas verdes en el medio de cada plato. Poco me importaba la calidad de la cocción. Nada más observé que se tratara de porciones distintas.

El Turco había perdido la razón y yo supuse que seguía su plan, pero ahí estaba yo dispuesto a que mi amigo no se pasara el resto de su vida preso por envenenar a una mujer a la que, cuanto mucho, Turco, debían quedarle un par de semanas de vida. Además, pobre señora, qué culpa tenía de cumplir años el día en que noquearon a Tyson.

Desde un lateral observé a la mujer comiendo, y por sus propios medios. Comía la porción que yo le había seleccionado. Deglutía con la voracidad de una adolescente hasta que manoteó una servilleta y comenzó a refregársela lerdamente por la boca.

Intuí que había terminado y sonreí. Misión cumplida.
Pero habría un Plan B. Seguro.

Sucede en las películas, entonces también en la vida misma. Se me antojó que la víctima era ideal, que nadie sospecharía de un homicidio. No era una mujer rica, su salud endebil y todos los años encima. Y además la temperatura, la comilona... Es más, pensándolo bien, nadie lamentaría –más de la cuenta– una muerte a los 101 años. Dirían: morir en medio de un festejo, la mejor manera de morir. Dirían: conoció los tranvías y conoció internet. Dirían: a ella le encantaban los yogures Yo-lanka, ¿te acordás? Dirían: llegó a bisabuela.

El problema era yo, que más allá de las palabras de circunstancia iba a sentirme cómplice de un crimen que hubiera podido evitar.

La casa del Turco dormía y él se regalaba un rato para mirar películas o partidos de fútbol de alguna liga extranjera. Muchas noches yo estaba ahí. La seguridad de la madrugada lograba una linda relación que se parecía a las noches del pasado. Sin hijos ni matrimonios a la vista. En esas noches, el Turco, ¿cómo decirlo?, el Turco se liberaba de lo que yo llamaba “la bestia social”. Hablábamos y nos tirábamos a charlar y a beber como cuando éramos jóvenes. Con la casa en silencio y el ferné, el Turco conseguía una química tristona que le daba un saludable estado de incoherencia.

Esa noche hablamos de Roberto Carlos.

Voy a festejar mi cumple –me anuncia. Y creeme, Román, creeme que los voy a cagar a todos.

Lo dijo asintiendo con el movimiento que hacen esos perritos de juguete que ponen en los taxis: un tic o un notable convencimiento. Algo. Enseguida llenó otros dos vasos de ferné, me estiró el mío y subió el volumen del televisor. Empezaba el segundo tiempo.

“Román, las relaciones humanas no hacen a la felicidad”. Y ahora tomando su ferné. “Un compromiso lleva a otro y a otro y en un momento chau, ya no sabés realmente quién mierdas sos”.

¿Más ferné?

Gracias.

Amigos y entorno, igual a casamientos, barmitzvás, bautismos, cenas de trabajo, cumpleaños, reuniones familiares. Su

mujer le llevaba la agenda y era muy raro que algún fin de semana no hubiera plan.

Terminó el partido y seguimos en el living. En la repetición, el Real Madrid era campeón. El Turco se levantó, apagó el televisor sin esperar que repitieran los dos goles de Roberto Carlos y se dejó caer en el sillón como un meteorito.

Me voy —avisé ante su desencanto que, supuse, tendría que ver con una remota antipatía por los campeones. Recuerdo que me incorporé de un salto, actuando decisión, pero me retuvo un comentario seco.

¿No te parece que Roberto Carlos está loco?

Loco no me parecía el adjetivo. Hice como si nada y mientras me ponía los zapatos, volvió con el asunto.

Sólo a Roberto Carlos se le ocurre semejante manifestación de optimismo.

No respondí porque no entendía nada.

Un loco de mierda.

¿Vos hablás del partido? —buscando sintonizar.

¡Qué carajo me importa el partido! Te hablo del otro Roberto Carlos. Del nabo que canta lo del millón de amigos.

Nada, que no está nada bueno tener un millón de amigos, como dice la canción... Tener amigos es un quilombo. Hace años que no paro, que no me dejan en paz. Mis amigos y mi mujer y sus hermanos y los sobrinos, los primos, las tíos, las cenas del club, los almuerzos de laburo, el aniversario de casado, la reunión de egresados, la oficina... Familiares, amigos, todos compromisos.

El Turco fue hasta la cocina y trajo la hielera. Volví a sentarme. Cambió el ferné por el whisky. Se bajó el primer vaso de un viaje. Volví a descalzarme. Hubo un largo silencio y otro largo trago.

JB le ayudaba a digerir la lista de responsabilidades.

Román –dijo por fin– no doy más... ¡Pero voy a festejar! Y van a tener que venir... Todos... Incluso la turra esa –dijo con los dientes de Bulldog–. Muy caro me las va a pagar esa vieja hija de puta, ¿sabés?

¿Qué vieja hija de puta?

La tía de mi mujer. La vieja de mierda. ¿Yo te hablé de la vieja de mierda?

¿Cómo se llama?

Vieja de mierda.

¿Vieja de mierda?

Festejó 101 años un sábado a la noche.

¿Y?

¡¿Y?! Ese sábado noquean a Tyson y yo en Tapalqué... ¡Vieja de mierda! Y ni siquiera se enteró de mi sacrificio porque la Vieja de mierda está con alzheimer, viste... Además anda jodiada de los pulmones y tuve que ayudarla a apagar las velitas... Algún pelotudo le puso 101 velitas... “Dale Turco, ayudá”, me decían... Y los voy a festejar con todo el odio del mundo. Noche, aire libre, patio, quinta, asadito...

¿Aire libre? ¿Vos no cumplís el 26 de junio?

¡Por eso! ¡Mucho mejor! ¡Que sufran! ¡Que se jodan! ¡Que se mueran!

Decía yendo y viniendo por el living hasta que se estacionó en un lugar intermedio entre el plasma y Desiderata.

Las hermanas de mi mujer son vegetarianas.

¿Y? –era lo único que se me ocurría decir.

Voy a encargar achuras, asado. ¿Te acordás que yo no pude ir a jugar en la penúltima fecha del campeonato de veteranos?

Me acuerdo.

No estaba enfermo, Román. Dije eso porque me daba vergüenza contar la verdad. ¿Y sabés cuál era la verdad? Tenía que ir a la fiesta de egresados de la hija mayor de una de las hermanas de mi mujer. Conchudas, hijas de puta. Y yo, un boludo, Román, un sometido de mierda...

A la hora de la torta, la mujer del Turco pidió un lugar de privilegio para su tía y le acomodó la silla de ruedas a un metro del cumpleañero. Las viejas son como los chicos: el centro de atracción. Ahí supe que el Plan B estaba en marcha. Antes había sabido que las cuñaditas no probaron bocado en toda la velada.

Y llegó a mi memoria la anécdota de las 101 velitas. Claro, por supuesto que era el Plan B: el Turco le pediría a la tía que le hiciera una devolución de favores. La obligaría a desgañitarse hasta provocar una crisis respiratoria. La mujer tosería como una condenada y los espasmos desencadenarían en convulsiones y las convulsiones en un paro cardiorrespiratorio. Así de clarito y fatal.

Mi cabeza iba a mil, necesitaba lucidez, acompañar la situación y actuar en el momento indicado.

Un movimiento me arrancó de mi composición para colocarme otra vez en la escena: vi al Turco tomando un cuchillo tramontina y pude notar como lo empuñaba a la manera de un facón. A la derecha, la tía; un poco más atrás, su esposa. A la

izquierda, más familiares. Y de este lado de la mesa, los amigos, los conocidos. Y yo.

La desquiciada reacción de un hombre de naturaleza contenida puede ser despiadada y bestial, pensé. La frialdad del cálculo quedó de lado y supuse que los hechos podrían ser mucho menos sutiles y elaborados. El cuchillo, la anciana, la proximidad entre ambos.

En un movimiento felino, para nada ágil, me subí a la mesa, intenté eludir los sanguchitos, hundí el pie derecho en el lemon pie y pateé un vaso.

Burlé el cerco familiar, me abalancé sobre los brazos del cumpleañero, aparenté un brote etílico-pasional y en un segundo terminé ubicado junto al Turco y su tía. Perdón, entre el Turco y su tía. Las risas se devoraron los insultos, aunque no pude impedir que las miradas me redujeran a la categoría de sujeto impresentable.

¿Quién es este “sujeto impresentable”–oí.

Aproveché el desorden y forcejeé con el Turco hasta que le quité el cuchillo.

Voy a servir yo... Quiero servir la torta. Es uno de mis momentos preferidos.

El Turco me miraba. Con el arma en la mano, mi cuerpo se desinfló en un único e interminable suspiro.

Misión cumplida II.

Cuando la fiesta se iba terminando supe que con ella se esfumaban las posibilidades de muerte. Sólo bastaba que la tía se fuera para concluir el estrés homicida que sobrevolaba el ambiente. A esa altura, yo no era un invitado sino un intruso. Me

señalaban, yo me acercaba, ellos se corrían. No me importaba nada de nada. Con los años, el Turco iba a perdonarme y terminaría agradeciendo mi inmolación.

No me importaba pagar el precio del ridículo.

Empezó a llover. Supe que el agua era una señal divina.

El frío y la lluvia. La mano piadosa de la naturaleza, pensé. La gente apuró la despedida. El patio se vaciaba. Apenas algunas siluetas conocidas que conversaban en pequeños círculos al resguardo de un toldo. Afuera, las mesas, las sillas mojadas, los restos de comida pasados por agua. El diluvio bíblico.

De lejos repasé las caras con el único propósito de ver dónde estaba la tía. En la carrera que trajo la tormenta se me había perdido. ¿Se habría ido ya? Yo había desarrollado un grado tal de concentración que la tía cobraba para mí un sentido excluyente. Como si tuviera relieve, así la veía. Barrí el lugar con la mirada y nada. No podía haberse ido. No sola. Tampoco podía estar muerta. ¿Dónde estás vieja puta? Primero lo pensé y luego lo dije en voz alta, creo. Una nena que estaba por ahí corrió hasta su papá.

¿Y el Turco? ¿Dónde estaba el Turco? Ni la anciana ni el Turco. Se me erizó la piel. Fui hasta la cocina. El áspero trajín de la vajilla era la música incidental de mi exploración frenética. Pasé al baño, al de caballeros, y sin disimulo –echando a perder cualquier posibilidad de revancha con los invitados–, fui al de Damas.

Permisoooo...

La mujer que estaba contra el espejo se sobresaltó. Ayyy, es el que salta en las mesas, gritó. Había otras dos señoras. Gritaron.

Revisé los tres compartimientos abriendo las puertas bruscamente. La muerte era lo único que registraban mis pensamientos.

Salí desesperado y en el salón, solita y su alma, la anciana en su silla. No sé cómo había llegado hasta allí. Parecía derretida. La boca torcida, entreabierta, las comisuras alojando el residuo húmedo de la saliva. Los ojos como rajitas. Ni un gesto, ni un respiro, nada que fijara un mísero testimonio de vida.

Sentí una mezcla extraña. Eran nervios, angustia y frustración. El Turco había logrado envenenarla. La había llevado a un apartado, seguro, y allí pudo consumar su plan. Había un Plan C nomás. Existen los planes C. Ahora el Turco estaba allí con cara de feliz cumpleaños despidiendo a los pocos invitados que quedaban. Gracias por venir, espero que se hayan divertido; fue una noche inolvidable; nos vemos, hasta luego.

Hijo de puta. Hipócrita. Asesino.

Nos cruzamos las miradas de casualidad. Me guiñó un ojo. Éramos cómplices. Él me lo había advertido. Me acerqué a Vieja Centenaria y le tomé la mano, como pidiéndole perdón. Hijo de puta, pensaba. Asesino.

¡Asesino hijo de puta y la puta que te parió Turco! –le grité. El volumen, pero sobre todo debe haber sido el tono de mis palabras. De golpe sentí que me apretaban la mano. Era la tía que se activaba como una de esas estatuas vivientes.

“Nene”, me dijo, “vos que sos bueno, ¿no vas al patio y me traes el saquito que quedó en esa silla?”.

Los Beatles no tocaron más después de 1966. Esto quiere decir que Los Beatles nunca presentaron en vivo, por ejemplo, Revolver, por ejemplo Rubber Soul. Pensemos por un minuto que la banda más importante del mundo hoy, un U2 ponele, decida no dar más shows ni hacer giras. Que digan: si quieren más noticias nuestras, esperen hasta el próximo álbum. Los Beatles no tocaban. Preferían no hacerlo como Bartleby. Quizás con Los Beatles se haya inventado el concepto planetario de gira y Los Beatles lo desactivaron. Quizás Los Beatles mataron a Brian Epstein, que se ocupaba de una logística ya sin sentido. Quizás con Los Beatles se haya dignificado la pereza (porque la pereza no es quedarse sentado en un banquito de plaza escribiendo cuando uno tiene fiaca). La terraza, acá arriba, miren el cielo, iuju, acá estamos, levanten la cabeza, irrítense, incomódense, tengan tortícolis. Así de incómodos somos.

El tamaño de la molestia son los ingleses haciendo visera para ver qué pasa allí arriba y allí arriba está John Lennon con el tapado de Yoko.

Miren para arriba. Y tortícolis. La tortícolis paraliza. Los Beatles cerca del cielo de Lucy. Lennon gana con la última imagen. Lo de Lucy y lo de obligar a levantar la cabeza.

Está bien, supongo que no se trata de saber quién se queda con la última palabra. Esto no es un ring de boxeo ni una contienda judicial. No me caben las generales del desprecio por el otro. Prefiero hacer un ejercicio de autocontemplación. El tipo que se mira al espejo y dice: ¿qué hay de vos en todo esto? Yo, la cara contra el espejo, describiendo lo que veo. ¿Cuándo termina el juego de los equívocos?

Estás triste, sos un átomo, una molécula, un idiota inventando nuevos problemas para tapar otros. Tratando de ser al menos un 50 por ciento de lo que te corresponde. Pero tiene que haber excesos, el camino de los excesos nos conduce al palacio del conocimiento. ¿Es así?

¿Cuánto tiempo se necesita para vencer el deseo?

¿Cómo volver a ser objeto?

Qué bueno ser objeto, objetivo, lugar, auto, heladera con freezer, plasma, zanahoria, vacaciones, motor pistero, objeto de deseo, objeto de felicidad. Ser parecido, comparable, asimilable, digerible, disfrazable. Contra el espejo: a García le hubiera gustado ser Lennon, pero se tuvo que conformar con ser García; a mí me hubiera gustado ser Lennon, pero a nadie le importa tan absurda comparación. Nadie se va a tomar ese trabajo. Que

quede claro y mil perdones. Pretender envidia ahora que somos tan indiferentes, nada mal. Ni hablar de envidia sana. Eso es catolicismo. Si sentís envidia estás poniéndote a la altura.

Una cosa es ser autónomo y otra, ser individuo. Parece que la indiferencia nos limita a un edicto personal. En la Revolución Francesa perseguían a los indiferentes. No había derecho a ser indiferente ante la cosa pública. El fútbol tiene más que ver con las sociedades. Escribo esto, mientras en la tele Del Potro da vueltas por su ciudad en una autobomba, con la cara del buen pibe que debe ser, ajeno a las diferencias. Niño y niño feliz de US Open. O sea. La Davis los somete a un espíritu gregario y patrio, devenido instancia atípica de fútil satisfacción. Lo impersonal de la Davis es un problema. Nivelar a Nalbandian una semanita es un inconveniente porque Nalbandian es impar todo el año, toda su vida y toda su guita. El estatus que empata por unos días siempre termina mal, todo mal: a uno le duele la panza, otro quiere la cancha más rápida o más lenta y la envidia, acá, democratiza, pero jamás es solidaria.

El único gran error es que no aceptamos la diversidad. Apenas si la comprendemos. Le golpeamos la pecera a lo distinto y cuando el axolotl se acerca le hacemos una muequita de contacto. Lo que definimos como profilaxis, pero nada de pluralidad; apenas el pintoresquismo de la corrección política.

Vos, yo y el que está contra el espejo. Apartarnos para comparar es no aceptar la importancia de un otro. Entonces sos como una tosty de fragilidad. Entre paréntesis, la imagen crocante y desnutrida me hace recordar a los pedazos rotos del espejo interior que cantaba Miguel Abuelo.

¿Cuánto se tarda en domesticar el deseo?

Los Muy se evaden y los sociables confían. La cuestión de la credibilidad es totémica.

Ok, tolerar. Coincidimos –vos, yo y el del espejo– en que tolerar es soportar amistades residuales.

Vos, yo y el del espejo es una mínima expresión.

Nada que tenga que ver con el ABL, las expensas y esa mina que está tirada en tu cama cansada de vos y de que te tires pedos delante de ella. “El amor primera parte”, la película de Llinas, es el agujero negro y la línea de flotación. La oda al enamoramiento es “Eterno resplandor de una mente sin recuerdos”.

Kaufmann tiene una solución en la máquina del olvido. La mañana triste es cuando se acaba y se acaba pese a no tener Plan B. Las confusiones las conocemos de memoria: se llaman Pedro, Gustavo, Laura, Lucila, el de la oficina, la moza del bar. Lo más triste de todo es cuando tu confusión no tiene nombre. Cuando no hay nada en absoluto, ni siquiera la posibilidad de mencionar la palabra cariño y toda esa basura de las transformaciones convenidas culturalmente.

¿Qué pasa con el enamoramiento?, ese estado siempre peyorativo, ¿por qué no se aprovecha? Tendrían que existir políticas oficiales que aprovechen ese ímpetu de irracionalidad para poblar el mundo.

¿Qué pasaría si hubiera una cultura del enamoramiento en los países escandinavos? En la atracción –esto es químico– no tienen sentido la vanidad de las religiones y la inmodestia de los casamientos para toda la vida. Esto es químico: los especialistas hablan de serotonina, dopamina y no sé qué y te la creés porque la expectativa de vida mejoró: los 40 de ahora son los treinta de antes. La medicina te regala otros buenos diez años de existencia antioxidante.

En la perfección debe esconderse una clase de podredumbre, un fatal deseo de socializar. Los inseguros que tienden a eso posiblemente lleguen a jefes. Y el amor es perfecto. Tiene demasiadas reglas y se consolida en el estúpido sistema de valores y definiciones para cada etapa. Es un darwinismo patas para abajo. El enamoramiento es otra cosa. Es imperfecto. Esa es la clave.

Hay que volver a ser objeto, por dios, volver a casa, pero don't drop me home because it's not my home, it's their home... Despilfarrar palabras es lo único que se puede despilfarrar.

Es la madre de Migue. Ni Natalia ni su ex.

“La mamá de Migue va a pasar a buscarlo a la salida del colegio”, escribe en el cuaderno de comunicaciones. O, “preguntale a tu mamá”.

No había peleas, apenas una certeza sobre la condición del separado promedio y convencido. Sobraba respeto. Quedaba cariño. Suficiente, pensaban los dos. El auto y Migue eran lo único que tenían en común. Y la prepaga.

Hablaban de Migue y el colegio, de Migue y los amigos, Migue y las clases de inglés. Y hablaban de Tito. ¿Está bien o está mal que compartamos el auto? Para Vitagliano estaríamos en problemas. Me lo preguntó una noche, por teléfono, y nos reímos prometiéndonos averiguar si había antecedentes de tenencia compartida del auto.

A las 10 en punto de la mañana sonó el portero eléctrico.
¡Nosotros!

Germán los espera con la puerta abierta. Migue entra, hola papi, un beso a la carrera, y va hasta la cocina.

¡Yo agarro a Potus! –grita.
¡Bueno! ¡Con cuidado!

Natalia no quiere pasar. Se queda en la puerta.

Vayan despacio. Y llamen cuando lleguen, pide. ¿Te vas a acordar de llamarle apenas lleguen?

Obvio.

Migue se acerca abrazando a Potus.
Potus le tapa la cara. Le pesa.

Miren... lo puedo levantar. Yo lo llevo a Potus.

Las valijas en el baúl y Migue sentado atrás. Germán le dice que se ponga el cinturón. Acomoda a Potus al lado del nene y se las arregla para ponerle el cinturón sin que se le rompa ninguna hojita. “Ya está, papí, mirá a Potus... Potus está contenta”.

Germán sonríe: ¿Contenta o contento?

Milena Caserola)Buenos Aires-Milena Berlin-Milena Paris(

Co-ediciones)el asunto(- Eloisa Cartonera - MDG
nulú bonsái - Gospel - No hay vergüenza ediciones
Leer y psicoanalizar - Jakembó - Felicita Cartonera.

POP BIZARRA (7)

- Emiliano Correia**, La Fórmula de la fantasía, Milena, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Presente Gourmet, Milena, 2007.
Mariano Quiroga, Canciones, Milena Caserola, 2007.
Andrés Kilstein, Moloko Velloctet, Milena Caserola, 2007.
Mayra Jazmín Lucio, Amanecer Oscuro, Milena, 2008.
Silvana Gangi, Lorena, Milena Caserola, 2008
Esteban Yañez, Sonria, Milena Caserola, 2008.

ARTE (10)

- Christian D. Marelli**, Políticamente In Correcto, Milena, 2007.
Sebastián Kirzner, Axiomas Nocturnos, Ilust.: **Chelo Candia**, 2008.
Madame Barfly - Muertita dibujante, Sorbos de locura, Milena, 2009.
Espino - Riera, Los síntomas del mono, Milena, 2009.
Nico Pesin, Grabados / Engravings, Milena Caserola 2009.
Francisco Ocampo, En Helsinki, Ilust.: **Lino Divas**, Milena, 2009.
Ojo Canibal, Libro Caset, Milena Caserola, 2010
Luis Alberto "Merluza" Juárez, Vicente Nario, Milena, 2010
Christian D. Marelli, Materia Gris, Milena Caserola, 2010
Mariágeles Taroni, Escama-mascara-mente, Milena, 2011

POESÍA POESÍA (39)

- Miguel Ángel Peñarrieta**, La voz del coagulo espera, 2006.
Sebastián Matías Oliveira, Todo texto debe autovalerse.
Mariano Quiroga, formas de morir, Milena Caserola, 2008.
Emanuel Alegre, Cuaderno de apuntes, Milena Caserola, 2007.
Adrián Bechelli, Poemas para volver a mí, Milena, 2008.
Juan Xiet, Metástasis, Milena Caserola, 2008.
Javier Leal, Bitácora de un tiempo, Milena Caserola, 2008.
María Adelina Cammarano, Ego Fusión, Milena, 2008.
Maru Paii, este viento que pedalea por mí, Milena, 2008.
Ioshua, Peq. antología de poemas contemporáneos, Milena, 2008.
Favio Gabriel Kobielsz, Free Shop, Milena Caserola, 2009
Grau Hertt, La otra campaña, Nulú Bonsái, Milena, 2009.
Iván Quiroga, La violencia de los pájaros, Milena, 2009.
Juan Senach García, La Noche líquida, Milena Caserola, 2009.
Leonor Farías, La hembra, Milena Caserola, 2009.
Luciana Siguelboim, la prologal, Milena Caserola, 2009.
Patricia González López, Indecible, Milena Caserola, 2009.
Sofia Luppino, masticandoME, Milena Caserola, 2009.
Stella Maris López, Vivencias, Milena Caserola, 2009.
Agustín Romero, Palabrazos, Milena Caserola, 2009.

- Marcos Lizenberg**, Luz de Giro, Milena Caserola, 2009.
- Héctor Ramón Cuenya**, Gore, Milena Caserola, 2009.
- <Elih.anna García>**, Azules Manzanas, Milena Caserola, 2010
- Mariela Pacin**, El amor es la guerra, Milena Caserola, 2010
- Ariel Presti**, Poesía Completa, Milena Caserola, 2010
- Marat**, el infanticida imaginario, Milena Caserola, 2010
- Agustín Marcenaro**, El bardo de Bubón. Milena, 2010
- Juan Ignacio Barragán Fuentes**, El libro celeste, Milena, 2010
- Juan Ignacio Barragán Fuentes**, Poseído, Milena, 2010
- Héctor Ramón Cuenya**, Dolce Vita, Milena Caserola, 2010.
- Roberto Riera**, De oreja a oreja, Milena Caserola, 2010.
- Silvina Nellar**, Sexo, dolor y psiquiatras, Milena Caserola, 2010.
- Sol Fantin**, Un meteorito puede acabar con el planeta esta misma noche, Milena Caserola, 2011.
- Andrés Boiero**, Texas, Milena Caserola, 2011.
- Ad Lihn Fand**, Embusteros, Milena Caserola, 2011.
- Sofia Lino**, Apología a Don Nadie, Milena Caserola, 2011.
- Teodoro P. Lecman**, Villa Pueyrredón y otras ausencias, Milena, 2011.
- Sol Fantin**, Decime que soy linda, Milena Caserola, 2011.
- Ariel Prat**, Curiosidad y azar, Milena Caserola, 2011.
- REY LARVA (8)**
- Pecado y Perdón**, Milena Caserola, 2008
- Milagro Eterno**, Milena Caserola, 2008.
- Las puertas del viento**, Milena Caserola, 2008
- Días de vos**, Milena Caserola, 2009
- Trash, Grau Hertt – Rey Larva** Nulú Bonsái, Milena, 2009.
- El árbol del sueño, Ix am – Rey Larva**, Nulú,)el asunto(, Milena, 2009.
- Sonido Interior, Eric Thiemer – Rey Larva**, Milena, 2010.
- Porque sí, Pablo Strucchi – Rey Larva**,)el asunto(, Milena, 2010.
- CUENTO – MICROCUENTO – NOVELA (18)**
- Merluza**, Cuentos, 2º ed., Milena Caserola, 2007.
- Nicolás Reffray**, Del amor y otros atropellos, Milena, 2008.
- Nicolás R. Correa**, Engranajes de sangre, Milena Caserola, 2008.
- Enrique del Acebo Ibáñez**, Breviario, Milena Caserola, 2008.
- Enrique del Acebo Ibáñez**, breves encuentros, Milena, 2008.
- Felix Quadros**, Comedia, Milena Caserola, 2008.
- ignacio spagna**, pequeñas victorias, Milena Caserola, 2009.
- Julia Ester Lanza**, Cuentos breves de historias grandes, Milena, 2009.
- Gonzalo Unamuno**, El vermú de la gente bien, Milena, 2009.
- Yair Magrino**, Porcelanas, Milena Caserola, 2009.
- Cristina Civale**, Cuentos Alcohólicos, Milena Caserola, 2009.
- Julia Ester Lanza**, Todo por ti, Milena Caserola, 2010.
- Mariela Puzzo**, El monte, Milena Caserola, 2010
- Diego Herrera**, Maten al Croupier, Milena Caserola, 2010

- Leib Malaj**, La crucifixión de Don Domingo, Milena, 2011
Julia Ester Lanza, Mujeres, Milena Caserola, 2011.
Juan Marcos Almada, Deforme, Milena Caserola, 2011.
Julia Ester Lanza, Amor en la oscuridad, Milena Caserola, 2012.

NARRATIVA (23)

- Diego Rojas**, Temporal, 2º edición, Milena Caserola, 2008.
Mariano Quiroga, Mierda, Milena Caserola, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Suaves Dedos Finos, Milena, 2007.
Agustina Viqueira, Callate Nepalí, Milena Caserola, 2008.
Kasaokupada, GOS, Milena Caserola, 2008.
Mateo Ingouville, Natasha, ernesto y yo, Nulu, Milena, 2009.
Darío L. Estryk, Serendipias, Milena Caserola, 2008.
Favio Gabriel Kobielsz, 1977, Milena Caserola, 2009.
Cesar Guillermo Castro, Obrero Man-El gladiador barrillero, Milena, 2009.
Diego Herrera, Tres Mujeres, Milena Caserola, 2009.
Héctor Ramón Cuenya, Dulces Paralelas, Milena, 2009.
Felipe Herrero, Agua Marina—Otoño y olvido—Bajo Nieve, Milena, 2010.
Ioshua, En la noche, wachodelacalle ediciones, Milena, 2010.
Patricia González López, Dos de azúcar, Milena Caserola, 2010.
Mikel Aboitiz, Contar hasta diez mintiendo,)el asunto(- No hay vergüenza ediciones, Milena, 2011.
Gonzalo Unamuno, Acordes menores para Marion Cotillard, Milena Caserola, 2011.
Ioshua, Los sentimientos, wachodelacalle ediciones, Milena, 2011.
Enzo Maqueira, El Impostor, Milena Caserola, 2011.
Sagrado Sebakis, Gordo, Milena Caserola, 2011.
Alejandro Soifer, El último elemento peronista, Milena Caserola, 2011.
Diego Rodríguez, Pelado con trenzas, Milena Caserola, 2011.
Jorge Luis Fernández, Cupol, Milena Caserola, 2012.
Naty Menstrual, Batido de trolo, Milena Caserola, 2012.
Germán Maggiori, Poesía estupefaciente, Milena Caserola, 2012.

13 LUNAS (5)

- Ale Sirkin**, El árbol cósmico, 2006.
Alex Portugueis, El ombú cósmico, Milena Caserola, 2006.
Maximiliano Borovicka, el delirio coherente, Milena, 2008.
Ix Am, Lo único que queda es tratar de expandir nuestra esfera hacia límites inimaginados, Milena Caserola, 2009.
Julián Mur, Universo de luces, Milena Caserola, 2009.

DOBLES - BILINGÜES (3)

- Elisabeth Neira**, Abyecta – Hard Core Hotel, Milena, 2008.
Rodrigo Domingos, El principio del soplo - O inicio do assoprado (Portugués/Español), Milena Caserola, 2008.
Patricio Miguel Federico, Tapa – Contratapa, Milena, 2009.

PA COLOREAR (3)

Salvador Jiménez - Merluza Juárez, Los coloridos amigos de Salva..., Milena, 2008.

Micaela Nair Verdún Perazzo, Cuentos, Poesías, Canciones, Milena Caserola, 2010.
Bárbara Molinari, Me duele el pelo, Ilust: **Delfina Estrada**, Milena, 2010.

CO-EDICIONES CON)el ASUNTO((36)

Pablo Om, la juventud al poder,)el asunto(- milena, ocio verde, 2008.

Emanuel Alegre, 16 golpes,)el asunto(- milena caserola, 2008.

Antonio O'Higgins, vómito de sangre,)el asunto(- milena, 2008.

Ezequiel Abalos, ida y vuelta a la boca,)el asunto(- milena, 2008.

Luis Alberto "Merluza" Juárez, Necesito Alquilar, mionca, trapos y barrabravas ...)el asunto(- Eloisa Carton - milena, 2009.

Emanuel Alegre, Islas,)el asunto(- MDG - milena, 2009.

Ioshua,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Pablo Struchi, Locura,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Galundia Moera, Nada,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Erroristas, Manifiesto Errorista,)el asunto(- Milena, 2009.

Anahí Ferreyra, Máscara y Vacío,)el asunto(- Milena, 2009.

Analía M. Aguilar, La Rosa de los Vientos,)el asunto(- Milena, 2010.

Comité invisible, La insurrección que viene, Hekht-)el asunto(-Milena, FeEnLaErrata, En el aura del sauce, 2010.

Diego Arbit, Darío Semino, Fabio Guerrero Arévalo, Tríptico,)el asunto(- Milena, 2010.

Ezequiel Abalos, Roble,)el asunto(- milena, 2011.

Graciela Amalfi, Des Palabras Armando,)el asunto(- milena, 2011.

Ramiro Ross, De sabihondos y suicidas,)el asunto(- milena, 2011.

Cristina Ramb, Bendita sed,)el asunto(- milena, 2011.

Javier Antonio Galarza, Grito Cotidiano,)el asunto(- milena, 2011.

Galundia Moera, Haz,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.

Nacho Wisky, Los héroes del amor,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.

Patricia Rojo, Escritos noctámulos,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.

Rosario María Daniel, La Mañana Impermeable,)el asunto(- Milena, 2011.

Ariel Sansolini, Ysot en la espiral,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

Pablo Queralt, Jazz,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

Alberto De Mari, Arin,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.

Graciela Amalfi, Kumiko,)el asunto(- milena, 2011.

Moni Torres, El trampolín, el tobogán y el ladrón,)el asunto(- milena, 2011.

Adrián R. Yanzón, Otras puestas del ocaso,)el asunto(- milena, 2011.

Lucas Alonso, Una construcción simétrica,)el asunto(- milena, 2011.

Alejo Mayor, Resquisitos fuera del tiempo,)el asunto(- Milena, 2011.

Pablo Queralt, Perfume animal,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

Fernando Rosale, Vidrio ácido,)el asunto(- Milena, 2011.

Neri Quintana, Sanlamuerte,)el asunto(- Milena, 2011.

Varios Autores, Libro Vivo, Milena – el asunto, 2012.

Rey Larva, Guerrerp, Milena – el asunto, 2012.

IMPERFECTAS –)EL ASUNTO(- MILENA CASEROLA (6)

Nat, donde se cuentan algunas cosas,)el asunto(- milena, 2008.

Verónica Gelman, en espiral,)el asunto(- milena caserola, 2008.

Mónica Torres, uvas,)el asunto(- milena caserola, 2008.

Kaudia con K, poemas para vos/z,)el asunto(- milena, 2008.

Mónica Torres, Enero Cristal,)el asunto(- milena, 2009.

Mónica Torres, Bisectriz,)el asunto(- milena caserola, 2009.

IMPENSADOS (3)

Oscar del Barco, El Otro Marx, Milena Caserola, 2008.

Juan Manuel Núñez, Vuestros ochentas, Milena Caserola, 2009.

Peter Pál Pelbart., El hilo de un vértigo. Trad.: **Marta Inés Arabia**, Milena, 2011.

HUMOR – HISTORIETA (8)

Andrés Kilstein, 13 excusas para no comprar este libro, Milena, 2008.

Andrés Kilstein, Esto no es SPAM, [mis mejores conversaciones por medios electrónicos], Milena Caserola, 2008.

Alan Dimaro, Diego Gainza, Niko Battista, Iván Franco, Sr. Valdemar, Milena, 2009.

Andrés Kilstein, Prohibido Fu-Marx, Milena Caserola, 2009.

Tzipe, Humor Gráfico, Milena Caserola, 2009.

Juan Castro, Libro de quejas al destino, Milena Caserola, 2009.

Gimenez-Cuanya, Argentina Superpotencia, Milena, 2010.

Ioshua, Cumbia gei, wachodelacalle ediciones, Milena, 2010.

EN LOS BORDES – MARX(ITSMOS) (6)

León Trotsky, Su moral y la nuestra, León Sedov: hijo, amigo, luchador, Milena, 2008

Enrique del Acebo Ibáñez, Meditaciones del post-sujeto, Milena Caserola, 2008.

Ramiro Ross, Crónicas desde el Borda, Milena Caserola, 2008.

Héctor Fenoglio, La Telépata, Un psicoanálisis de la alucinación y el delirio, Milena, 2009.

Nahuel Moreno, Método de interpretación de la historia Argentina. Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América, Milena, 2009.

Vías Argentinas (ensayos sobre el ferrocarril), Varios, Milena, 2010

Valentina Contino, Prólogo para morder a alguien, Milena, 2010.

Alejandro Esteban García, Teoría del equilibrio de la vida, Milena, 2011.

LEER Y PSICOANALIZAR (3)

Teodoro Lecman, Freud x Masotta (conceptos, aclaraciones y esquemas de Teodoro Pablo Lecman sobre las clases de Freud por Masotta 1972-4), Milena-Leer y psicoanalizar, 2009.

Alfonso Carofile, El endemoniado Esteban Lucich, Milena-Leer y psicoanalizar, 2010

Teodoro Lecman, Cuestiones de la Clínica, Milena-Leer y psicoanalizar, 2011.

IDEOGRAFIAS (16)

Jeremías Maggi, Subterfugio consentido, Milena Caserola, 2009.

Sebastián Kirzner, Trozos del bloque inicial, Milena, 2009.

Sofia Lino, Historia típica, Milena Caserola, 2009.
Sebastián Kirzner, La Salidera, mc, 2009.
Walter Reich, NTNA [niñotravestinazialien], mc, 2009.
Leonardo Capucci, La estrella feroz, mc, 2009.
3.6.1. Bagrejaponés, mc, 2010
Cristino Bogado, Amor Karaíva, 2010
Diego Mora, Historias de Inodoro, 2010
Facundo M. Desimone, Frutilla Li, 2010
Max Orioli, Inanedrama, 2010
2017, Nueva Poesía Contemporánea, Tomo I, Milena, 2017
Alejandro Vilas, Atrapado, Milena Caserola, 2010
Sebastián Kirzner, Risperidona, Milena Caserola, 2017.
Andrés Kilstein, De cómo perder lo que nunca se tuvo, Milena, 2010.
Alberto Díaz, Los Artrópodos, Milena Caserola, 2011.

DETALLES (2)

Ivana González, Todo habla, Milena Caserola, 2009.
Sebastián Kirzner, La salidera, Milena Caserola, 2009.

TEATRO (2)

Bèla Arnau, La Maciel - de todas la más cruel -, Milena Caserola, 2009.
Ignacio Javier Olgún, Puro Teatro, Milena Caserola, 2010.

MANDRÁGORA PORTEÑA (3)

Matías Mauricio, Bandoneón Blindado, Milena Caserola, 2010
Varios autores, **Antangología**, Milena Caserola, 2011
Carlos Echazarreta, El payador entrerriano, Milena, 2011

CIENCIAS SOCIALES Y ANTROPOLOGÍA (1)

Enrique del Acebo Ibáñez, Homo Sociologicus, 2º ed. Milena, 2011.

LITERATURA PALINDRÓMICA (SORBILIBROS) (2)

Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, Sobreverbos, Milena, 2011.
Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, Miguel de Cervantes, Autor del “Soldado Rod Adlos”, Milena Caserola, 2011.

MINIRRELATOS & MINIENSAYOS (3)

Andrés Pérez Molina, Lascivia Brevis, Milena Caserola, 2011.
Enrique del Acebo Ibáñez, Lo mínimo que te puedo contar, Milena Caserola, 2011.
Andrés E. Peribáñez, Breves historias desnudas, Milena, 2011.

CINE (1)

Ricardo Becher, Recta Final (Novela) + **Tomas Ligpot**, Recta Final (Película-DVD), Duermevela,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

MILENA BERLÍN (3)

Cristian Loaiza, Alcohol, Milena Berlin-Milena Caserola, 2011.
Rery Maldonado, La república en el espejo, Milena Berlin-Milena Caserola, 2011.

Varios autores, El mecanismo de estar acá, Milena Berlin-Los Superdemokráticos, 2011.

MILENA PARIS (7)

Anne Gauthey, Tchikitita, Milena Paris-Milena Caserola, 2011.

Roberto “Poroto” Riera, Sancocho, Milena Paris-)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

Pablo Nemirovsky, Yo sin vos ovni soy, Milena Paris-Milena Caserola, 2012.

Pablo Nemirovsky, Del otro lado del otro lado, Milena Paris-Milena Caserola, 2012.

Gregorio Manzur, Encuentro post vitam con Julio Cortázar, Milena Paris-Milena Caserola, 2012.

Roberto “Poroto” Riera, Todos somos Garganta, Milena Paris-)el asunto(, Milena Caserola, 2012.

Bárbara Molinari, J’ai mal aux cheveux / Me duele el pelo, Ilust.: **Delfina Estrada**, Traducción al francés: Célide Mandarine, Milena Paris, 2012.

NNNA (2)

Ana Ojeda, Falso contacto, Milena Caserola, 2012.

Hernán Firpo, Todo lo que maté, Milena Caserola, 2012.

ENSAYO / CRÍTICA (1)

Juan Terranova, Los gauchos irónicos, Milena Caserola, 2012.

Consiga estos libros en:

Feria del Libro Independiente – FLIA
)el asunto(- www.elasunto.com.ar

La Periférica – www.la-periferica.com.ar

Librería Hernández, Corrientes 1436
La Libre, Bolívar 646, San Telmo
Librería Crak Up, Costa Rica 4767, Palermo Soho
Libros del pasaje, Thames 1762, Palermo
Otra Lluvia, Bulnes 640, Almagro
El Aleph, Corrientes 4790, Villa Crespo
Librería Fedro - Carlos Calvo 578, San Telmo
Librería de Las Madres, H. Yrigoyen 1584, Congreso
Eterna Cadencia
Cuspide

CÓRDOBA:

Librería de Rubén, Dean Funes 163 loc 1
Librería Del ciclista, Caseros 45

ROSARIO:

Homo Sapiens Libros, Sarmiento 829

CHACO:

CECUAL (Centro Cultural Alternativo)
Santa María de Oro 471

MONTEVIDEO:

Librería Puro Verso, 18 de Julio 1199
Librería Lupa, Bacacay 1318 bis

PARIS – Libreria Salón del libro,
21 rue des Fossés St-Jacques (5^{ème})

ESPAÑA – Canoa Libros

La Gitana distribuye
en: www.distribullalacajita.com.ar



Este libro se terminó de imprimir
en Buenos Aires, primavera de 2012.